El Cid Campeador
Romancero del Cid.

PQ
6366
A8
1920

COLECCIÓN CERVANTES

ROMANCERO DEL CID

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Puerta del Sol, 15 Ronda Universidad, 1 Florida, 251
MADRID BARCELONA BUENOS AIRES

ROMANCERO DEL CID

BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES

DIRECTOR: *Francisco Carrillo Guerrero,*

Inspector-Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

SERIE PRIMERA

Las cien mejores obras de la Literatura española

TOMOS PUBLICADOS

1-2. *Santa Teresa de Jesús.*—Su vida.
3. *Quevedo.*—Vida del Buscón.
4. *Campoamor.*—Doloras, poemas y humoradas.
5. *Larra.*—El pobrecito hablador.
6. *Góngora.* Poesías.
7. *Moratín.*—La Comedia Nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid.*
9. *Lazarillo de Tormes.*
10. *Tirso de Molina.*—El Burlador de Sevilla.
11. *Espronceda.*—El Diablo Mundo.
12-13. *Balmes.*—El Criterio.
14. *Cervantes.*—Novelas ejemplares.
15. *Calderón.*—El alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso.*—Poesías.
17. *R. de la Cruz.*—Sainetes.
18. *Lope de Vega.*—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara.*—El diablo Cojuelo.
20. *Cadalso.*—Optica del Cortejo.
21. *Cervantes.*—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca.*—Naufragios.
23. *Fr. Luis de León.*—La perfecta casada.
24. *Alarcón.*—Verdades de paño pardo.
25. *Moreto.*—El desdén con el desdén.—Entremeses.
26-27. *Gil y Carrasco.*—El señor de Bembibre.
28. Antología de la Lírica gallega.
29. *Jovellanos.*—Obras selectas.
30. *Villegas.*—Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo.*—República literaria.
32. *Pérez de Oliva.*—Diálogo de la dignidad del hombre.
33. *Gracián.*—Oráculo manual.
34. *Arolas.*—Poesías.
35-36. *Espinel.*—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Verdaguer.*—Antología lírica.
38. *Iriarte.*—Los literatos en cuaresma

SERIE SEGUNDA

Las cien mejores obras de la Literatura universal

TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault.*—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles.*—La Política.
3. *Chateaubriand.*—Novelas.
4. *Leopardi.*—Poesías.
5. Los poetas griegos.
6. *Washigton Irving.*—Apuntes literarios.

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.-VOL. 8

El Cid Campeador

Romancero del Cid

PRÓLOGO

DE

IGNACIO BAUER

C. de la Real Academia de la Historia

CUARTA EDICIÓN

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
LIBRERÍA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15. — MADRID

PQ
6366
A8
1920

691185
8.1.59

PROLOGO

PRÓLOGO

No podía faltar en una colección de autores clásicos españoles el Romancero del Cid, *el poema épico de nuestra raza inmortal, en el que se recogen y recopilan las distintas facetas y aspectos del genio de España.*

El Romancero *no es la obra de un autor: es la obra de un pueblo, y está formada por las aportaciones de muchos autores, anónimos unos, conocidos otros.*

¿Quién fué el Cid?

Dejemos la palabra al insigne D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Querer juzgar al Cid—dice el maestro—con el criterio de otras edades puede llevar al historiador, según sean su temple y sus creencias, a dos aberraciones igualmente lamentables: o a intentar el proceso de canonización del héroe, de lo cual dicen que formalmente se trató en tiempo de Felipe II, o a convertirle en un bandido afortunado, que viene a ser la tesis de Dozy y sus numerosos discípulos. El perro gallego *de Aben-Bassam no nació de la nada, ni necesitó que los Beni-Hud le tendiesen su mano protectora cuando ya su nombre corría con gloria por toda España, y ellos y los demás reyezuelos de la morisma temblaban de él y procuraban comprar su apoyo o su neutralidad con dones y homenajes. Descendiente por su padre de los jueces de Castilla, y por su madre de un conde*

o gobernador de las Asturias, era de calificado linaje, ya que no de primera nobleza, y él la acrecentó con sus hechos y pudo darla a los reyes mismos, juntando su sangre con la de las casas soberanas de Navarra y Barcelona. Alférez o jefe de la milicia castellana en tiempo de Sancho II, a su esfuerzo y maña se habían debido principalmente las victorias de Llantada y Golpejares. El había sido uno de los doce compurgatores—y probablemente el principal—que exigieron a Alfonso VI el juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano: acto de entereza civil, que a los ojos de la leyenda, muy bien inspirada en esto, tuvo más brillo y resonó más largamente en los cantares que sus triunfos personales contra el valiente navarro Jimen García, contra el sarraceno de Medinaceli y contra los quince zamoranos, aunque de ellos naciera el dictado de Campeador, con que muy pronto empezó a designársele. Mucho antes de su primer destierro habían oído con terror su nombre los reyes de Sevilla y Granada, los condes de Cabra y de Nájera. Cuando en 1081 *comenzó a guerrear por su cuenta, ganando su pan a lanzadas, fué árbitro de los destinos de Aragón y no oscuro mercenario a sueldo de los Beni-Hud, aunque los explotase como tributarios. Dos veces derrotó y prendió al conde de Barcelona, y si en estas victorias, como en la que logró sobre el rey de Aragón Sancho Ramírez, pudo regocijarse la morisma de que los cristianos se destrozasen entre sí y por cuenta ajena, ¿quién ha de negar el gran servicio que el Cid prestó al Cristianismo y a la civilización de Occidente, conteniendo, casi él solo, el formidable empuje de las fanáticas hordas almoravides, vencedoras de Alfonso VI en Zalaca y en Uclés: nube de langostas que abortaron los arenales de la Libia*

para abrasar hasta el último retoño de la brillante cultura arábigoandaluza, tan floreciente en los reinos de Almotamid el de Sevilla y de Almotacín el de Almería? Cuando en 1094 el proscrito burgalés, con su hueste allegadiza, entró triunfante en Valencia, en uno de los emporios marítimos de la España musulmana, adelantándose poco menos de siglo y medio al más glorioso de los reyes de la casa de Aragón, puede decirse que la Reconquista española salvó una de las crisis más terribles y decisivas de su historia. Recuérdase que la línea del Ebro estaba en poder de los mulsumanes, dueños todavía de Zaragoza, Lérida y Tortosa; que los estados cristianos de Aragón y Barcelona no se habían unido aún y eran pequeños y débiles; que era reciente y no bien afianzada la conquista de Toledo, y que el Cid, ocupando a Valencia y a Murviedro, interponiéndose entre los Beni-Hud y los Almoravides, inutilizando a los primeros y venciendo a los segundos, resguardaba no sólo la España oriental, sino la del centro. Las conquistas del Cid duraron lo que su vida: ni él mismo hubiera podido mantenerlas a tal distancia de Castilla y con tantos enemigos diversos; pero el efecto moral fué grandioso y trascendió a toda la cristiandad, como más adelante la conquista de Almería por el emperador Alfonso VII, aunque fuese igualmente efímera. Fué una toma de posesión anticipada que marcó el rumbo para la reivindicación definitiva.

Así como nos lo pinta el ilustre polígrafo Menéndez y Pelayo, fué el Cid: heroico, osado, valeroso, sagaz, aventurero, con todas las características de nuestra raza, descubridora de mundos y salvadora de la civilización occidental.

El elevado espíritu del pueblo español en el siglo XII, época en que nacieron estos romances,

queda demostrado con elogio del Romancero que hace Hégel en su Estética (1): *Los romances—escribe—son un collar de perlas; cada cuadro particular es acabado y completo en sí mismo, y al propio tiempo estos cantos forman un conjunto armónico. Están concebidos en el sentido y en el espíritu de la caballería, pero interpretada conforme al genio nacional de los españoles. El fondo es rico y lleno de interés. Los motivos poéticos se fundan en el amor, en el matrimonio, en la familia, en el honor, en la gloria del rey y, sobre todo, en la lucha de los cristianos contra los sarracenos. Pero el conjunto es tan épico, tan plástico, que la realidad histórica se presenta a nuestros ojos en su significación más elevada y pura, lo cual no excluye una gran riqueza en la pintura de las más nobles escenas de la vida humana y de las más brillantes proezas. Todo esto forma una tan bella y graciosa corona poética, que nosotros los modernos podemos oponerla audazmente a lo más bello que produjo la clásica antigüedad.*

Tienen, además, estos romances un gran interés de historia literaria—escribe Menéndez y Pelayo—. Puede decirse que han inundado el teatro. Desde que Juan de la Cueva, en su comedia del Cerco de Zamora (1579), *mostró el partido que podría sacarse de estas reminiscencias, es numeroso el catálogo de dramaturgos nuestros, ya de los más gloriosos, ya de los más humildes, que encontraron en los romances apoyo y cantera para sus obras sobre el Cid, incrustando largos fragmentos en el diálogo. Lope de Vega, en* Las Almenas de Toro; *Pedro Liñán de Riaza, Tirso de Molina, Hurtado de Velarde, Matos Fragoso, Diamante, D. Fernando*

(1) *Esthetique,* traduction française par Ch. Bénard, 2.ª édition, 1875. Tomo II, pág. 397.

de Zárate, Francisco Polo y otros de menos nombre, sin contar los autores de comedias burlescas, deben a los romances más que a las crónicas, y todavía es mayor la deuda en Guillén de Castro, cuyas Mocedades del Cid *(1.ª y 2.ª parte) eclipsaron a todas las producciones sobre el mismo argumento, no sólo por la hábil adaptación de los materiales épicos, sino por la novedad del conflicto dramático y apasionado, que Corneille trasplantó a Francia, dando el primer modelo de tragedia clásica con sentimiento romántico; obra digna de admiración y estudio por lo elocuente y elevada, aunque parezca algo desmedido el entusiasmo con que los franceses la celebran.*

No se extinguió aquí la vitalidad de este ciclo poético. El Romancero de Escobar, tan difundido en España como los mismos pliegos de cordel, mantuvo viva la tradición que, aun en el siglo XVIII inspiró algún romance a don Nicolás Moratín, y en la época romántica nuevos y valientes dramas a Hartzenbusch y a Fernández y González, y un conato de nuevo romancero a Zorrilla. Esa misma colección, popularizado en Alemania, por Herder; en Inglaterra, por Lockhart; en Italia, por Berchet y Pietro Monti, y en otras partes por traductores diversos que no recuerdo o que no puedo juzgar, se incorporó en el patrimonio intelectual de todos los pueblos cultos; y aun en Francia, donde el filohispanismo ha sido excepción siempre, la leyenda burgalesa no sólo produjo una nueva tragedia de Casimiro Delavigne, Las hijas del Cid, *sino que mereció el alto honor de entrar, aunque fué desfigurada, en la* Leyenda de los Siglos, *último y grandioso esfuerzo del númen épico de Víctor Hugo, y todavía después de él encontró novísima interpretación en los* Poemas bárbaros, *de Leconte de Lisle,*

y en los Trofeos, *del académico José María de Heredia, cubano de origen y segundo de su nombre en los anales de la poesía lírica.*

Hasta aquí Menéndez y Pelayo. Cerremos este prólogo del Romancero del Cid *con las palabras de oro del ilustre maestro, cuya fama, como la de Rodrigo de Vivar, aunque por distintos conceptos, es universal, y demuestra que España en todos los tiempos, y con arreglo a las modalidades de cada época, da al mundo grandes figuras, faros luminosos que iluminan los caminos de la civilización y del progreso.*

IGNACIO BAUER
Académico C. de la
Real de la Historia.

ROMANCERO DEL CID

PRIMERA PARTE

ROMANCERO DEL CID

PRIMERA PARTE

ROMANCE PRIMERO

—No me culpedes si he fecho
mi justicia y mi deber,
magüer que siendo pequeño
me nombraste por jüez.
Entre todos me escogísteis
por de más madura sién,
porque ficiese derecho
de lo fecho mal y bien.
Non fagáis desaguisado
si al robador enforqué,
que en hones este delito
no causa ninguna prez.
Como de veras me pago,
de las burlas non curé,
que el que pugna por la honra
enemigo d'ella fué.
Atended que la justicia,
en burlas y en veras, fué
vara tan firme y derecha,
que no se pudo torcer.
Verdad, entre burla y juego,
como es fija de la fe,
es peña que al agua y viento
para siempre está de un ser.
Miémbraseme que mi abuelo,
en buen siglo su alma esté,

muchas veces me decía
aquesto que ahora oiréis:
"El home en sus mancebías
siempre debiera aprender
a facer siempre derecho
cuando en más burlas esté."
Así fice esta vegada;
yo cuido que fice bien,
que sigo un abuelo honrado
que nadie se quejó dél.—
Esto decía Rodrigo
afinojado ante el Rey,
delante de los que juzgaba
antes de los años diez.

2

Cuidando Diego Laínez
en la mengua de su casa,
fidalga, rica y antigua
antes que Iñigo Abarcá;
y viendo que les fallescen
fuerzas para la venganza,
porque, por sus luengos días,
por sí no puede tomalla,
no puede dormir de noche,
nin gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osar salir de su casa,
nin fablar con sus amigos;
antes les niega la fabla,
temiendo que les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con estas honrosas bascas,
para usar d'esta experiencia.

que no le salió contraria,
mandó llamar a sus hijos,
y, sin decilles palabra,
les fué apretando uno a uno
las fidalgas tiernas palmas;
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no para mirar en ellas
no era nacido en España.
Mas prestando el honor fuerzas,
a pesar del tiempo y canas,
a la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron: —¡Señor, basta!
¿Qué intentas o qué pretendes?
suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó a Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que a do no piensan se halla,
encarnizados los ojos,
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes en hora mala,
que, a no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo,
en vez de puñal o daga.—
Llorando de gozo el viejo
dijo: —Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja,

y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido
si en ti no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
su bendición, y la espada
con que dió al Conde la muerte
y principio a sus fazañas.

3

Pensativo estaba el Cid
viéndose de pocos años
para vengar a su padre
matando al conde Lozano.
Miraba el bando temido
del poderoso contrario,
que tenía en las montañas
mil amigos asturianos;
miraba cómo en las Cortes
del rey de León, Fernando,
era su voto el primero
y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
respecto de aquel agravio,
el primero que se ha fecho
a la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
a la tierra pide campo,
al viejo padre licencia,
y a la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez;
que en naciendo, es costumbrado
a morir por casos de honra
el valiente fijodalgo.

Descolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba vieja y mohosa
por la muerte de su amo;
y pensando que ella sola
bastaba para el descargo,
antes que se la ciñese,
así le dice turbado:
—Faz cuenta, valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo,
y que con su brazo riñes,
porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
de verte así en la mi mano;
más no te podrás correr
de volver atrás un paso.
Tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado;
tan bueno como el primero
segundo dueño has cobrado;
y cuando alguno te venza,
del torpe fecho enojado,
fasta la cruz en mi pecho
te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora
de dar al conde Lozano
el castigo que merece
tan infame lengua y mano.—
Determinado va el Cid,
y va tan determinado,
que en espacio de una hora
quedó el conde vengado.

4

—Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro,
facer denuesto a un fidalgo

que es tenudo más que vos.
Non los fuertes barraganes
del vuestro ardid tan feroz
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
No son buenas fechorías
que los homes de León
fieran en el rostro a un viejo,
y no el pecho a un infanzón.
Cuidárais que era mi padre
de Lain Calvo sucesor;
y que no sufren los tuertos
los que han de buenos blasón.
Mas ¿cómo vos atrevisteis
a un home, que sólo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
La su noble faz nublásteis
con nube de deshonor,
mas yo desafaré la niebla,
que es mi fuerza la del sol;
que la sangre dispercude
mancha que finca en la honor,
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre de malhechor.
La vuesa, Conde tirano,
lo será, pues su fervor
os movio a desaguisado
privándoos de razón.
Mano en mi padre pusísteis
delante del rey con furor,
cuidá que lo denotásteis,
y que soy su fijo yo..
Mal fecho ficísteis, Conde,
yo vos reto de traidor;
y catad si vos atiendo

si me causáreis pavor.
Diego Laínez me fizo
bien cendrado en su crisol;
probaré en vos mi fiereza
y en vuesa falsa intención.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañero lidiador,
pues para vos combatir
traigo mi espada y trotón.—
Aquesto al conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador,
que después por sus fazañas
este nombre meresció.
Dióle la muerte y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

5

Llorando Diego Laínez
yace sentado a la mesa,
vertiendo lágrimas tristes
y tratando de su afrenta;
y transportándose el viejo,
la mente siempre inquieta
de temores muy honrados,
va levantando quimeras,
cuando Rodrigo venía
con la cortada cabeza
del Conde, vertiendo sangre,
y asida por la melena.
Tiró a su padre del brazo,
y del sueño lo recuerda,
y con el gozo que trae
le dice desta manera:

—Véis aquí la hierba mala
para que vos comáis buena;
abrid, mi padre, los ojos
y alzad la faz, que ya es cierta
vuesa honra, y ya con vida
os resucita de muerta.
De su mancha está lavada
a pesar de su soberbia;
que hay manos que no son manos,
y esta lengua ya no es lengua.
Yo os he vengado, señor,
que está la venganza cierta
cuando la razón ayuda
a aquel que se arma con ella.—
Piensa que lo sueña el viejo,
mas no es así, que no sueña,
sino que el llorar prolijo
mil caracteres le muestra;
mas al fin alzó los ojos
que fidalgas sombras ciegan,
y conoció a su enemigo,
aunque en la mortal librea.
—Rodrigo, fijo del alma,
encubre aquesta cabeza,
no sea otra Medusa
que me trueque en dura piedra,
y sea tal mi desventura
que antes que te lo agradezca
se me abra el corazón
con alegría tan cierta.
¡Oh Conde Lozano infame!
El cielo de ti me venga,
y mi razón contra ti
ha dado a Rodrigo fuerzas.
Siéntate a yantar, mi fijo,
do estoy, a mi cabecera,

que quien tal cabeza trae
será en mi mesa cabeza.

6

En Burgos está el buen Rey,
asentado a su yantáre,
cuando la Jimena Gómez
se le vino a querellare.
Cubierta toda de luto,
tocas de negro cendale,
las rodillas por el suelo,
comenzara de fablare:
—Con mancilla vivo, Rey,
con ella murió mi madre.
Cada día que amanece,
Veo al que mató a mi padre,
caballero en un caballo
y en su mano un gavilane.
Por facerme más despecho
cébalo en mi palomare,
mátame mis palomillas,
criadas y por criare.
La sangre que sale d'ellas
teñido me ha mi briale;
enviéselo a decire,
envióme a amenazare:
Rey que non face justicia
non debiera de reinare,
ni cabalgar en caballo,
ni con la Reina fablare;
ni comer pan a manteles;
ni menos armas armare.—
El Rey, cuando aquesto oyera,
comenzara de pensare:
—Si prendo o mato al Cid,

mis Cortes revolveránse;
pues si lo dejo de hacer
Dios me lo ha demandare.
Mandarle quiero una carta.
Mandarle quiero a llamare.—
Las palabras no son dichas.
La carta camino vae;
mensajero que la lleva
dado la había a su padre.
Cuando el Cid aquesto supo
así comenzó a fablare:
—Malas mañas habéis Conde,
non vos las puedo quitare,
que carta que el Rey vos manda
no me la queréis mostrare.
—Non era nada, mi fijo,
sinon que vades alláe;
fincad vos acá, mi fijo,
que yo iré en vueso lugare.
—Nunca Dios lo tal quisiese,
ni Santa María, su madre,
sino que donde vos fuéredes
tengo yo de ir adelante.

7

Cabalga Diego Laínez
al buen Rey besar la mano;
consigo se los llevaba
los trescientos hijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano.
Todos caminan a mula,
sólo Rodrigo a caballo;
todos visten oro y seda,
Rodrigo va bien armado;

todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado;
todos con sendas varicas,
Rodrigo en lanza en mano;
todos guantes olorosos,
Rodrigo guante afinado,
todos sombreros muy ricos,
Rodrigo casco afinado,
y encima del casco lleva
un bonete colorado.
Andando por su camino,
unos con otros hablando,
allegados son a Burgos;
con el Rey se han encontrado.
Los que vienen con el Rey
entre sí van razonando;
unos lo dicen de quedo,
otros lo van publicando:
—Aquí viene entre esa gente
quien mató al conde Lozano.—
Como lo oyera Rodrigo,
en hito los ha mirado;
con alta y soberbia voz
d'esta manera ha hablado:
—Si hay alguno entre vosotros,
su pariente o adeudado,
a quien pese de su muerte,
salga luego a demandallo;
yo se lo defenderé,
quiera a pie, quiera a caballo.
Todos responden a una:
—Demándelo su pecado.—
Todos se apearon juntos
para al Rey besar la mano;
Rodrigo sólo quedó
encima de su caballo.

Entonces habló su padre,
bien oiréis lo que ha hablado:
—Apeaos, hijo mío,
besaréis al Rey la mano,
porque él es vuestro señor;
vos, hijo, sois su vasallo.
Desque Rodrigo esto oyó
sintióse muy agraviado;
las palabras que responde
son de hombre muy enojado.
—Si otro me lo dijera,
ya me lo hubiera pagado;
mas por mandarlo vos, padre,
yo lo haré de buen grado.—
Ya se apeaba Rodrigo
para al Rey besar la mano.
Al hincar de la rodilla
el estoque se ha arrancado;
espantóse d'esto el Rey
y dijo como turbado:
—Quítate, Rodrigo, allá,
quítateme allá, diablo.
que tienes el gesto de hombre
y los hechos de león bravo.—
Como Rodrigo esto oyó
apriesa pide el caballo;
con una voz alterada
contar el Rey así ha hablado:
—Por besar mano de rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.—
En diciendo estas palabras
salido se ha del palacio;
consigo se los tornaba
los trescientos hijosdalgo.

Si bien vinieron vestidos,
volvieron mejor armados;
y si vinieron en mulas,
todos vuelven en caballos.

8

Sentado está el señor Rey
en su silla de respaldo,
de su gente mal regida
desavenencias juzgando.
Dadivoso y justiciero,
premia al bueno y pena al malo;
que castigos y mercedes
hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
entraron treinta fidalgos,
escuderos de Jimena,
fija del conde Lozano.
Despachados los maceros,
quedó suspenso el palacio,
y así comenzó sus quejas
humillada en los estrados:
—Señor, hoy hace seis meses
que murió mi padre a manos
de un muchacho que las tuyas
para matador criaron.
Cuatro veces he venido
a tus pies, y todas cuatro
alcancé prometimientos;
justicia jamás alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar,
rapaz orgulloso y vano,
profana tus justas leyes
y tú amparas un profano;
tú le celas, tú le encubres,

y después de puesto en salvo,
castigas a tus merinos
porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos reyes
la semejanza y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos,
non debiera de ser rey
bien temido y bien amado
quien fallesce en la justicia
y esfuerza los desacatos.
¡Mal lo miras! ¡Mal lo piensas!
Perdona si mal te fablo;
que la injuria en la mujer
vuelve el respeto en agravio.
—No haya más, gentil doncella,
respondió el primer Fernando;
que ablandarán vuestras quejas
un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo a Don Rodrigo,
para vueso bien lo guardo;
tiempo vendrá que por él
convirtáis en gozo el llanto.—
En esto llegó a la sala
de doña Urraca un recado;
asióla del brazo el Rey;
donde está la infanta entraron.

9

Reyes moros en Castilla
entran con gran alarido;
de moros son cinco reyes,
lo demás mucho gentío.
Pasaron por junto a Burgos,
a Montes d'Oca han corrido,

y corriendo a Belforado,
también a Santo Domingo,
a Nájera y a Logroño,
todo lo habían destruído.
Llevan presa de ganados,
muchos cristianos cautivos,
hombres muchos y mujeres
y también niñas y niños.
Ya se vuelven a sus tierras
bien andantes y muy ricos,
porque el Rey ni otro ninguno
a quitárselo han salido.
Rodrigo, cuando lo supo
en Vivar, en su castillo,
—mozo es de pocos días,
los veinte años no ha cumplido—,
cabalga sobre Babieca
y con él los sus amigos:
apellidára a la tierra:
mucha gente le ha venido.
Gran salto diera en los moros:
en Montes d'Oca, el castillo,
venciera todos los moros
y prendió los reyes cinco.
Quitárales la gran presa
y gentes que iban cautivos;
repartiera las ganancias
con los que le habían seguido;
los Reyes trajera presos
a Vivar, al su castillo;
entrególos a su madre,
ella los ha recibido;
soltólos de la prisión,
vasallaje han conocido,
y a Rodrigo de Vivar
todos lo han bendecido.

Loaban su valentía;
sus parias le han prometido;
fuéronse para sus tierras
cumpliendo lo que habían dicho.

10

De Rodrigo de Vivar
muy grande fama corría;
cinco reyes ha vencido
moros de la morería.
Soltólos de la prisión
do metidos los tenía;
quedaron por sus vasallos,
sus parias le prometían.
En Burgos estaba el rey
que Fernando se decía.
Aquesa Jimena Gómez
ante el buen Rey parecía;
humilládose había ante él
y su razón proponía:
—Fija soy yo de don Gómez,
que en Gormaz condado había;
don Rodrigo de Vivar
le mató con valentía.
La menor soy yo de tres
hijas que el Conde tenía,
y vengo a os pedir merced
que me hagáis en este día,
y es que aqueste don Rodrigo
por marido yo os pedía.
Ternéme por bien casada,
honrada me contaría,
que soy cierta que su hacienda
ha de ir en mejoría,
y el mayor en el estado

que en la vuestra tierra había.
Haréisme así gran merced,
hacer a vos bien vernía,
porqu'es servicio de Dios
y yo le perdonaría
a muerte que dió a mi padre,
si él aquesto concedía.—
El Rey hobo por muy bien
lo que Jimena pedía.
Escribiérale sus cartas:
que veniese, le decía,
a Plasencia, donde estaba,
qu'es cosa que le cumplía.
Rodrigo, que vió las cartas
que el rey Fernando le envía,
cabalgó sobre Babieca,
muchos en su compañía.
Todos eran hijosdalgo
los que Rodrigo traía;
armas nuevas traían todos,
y de una color vestían;
amigos son y parientes,
todos a él lo seguían.
Trescientos eran aquellos
que con Rodrigo venían.
El Rey salió a recibirlo,
que muy mucho lo quería.
Díjole el Rey: —Don Rodrigo,
agradézcoos la venida,
que aquesta Jimena Gómez
por marido a vos pedía,
y la muerte del su padre
perdonada os la tenía;
yo vos ruego que lo hagáis,
d'ello gran placer habría;

hacervos he gran merced,
muchas tierras os daría.
—Pláceme, Rey mi señor,
Don Rodrigo respondía,
en esto y en todo aquello
que tu voluntad sería.—
El Rey se lo agradeció:
desposados los había
el Obispo de Palencia,
y el Rey dádole había
a Rodrigo de Vivar
mucho más que antes tenía,
y amóle en su corazón,
que todo lo merecía.
Despidiérase del Rey,
para Vivar se volvía;
consigo lleva a su esposa,
su madre le recibía.
Rodrigo se la encomienda
como a su persona misma;
prometió como quien era
que a ella no llegaría
hasta que las cinco huestes
de los moros no vencía.

II

A Jiménez y a Rodrigo
prendió el Rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
en presencia de Laín Calvo.
Las enemistades viejas
con amor las olvidaron;
que donde preside amor
se olvidan muchos agravios.
El Rey dió al Cid a Valduerna,

a Saldaña y Belforado
y a San Pedro de Cerdeña,
que en su hacienda vincularon.
Entróse a vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos;
quitóse gala y arnés
resplandeciente y grabado.
Púsose un medio botarga
con unos vivos morados;
calzas, valona tudesca
de aquellos siglos dorados.
Eran de grana de polvo
y de vaca los zapatos,
con dos hebillas por cintas
que le apretaban los lados;
camisón redondo y justo
sin filetes ni recamos,
con jubón de raso negro,
ancho de manga, estofado,
que entonces el almidón
era pan para muchachos;
con jubón de raso negro,
ancho de manga, estofado,
que en tres o cuatro batallas
su padre le había sudado.
Una acuchillada cuera
se puso encima del raso,
en remembranza y memoria
de las muchas que había dado;
una gorra de Contray
con una pluma de gallo;
llevaba puesto un tudesco
en felpa todo forrado;
la tizona rabitiesa,
del mundo y terror espanto,
en tiros nuevos traía,

que costaron cuatro cuartos.
Más galán que Gerineldo
baja el Cid famoso al patio,
donde Rey, Obispo y grandes
en pie estaban aguardando.
Tras esto bajó Jimena,
tocada en toca de papos,
y no con estas quimeras
que agora llaman hurracos.
De paño de Londres fino
era el vestido bordado;
unas garnachas muy justas
con un chapín colorado;
un collar de ocho patenas
con un San Miguel colgado,
que apreciaron una villa,
solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
y al dar la mano y abrazo,
el Cid, mirando a la novia
le dijo, todo turbado:
—Maté a tu padre, Jimena,
pero no a desaguisado;
matéle de hombre a hombre
para vengar cierto agravio.
Maté hombre, y hombre doy;
aquí estoy a tu mandado,
y en lugar del muerto padre,
cobraste marido honrado.—
A todos pareció bien,
su discreción alabaron,
y así se hicieron las bodas
de Rodrigo el castellano.

12

A su palacio de Burgos,
como buen padrino honrado,

llevaba el Rey a yantar
a sus nobles afijados.
Salen juntos de la iglesia
el Cid, Obispo y Laín Calvo,
con el gentío del pueblo
que les iba acompañando.
Por la calle donde van
a costa del Rey gastaron
en un arco muy pulido
más de treinta y cuatro cuartos.
En las ventanas, alfombras;
en el suelo, juncia y ramos,
y de trecho en trecho había
mil trovas al desposado.
Salió Pelayo hecho toro
con un paño colorado,
y otros que le van siguiendo
y una danza de lacayos.
También Antolín salió
a la jineta en un asno,
y Peláez con vejigas
fuyendo de los mochachos.
Diez y seis maravedís
mandó el Rey dar a un lacayo,
porque espantaba a las fembras
con un vestido de diablo.
Más atrás viene Jimena,
trabándola el Rey la mano,
con la Reina, su madrina,
y con la gente de manto.
Por las rejas y ventanas
arrojaban trigo tanto,
que el Rey llevaba en la gorra,
como era ancha, un gran puñado;
y a la homildosa Jimena
se le metían mil granos

por la marquesota al cuello,
y el Rey se los va sacando.
Envidioso dijo Suero,
que lo oyera el Rey, en alto:
—Aunque es de estimar ser Rey,
estimara más ser mano.—
Mandóle por el requiebro
el Rey un rico penacho,
y a Jimena le rogó
que en casa le dé un abrazo.
Fablándola iba el Rey,
mas siempre le fabla en vano,
que non dirá discreción
como la que faz callando.
Llegó a la puerta el gentío,
y, partiéndose a dos lados,
quedóse el Rey a comer
y los que eran convidados.

13

Celebradas ya las bodas
a do la corte yacía
de Rodrigo con Jimena,
a quien tanto el Rey quería,
el Cid pide al Rey licencia
para ir en romería
al Apóstol Santiago,
porque así lo prometía.
El Rey túvole por bien,
muchos dones le daría;
rogóle volviese presto,
que es cosa que le cumplía.
Despidióse de Jimena,
a su madre la daría,
diciendo que la regale,

que en ello merced le haría.
Llevaba veinte fidalgos
que van en su compañía;
dando va muchas limosnas
por Dios y Santa María;
y allá en medio del camino
un fago le aparecía
metido en un tremedal,
que salir dél no podía.
Grandes voces está dando:
por amor de Dios pedía
que le sacasen de allí,
pues d'ello se serviría.
Cuando lo oyera Rodrigo
del caballo descendía;
ayudólo a levantar
y consigo lo subía.
Lleváralo a su posada,
consigo cenado había;
ficiérales una cama,
en la cual ambos dormían.
Hacia allá la media noche,
ya que Rodrigo dormía,
un soplo por las espaldas
el gafo dado le había
tan recio, que por los pechos
a don Rodrigo salía.
Despertó muy espantado;
al gafo buscado había;
no le hallaba en la cama;
a voces lumbre pedía.
Traídole habían lumbre
y el gafo no parecía.
Tornádose había a la cama,
gran cuidado en sí tenía
de lo que aconteciera;

mas un hombre a él venía
vestido de blancos paños,
desta manera decía:
—¿Duermes, o velas, Rodrigo?
—No duermo—le respondía—;
pero, dime, ¿tú quién eres,
que tanto resplandecías?
—San Lázaro soy, Rodrigo,
que yo a fablarte venía.
Yo soy el gafo a que tú
por Dios tanto bien facías.
Rodrigo, Dios bien te quiere,
y otorgado te tenía
que lo que tú comenzares
en lides o en otra vía,
lo cumplirás a tu honra
y crecerás cada día;
de todos serás temido,
de cristianos y morisma,
y que los tus enemigos
empecer no te podrían.
Morirás tu muerte honrada;
tu persona, no vencida;
tú serás el vencedor,
Dios su bendición te envía.—
En diciendo estas palabras,
luego desaparecía.
Levantóse don Rodrigo,
y de hinojos se ponía;
dió gracias a Dios del cielo,
también a Santa María,
y ansí estuvo en oración
hasta que fuera de día.
Partióse para Santiago,
su romería cumplía;
de allí se fué a Calahorra,

adonde el buen Rey yacía.
Recibiéralo muy bien,
holgóse de su venida;
lidió con Martín González,
en el campo le vencía.

14

Sobre Calahorra, esa villa,
contienda se ha levantado,
entre el buen Rey de León,
llamado el primer Fernando,
y Ramiro de Aragón,
cuyo reino es el nombrado,
que ambos los reyes dicen
que es villa de su reinado.
Por quitar muertes y guerras,
los reyes han acordado
que lidien dos caballeros,
cada uno de su bando;
y el que de aquestes venciese,
que su rey la haya a su mando;
Fernando nombró a Rodrigo
de Vivar, el muy nombrado;
Ramiro a Martín González,
muy valiente y esforzado.
Armados ambos que son,
en el campo son entrados;
en haciendo la señal,
muy recio se han encontrado.
Quebraron ambos las lanzas,
quedaron muy lastimados,
mal feridos de los fierros,
de los encuentros pasados.
Martín le dijo a Rodrigo,
de esta suerte le ha hablado:
—Mucho, Rodrigo, vos pese,

de haber sido tan osado
de entrar conmigo en batalla,
de do soldréis mal pagado;
que aquesta vuesa cabeza
aquí quedará en el campo.
Non volveréis a Castilla,
ni a Vivar, el vuestro Estado,
ni Jimena vuestra esposa
jamás vos verá a su lado.
Aunque dicen que la amáis,
y que d'ella sois amado.—
De las palabras que ha dicho
mucho a Rodrigo ha pesado,
y con saña muy crecida
ansí le había hablado:
—Sois, Martín, buen caballero,
notad lo por vos hablado:
aquesas vuestras palabras
no son de hombre esforzado,
que aquesta lid comenzada,
por manos se habrá librado,
non por razones livianas
de que sois tan abastado.
En la mano de Dios es
lo que habéis vos razonado,
y El dará la honra a quien
viere qu'es bien empleado.
Dijo, y con crecido enojo
para él se fué denodado;
muchas heridas le dió,
en tierra lo ha derribado.
Don Rodrigo se apeó,
la cabeza le ha cortado,
y la sangre de su espada
luego la había limpiado.
Las rodillas por el suelo,

las manos puestas en alto;
muchas gracias daba a Dios,
que tal victoria le ha dado;
y díjoles a los jueces,
esto les ha preguntado:
—¿Queda aquí más por hacer
para que sea del reinado
de mi señor, Calahorra,
sobre que se ha batallado?—
Respondieron todos juntos:
—No, caballero esforzado,
que en la batalla pasada
el derecho le es quitado
a Ramiro, aquese Rey,
que decía ser de su Estado.—
Fernando abrazó a Rodrigo,
tiénenlo por estimado;
del Rey era muy querido,
de todo el mundo loado.

15

Muy grandes huestes de moros
a Extremadura corrían;
captivan muchos cristianos;
acorro ninguno habían.
A Rodrigo de Vivar
porque todos los cristianos
por señor me obedecían;
sólo él no me conoce
ni mi tributo me envía;
constreñide, Santo Padre,
que me obedezca este día.—
El Papa envió su mandado,
en que pedido le había
que le fuese tributario,

so pena que enviaría
y daría su cruzada
porque no le obedecía.
Muchos Reyes que allí estaban,
que en concilio presidían,
retaban al Rey Fernando
si esto cumplir no quería.
El Rey, cuando vió las cartas,
pena recibida había,
porque si esto va adelante
a sus reinos mal vendría.
A los sus honrados homes
su consejo les pedía;
ellos al Rey aconsejan
faga lo que le pedían,
porque de ser obediente
al Papa a él convenía;
y si facerlo no quiere,
a sus reinos mal vendría,
porque vendrán contra él
Reyes que lo desafían.
No estuvo en este consejo
el buen Cid, que ido se había
a ver a Jimena Gómez,
su esposa, que bien quería,
y había muy poco tiempo
que el buen Cid la conocía.
Estando fablando en esto,
Don Rodrigo entrado había;
el Rey, cuando vió al Cid,
lo que ha pasado decía,
y rogóle le aconsejese
lo que sobre eso haría.
El Cid, cuando tal oyó,
el corazón le dolía;
fabló su razón al Rey;

desta manera decía:
—Rey Fernando, vos nacísteis
en Castilla en fuerte día;
si en vuestro tiempo ha de ser
a tributos sometida,
lo cual nunca fué hasta aquí,
¡gran deshonra nos sería!
Cuanta honra Dios nos dió,
si tal facéis, es perdida.
Quien esto vos aconseja
vuestra honra no quería,
ni de vuestro señorío,
que a vos, Rey, obedecía.
Enviad vuestro mensaje
al Papa y a su valía,
y a todos desafiad
los acorra le pedían;
Don Rodrigo, como bueno,
sus gentes luego apellida.
Amigos son y parientes
todos los que le venían:
en busca va de los moros,
la su seña va tendida.
El iba por capitán;
sobre sí buena loriga,
cabalga sobre Babieca;
placer es de ver cuál iba.
Animando va a los suyos:
—Nadie muestre cobardía;
pues que todos sois hidalgos
de los buenos de Castilla,
muramos como valientes;
aquí es bien perder la vida.—
Entre Atienza y San Esteban,
que de Gormaz se decía,
alcanzando habían los moros;

lid campal habían ferida.
Don Rodrigo los venció;
libra la gente cautiva.
Quitábales los ganados,
siete leguas les seguía;
tantos mató de los moros,
que contarse no podían;
gran haber ganara de ellos,
cautivos en demasía.
Doscientos son los caballos
que a don Rodrigo cabían;
cien mil marcos el despojo;
él todo lo repartía
entre toda la su gente,
comúnmente sin codicia.
A Vivar se había tornado
con gran honra que adquiría ;
de todos es muy loado,
y del Rey a maravilla.

16

Cercada tiene a Coimbra,
aquese buen Rey Fernando;
siete años duró el cerco,
que jamás lo hubo quitado,
porque el lugar es muy fuerte,
de muros bien torreado.
No hay vianda en el real,
que todo lo habían gastado.
Ya quieren alzar el cerco;
al Rey monjes han llegado
de aqueste gran monasterio
que nombrado era Lormano,
que con trabajo crecido
habían mucho trigo alzado,

mucho mijo y aun legumbres,
y al Rey todo se lo han dado,
rogándole no alce el cerco;
que darían vianda abasto.
El Rey se lo agradeció,
tomó lo que le fué dado,
partiólo por sus campañas,
viandas les han abondado;
quebrantaron muchos muros,
los moros se han amistado.
Dádose habían al Rey
la villa y todo su algo;
sólo fincan con las vidas,
que el Rey se las otorgado.
En tanto que dura el cerco
un romero había llegado,
que viene de allá, de Grecia,
al Apóstol Santiago.
Astianos había por nombre,
Obispo es intitulado;
faciendo estaba oración
ante el Apóstol muy santo.
Astianos oyó decir
que el Apóstol Santiago
entraba en las grandes lides
armado y en un caballo,
a pelear con los moros
en favor de los cristianos.
El Obispo que lo oyó,
muy mucho le había pesado
—Non le digáis caballero,
pescador era llamado.—
Y con esta gran porfía
dormido se había quedado.
Santiago se le aparece
con llaves en la su mano,

y con muy alegre rostro
dijo: —Tú faces escarnio
por llamarme caballero,
y en ello tanto has cuidado,
vengo yo ahora a mostrarte
porque no dudes en vano.
Caballero soy de Cristo,
ayudador de cristianos
contra el poder de los moros,
y dellos soy abogado.—
Estando en estas razones
traído le fué un caballo;
blanco era y muy hermoso,
Santiago le ha cabalgado
guarnido de todas armas,
limpias, blancas, relumbrando;
y a guisa de caballero
a ayudar va al Rey Fernando,
que yace sobre Coimbra
había ya siete años.
—Y con estas llaves mismas
—dijo—que llevo en mis manos,
abriría yo el lugar;
mañana, el día llegado,
daréselo yo al Rey,
que lo ha tenido cercado.—
Y en aquesta propia hora
al Rey lo había entregado.
Nombróse Santa María
la mezquita, que han hallado,
consagrándola en su nombre;
y en ella se había armado
caballero Don Rodrigo
de Vivar, el afamado.
El Rey le ciñó la espada,
paz en la boca le ha dado;

no le diera pescozada,
como a otros había dado
y por hacerle más honra
la Reina le dió el caballo,
y Doña Urraca, la Infanta,
las espuelas le ha calzado.
Novecientos caballeros
Don Rodrigo había armado;
mucha honra le hace el Rey,
y mucho loado,
porque fuera muy valiente
en ganar lo que es contado,
y en otros muchos lugares
que a su Rey ha conquistado.

17

Por el val de las Estacas
pasó el Cid a mediodía
en su caballo Babieca.
¡Oh qué bien que parecía!
El Rey moro, que lo supo,
a recibirle salía.
Dijo: —Bien vengas, el Cid,
buena sea tu venída,
que si quieres ganar sueldo,
muy bueno te lo daría,
o si vienes por mujer,
darte he una hermana mía.—
—Que no quiero vuestro sueldo
ni de nadie lo querría,
que ni vengo por mujer,
que viva tengo la mía;
vengo a que pagues las parias
que tú debes a Castilla.
—No te las daré, el buen Cid,
Cid, yo no te las daría;

si mi padre las pagó,
hizo lo que no debía.
—Si por bien no me las das,
yo por mal las tomaría.
—No lo harás así; buen Cid,
que yo buena lanza había.
—En cuanto a eso, rey moro,
creo nada te debía,
que si buena lanza tienes,
por buena tengo la mía:
mas dá sus parias al Rey,
a ese buen Rey de Castilla.
—Por ser vos su mensajero
de buen grado las daría.

18

En Zamora está Rodrigo,
en corte del rey Fernando,
padre del rey sin ventura
a quien llamaron don Sancho,
cuando llegan mensajeros
de los Reyes tributarios
a Rodrigo de Vivar,
al cual dicen humillados:
—Buen Cid, a ti nos envían
cinco reyes tus vasallos
a te pagar el tributo
que quedaron obligados;
y por señal de amistad
te envían más de cien caballos,
veinte blancos como armiños
y veinte rucios rodados;
treinta te envían morcillos
y otros tantos alazanos,
con todos sus guarnimientos,

de diferentes brocados;
y a más a doña Jimena
muchas joyas y tocados,
y a vuestras dos fijas bellas
dos jacintos muy preciados;
dos cofres de muchas sedas
para vestir sus fidalgos.—
El Cid les dijera: —Amigos,
el mensaje habéis errado,
porque yo no soy señor
adonde está el Rey Fernando:
todo es suyo, nada es mío,
yo soy su menor vasallo.—
El Rey agradeció mucho
la humildad del Cid honrado.
y dijo a los mensajeros:
—Decidles a vuestros amos
que aunque no es Rey su señor,
con un Rey está sentado,
y que cuanto yo poseo
el Cid me lo ha conquistado;
y que yo estoy muy contento
en tener tan buen vasallo.
El Cid despidió a los moros
con dones que les ha dado,
siendo desde allí adelante
el Cid, Ruy Díaz llamado,
apellido, entre los moros,
de hombre de valor y estado.

19

La silla del buen San Pedro
Víctor, Papa, la tenía,
y el Emperador Enrique
ante él se humilló y decía:

—Ante vos, el Padre Santo,
mi querella proponía
contra aqueste Rey Fernando
que a Castilla y León tenía,
de vuestra parte y la mía,
pues Castilla se ganó
por los Reyes que ende había,
ninguno les ayudó
de moros a la conquista.
Mucha sangre le costó:
la vida me costaría
antes que pegar tributo,
pues a nadie se debía.—
El Rey lo tuvo por bien
lo que el buen Cid le decía;
al Papa envió el mensaje,
y por merced le pedía
no ayude tal sin razón
sobre lo que no la había;
y al Emperador Enrique
y a aquellos que le seguían.
A todos desafiaba,
y que buscarlos quería.
Ocho mil y novecientos
caballeros ya venían:
parte de ellos son del Rey,
y otros que el buen Cid tenía.
Por capitán general
a Don Rodrigo tenían.
Pasaron los puertos de Aspa,
y al encuentro les salía.
Ramón, Conde de Saboya,
con muy gran caballería.
Con el Cid hubo batalla,
la lid fué mucho ferida,
mas Rodrigo venció al Conde

y en la prisión le ponía.
Soltólo con las rehenes
de una hija que tenía;
en ella tuvo el buen Rey
un fijo que se decía
don Fernado, cardenal
de ese reino de Castilla.
También Don Rodrigo Díaz
otra batalla vencía
del mayor Poder de Francia,
que al encuentro le salía.
Sin que el Rey se hallase en ella,
que atrás quedádose había.
Los Reyes y Emperadores
con toda la su valía
cuando vieron el estrago
que el buen Cid faciendo iba,
por merced piden al Papa
que al Rey Fernado le escriba
que a Castilla se volviese,
que tributo no querían;
que contra el poder del Cid
ninguno se ampararía.
El Rey, cuando vió el mensaje,
a su tierra se volvía;
túvose por muy contento
y al Cid se lo agradecía.

20

A concilio dentro en Roma
el Padre Santo ha llamado.
Por obedecer al Papa
este noble Rey Fernando
para Roma fué derecho,
con el Cid acompañado.

Por sus jornadas contadas
en Roma se han apeado:
el Rey con gran cortesía
al Papa besó la mano,
y el Cid y sus caballeros,
cada cual de grado en grado.
Do vido las siete sillas
de siete reyes cristianos,
y vió la del Rey de Francia
junto a la del Padre Santo,
y la del Rey su señor
un estado más abajo,
fuése a la del Rey de Francia,
con el pie la ha derribado;
la silla era de marfil,
hecho la ha cuatro pedazos.
Y tomó la de su Rey
y subióla en lo más alto.
Habló allí un honrado duque,
que dicen el saboyano:
—Maldito seas, Rodrigo,
del Papa descomulgado,
porque deshonraste un Rey,
el mejor y más preciado.—
Oyendo el Cid sus razones
desta manera ha fablado:
—Dejemos los Reyes, Duque;
y si os sentís agraviado,
hayámoslo entre los dos;
de mí a vos sea demandado.—
Allegóse cabe el Duque,
un gran rempujón le ha dado;
el duque, sin responder,
se quedó muy mesurado.
El Papa, cuando lo supo,
al Cid ha descomulgado;

sabiéndolo el de Vivar
ante el Papa se ha mostrado.
—Adsolvedme—dijo—, Papa;
si no, seráos mal contado.

21

En los solares de Burgos,
a su Rodrigo aguardando,
tan encinta está Jimena
que muy cedo aguarda el parto,
cuando, además, dolorida,
una mañana, en disanto,
bañada en lágrimas tiernas,
tomó la pluma en la mano,
y después de haberle escrito
mil quejas a su velado,
bastantes a domeñar
unas entrañas de mármol,
de nuevo tomó la pluma
y de nuevo tornó al llanto,
y desta guisa le escribe
al noble Rey don Fernando:
"A vos, mi señor el Rey,
"el bueno, el aventurado,
"el magno, el conqueridor,
"el agradecido, el sabio,
"la vuestra sierva Jimena,
"fija del conde Lozano,
"a quien vos marido dísteis,
"bien así como burlado,
"desde Burgos os saluda,
"donde vive lacerando.
"Las vuesas andanzas buenas
"llévevoslas Dios al cabo.
"Perdonadme, mi señor,

"si no os fablo muy en salvo;
"que si mal talante os tengo
"non puedo disimulallo.
"¿Qué ley de Dios vos enseña
"que podáis por tiempo tanto,
"cuando afincáis en las lides,
"descasar a los casados?
"¿Qué buena razón consiente
"que a un garzón bien domeñado,
"falagüeño y homildoso,
"le mostréis a ser león bravo?
"¿Y que de noche y de día
"le traigáis atraillado
"sin soltalle para mí
"sino una vez en el año?
"Y esa que me lo soltáis,
"fasta los pies del caballo
"tan teñido en sangre viene
"que pone pavor mirallo;
"y cuando mis brazos toca
"luego se duerme en mis brazos.
"En sueños gime y forceja,
"que cuida que está lidiando.
"Apenas el alba rompe
"cuando lo están acuciando
"los esculcas y adalides
"para que se vuelva al campo.
"Llorando vos lo pedí,
"y en mi soledad cuidando
"de cobrar padre y marido,
"ni uno tengo ni otro alcanzo;
"que como otro bien no tengo
"y me lo habedes quitado,
"en guisa le lloro vivo,
"cual si estuviera finado.
"Si lo facéis por honralle,

"mi Rodrigo es tan honrado
"que no tiene barba, y tiene
"cinco reyes por vasallos.
"Yo finco, señor, encinta,
"que en nueve meses he entrado,
"y me podrán empecer
"las lágrimas que derramo.
"Non permitáis se malogren
"prendas del mejor vasallo
"que tiene cruces bermejas,
"ni rey ha besado mano.
"Respondedme en puridad
"con letras de vuesa mano,
"aunque al vueso mandadero
"le pague yo su aguinaldo.
"Dad este escrito a las llamas,
"non se faga de palacio,
"que a malos barruntadores
"non me será bien contado."

22

Pidiendo a las diez del día
papel a su secretario,
a la carta de Jimena
responde el Rey por su mano.
Después de facer la cruz,
con cuatro puntos y un rasgo,
aquestas palabras finca
a guisa de cortesano:
"A vos, Jimena, la noble,
"la del marido envidiado,
"la homildosa, la discreta,
"la que cedo espera el parto,
"el Rey, que nunca vos tuvo
"talante desmesurado,

"vos envía sus saludes
"en fe de quereros tanto.
"Decísme que soy mal rey
"y que descaso casados,
"y que por los mis provechos
"non curo de vuesos daños.
"Que estáis de mí querellosa
"decís en vuesos despachos,
"que non vos suelto el marido
"sino una vez en el año,
"y que cuando vos le suelto,
"en lugar de falagaros
"en vuesos brazos se duerme,
"como viene tan cansado.
"Si supiérades, señora,
"que vos quitaba el velado
"por mis enamoramientos,
"fuera con razón quejaros;
"mas si sólo vos lo quito
"para lidiar en el campo
"con los moros convecinos,
"non vos fago mucho agravio.
"A non vos tener encinta,
"señora, el vueso velado,
"creyera de su dormir
"lo que me habedes contado;
"pero si os tiene, señora,
"con el brial levantado...
"no se ha dormido en el lecho
"si espera en vos mayorazgo,
"y si en el parto primero
"un marido os ha faltado,
"no importa, que sobra un Rey
"que os fará cien mil regalos.
"Non le escribades que venga,
"porque aunque esté a vuestro lado,

"en oyendo el atambor
"será forzoso dejaros.
"Si non hubiera yo puesto
"las mis huestes a su cargo,
"ni vos fuérais más que dueña,
"ni él fuera más que un fidalgo.
"Decís que vuestro Rodrigo
"tiene reyes por vasallos;
"¡ojalá como son cinco
"fueran cinco veces cuatro!
"Porque teniéndolos él
"sujetos a su mandado,
"mis castillos y los vuestros
"no hubieran tantos contrarios.
"Decís que entregue a las llamas
"la carta que me habéis dado.
"A contener herejías
"fuera digna de tal pago;
"mas si contiene razones
"dignas de los siete sabios,
"mejor es para mi archivo
"que non para el fuego ingrato;
"y porque guardéis la mía
"y non la fagáis pedazos.
"Por ella a lo que pariedes
"prometo buen aguinaldo.
"Si fijo, prometo dalle
"una espada y un caballo,
"y dos mil maravedís
"para ayuda de su gasto.
"Si fija, para su dote
"prometo poner en cambio
"desde el día en que naciere
"de plata cuarenta marcos.
"Con esto ceso, señora,
"y no de estar suplicando

"a la Virgen vos alumbre
"en los peligros del parto."

23

Salió a misa de parida
a San Isidro, en León,
la noble Jimena Gómez,
mujer del Cid Campeador.
Para salir, de Contray
sus escuderos vistió;
que el vestido del criado
dice quién es el señor.
Un jubón de grana fina
la bella dama sacó,
con fajas de terciopelo
picadas de dos en dos;
de lo mismo una basquiña
con la mesma guarnición,
donas que la diera el Rey
el día que se casó;
y con los cabos de plata
un muy rico ceñidor,
que a la Condesa su madre
el Conde en donas le dió.
Lleva una cofia de papos
de riquísimo valor,
que le dió la Infanta Urraca
el día que se veló;
dos patenas lleva al cuello,
puestas con mucho primor,
con San Lázaro y San Pedro,
santos de su devoción;
y los cabellos, que al oro
disminuyen su color,
a las espaldas echados,

de todos hecho un cordón.
Lleva un manto de Contray,
porque las dueñas de honor,
mientras más cubren su rostro,
más descubren su opinión.
Tan hermosa iba Jimena,
que suspenso quedó el sol
en medio de su carrera
por podella ver mejor;
y a la entrada de la iglesia
al Rey Fernando encontró,
que para metella dentro
de la mano la tomó.
Dijo el Rey: —Noble Jimena,
pues el buen Cid Campeador,
vuestro dichoso marido
y mi vasallo mejor,
por estar aún en las lides
hoy de la iglesia faltó,
a falta del brazo suyo
yo vuestro bracero soy,
y a aquesa fermosa Infanta,
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedís
y mi plumaje el mejor.—
Non le agradece Jimena
al Rey tanto su favor;
que le ocupa la vergüenza,
y a sus palabras la voz.
Las manos quiso Jimena
besarle, y él las huyó:
acompañóla a la iglesia,
y a su casa la volvió.

24

Doliente se siente el Rey,
este buen Rey Don Fernando;
los pies tiene hacia el oriente
y la candela en la mano.
A su cabecera tiene
arzobispos y prelados,
a su man derecha tiene
a sus hijos todos cuatro.
Los tres eran de la Reina
y el uno era bastardo:
ese que bastardo era
quedaba mejor librado.
Arzobispo es de Toledo,
Maestre de Santiago,
Abad era en Zaragoza,
de las Españas primado.
—Hijo, si yo no muriera
vos fuéredes Padre Santo,
mas con la renta que os queda
vos bien podéis alcanzarlo.—
Ellos estando en aquesto
entrára Urraca y Fernando,
y vuelta hacia su padre
desta manera ha fablado.

25

—Morir vos queredes, padre;
San Miguel vos haya el alma;
mandástedes vuestras tierras
a quien bien se os antojara.
Diste a Don Sancho a Castilla
Castilla la bien nombrada;
a don Alonso, a León

y a don García, a Vizcaya.
A mí, porque soy mujer,
dejaisme desheredada.
Irme he yo por estas tierras
como una mujer errada,
y este mi cuerpo daría
a quien bien se me antojara,
a los moros por dinero
y a los cristianos de gracia:
de lo ganar pudiere
haré bien por vuestra alma.—
Allí preguntara el Rey:
—¿Quién es esa que así fabla?
Respondiera el arzobispo:
—Vuestra hija doña Urraca.
—Calledes, hija, calledes,
no digades tal palabra,
que mujer que tal decía
meresce de ser quemada.
Allá en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba;
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada;
en parte la cerca el Duero:
en parte Peña tajada,
en parte la morería;
¡una cosa es muy preciada!
¡Quien os la tomare, hija,
la mi maldición le caiga!
Todos dicen amen, amen,
sino don Sancho que calla.

ROMANCERO DEL CID

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

26

El Rey Don Sancho reinaba
en Castilla su reinado,
y en Galicia, Don García,
que de Don Sancho es hermano.
Sobre los reinos los dos
mucho habían guerreado,
y en batalla muy sangrienta
ambos reyes se han hallado.
Muchos mueren de sus gentes,
prendió García a Don Sancho;
diéralo a seis caballeros
que lo tengan a recaudo;
va en alcance de la gente
que tenía el Rey su hermano.
Don Sancho, que se vió preso,
gran enojo había cobrado;
dijo a los que le guardaban
que le dejen ir en salvo,
faráles grandes mercedes,
siempre les dará gran algo,
y en el reino de su Rey
non fará desaguisado.
Respondieron todos juntos
no harían lo que ha mandado
fasta que vuelva su Rey
y ponga en ello recado.
Estando Don Sancho preso
Alvar Fáñez ha llegado,

y a los que al Rey tienen preso
desta manera ha fablado:
—¡Traidores, dejad mi Rey,
que tenéis aprisionado!—
Y arremetiendo con ellos,
con todos ha peleado;
derribara a los dos dellos,
los cuatro huyeron del campo.
Don Sancho, quedando libre
de los que le habían guardado,
a muy grandes voces dice:
—Venid aquí, mis vasallos,
acordáos, mis caballeros,
del prez que los castellanos
ganasteis en las batallas
y lides do habéis entrado.
No lo queráis hoy perder,
sino delante llevarlo.—
Cuatrocientos caballeros
con él se habían juntado,
y estando ya todos juntos,
el buen Cid había asomado.
Caballeros trae trescientos
y todos son hijosdalgo.
Cuando Don Sancho los vido
muy gran esfuerzo ha cobrado,
y a sus caballeros dijo:
—Bajemos luego a lo llano,
que pues el Cid es venido,
nuestro será hoy el campo.
Recibió bien a Ruy Díaz
el famoso castellano,
diciendo: —Bien vengáis, Cid,
el muy bien afortunado;
ningún vasallo hasta hoy
a tal punto había llegado

a servir a su señor
como vos, buen Cid honrado.—
El Cid le responde al Rey
con ánimo denodado:
—Bien podéis creer, señor,
que vos cobrásteis el campo,
en el cual vos venceréis
a García, vueso hermano.
O yo por vos moriré
como cualquier buen fidalgo.—
Ellos estando en aquesto,
Don García había llegado.
Cantando viene y alegre,
no sabe lo que ha pasado,
diciendo cómo venció
a su hermano el Rey Don Sancho.
Y cómo lo tiene preso
y puesto a muy buen recado.
Como se vieron los Reyes,
a otra batalla han tornado
más fuerte que la pasada
do fué preso el Rey Don Sancho.
Vencido fué Don García,
mueren muchos de su bando,
prendió a Don García el Cid
con su esfuerzo tan sobrado;
entrególo a su señor
con placer demasiado.
En fuertes hierros lo meten
por mando del Rey Don Sancho,
y en el castillo de Luna
estuviera encarcelado.

27

Don Sancho reina en Castilla,
Alfonso en León, su hermano;

sobre cuál habrá ambos reinos
muy gran lid han levantado.
Junto al río de Carrión
los Reyes han batallado;
de sus gentes mueren muchas,
Don Sancho perdiera el campo,
y huyera de la batalla;
triste iba y muy cuitado.
Alfonso mandó a su gente
que no maten los cristianos.
Gran mancilla tiene de ello,
de su hermano se ha quejado
por haber sido la causa
del rompimiento pasado.
Rodrigo Díaz de Vivar,
ese buen Cid afamado,
a Don Sancho, su señor,
estábalo conhortando.
Díjole: —Rey y señor,
verdad es lo que os fablo,
y es que las gentes gallegas
que están con el vueso hermano,
agora están bien seguras
en sus posadas folgando,
y no se temen de vos
ni de los del vueso bando.
Faced volver los que fuyen,
ponedlos so vuesa mano,
y tras el alba venida
con esfuerzo denodado
ferir en todos muy recio
leoneses y galicianos,
y muy fuerte, asoberbienta,
con ánimos esforzados;
ca ellos han por costumbre
cuando ganan algún campo,

alabarse de su esfuerzo
y escarnecer al contrario;
y como gastan la noche
en placer y engasejando,
dormirán por la mañana
como homes sin cuidado;
y vos, buen Rey, venceréis
y quedaréis bien vengado.—
Muy bien le pareció al Rey
lo que el Cid le ha aconsejado.
El Rey con todas sus gentes
firieron en los contrarios;
unos matan, otros prenden,
todos son desbaratados;
prendieron al Rey Alfonso
en un templo consagrado.
Cuando vieron los leoneses
su señor aprisionado,
pelean muy fuertemente,
prendieron al Rey Don Sancho.
Y catorce caballeros
lo llevan a buen recaudo.
El buen Cid, cuando lo vido,
en su alcance es ya llegado,
y díjoles: —Caballeros,
soltad mi señor de grado,
darvos he yo a Don Alfonso,
de quien érades vasallos.—
Respondieron los leoneses
al de Vivar afamado:
—Ruy Díaz, volveos en paz;
si no, iréis aprisionado
con vueso señor el Rey,
que connusco aquí llevamos.—
Gran enojo tomó el Cid
de lo que le habían hablado;

peleó con todos ellos
y a su señor ha librado.
Los trece deja vencidos,
el uno se había escapado.
A Burgos llevaron preso
a Alfonso, del Rey hermano,
por el gran esfuerzo y fechos
de aqueste Cid castellano.

28

Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
cuando en Castilla reinó,
¡las barbas que le salían
y cuán poco las logró!
A pesar de los franceses
los puertos de Aspa pasó;
siete días con sus noches
en campo los aguardó.
Y viendo que no venían
a Castilla se volvió.
Matara al Conde de Niebla
y el condado le quitó,
y a su hermano Don Alfonso
en las cárceles echó.
Después que le tuvo preso
un pregón hacer mandó
que el que rogase por él
que le diesen por traidor.
No hay dama ni caballero
que por él rogase, no,
si no fuera una su hermana
que al buen Rey se lo pidió.
—Rey Don Sancho, Rey Don Sancho,
hermano mío y señor,
cuando yo era pequeña

sé que un don me prometió;
agora que soy crecida,
señor, otorgadmelo.
—Pedidlo, vos, mi hermana,
mas con una condición;
que no me pidáis a Burgos,
a Burgos ni a León,
ni a Valladolid la rica,
ni a Valencia de Aragón;
cualquiera otra cosa, hermana,
no se os ha de negar, no.
—Señor, yo no pido Burgos,
a Burgos ni a León,
ni a Valladolid la rica,
ni a Valencia de Aragón;
lo que pido es a mi hermano,
que le tenéis en prisión.
—Pláceme, le dijo, hermana,
mañana os le daré yo.
—Vivo le habéis de dar, vivo,
vivo, que no muerto, no.
—Mal hayades vos, hermana,
y quien tal os consejó;
que mañana de mañana
muerto se le diera yo.

29

Llegado es el Rey Don Sancho
sobre Zamora, esa villa;
muchas gentes trae consigo,
que haberla mucho quería.
Caballero en un caballo,
y el Cid en su compañía,
andábala alrededor,
y el Rey así al Cid decía:

—Armada está sobre peña
tajada toda esa villa,
los muros tiene muy fuertes,
torres ha en gran demasía,
Duero le cercaba el pie,
fuerte es a maravilla,
no bastan a la tomar
cuantos en el mundo había;
si me la diese mi hermana,
más que a España la querría.
Cid, a vos crió mi padre,
mucho bien fecho os había;
fízoos mayor de su casa
y caballero en Coimbra
cuando la ganara a moros.
Cuando en Cabezón moría,
a mí y a los mis hermanos
encomendado os había;
jurámosle allí en sus manos
facervos merced cumplida.
Fíceos mayor de mi casa,
gran tierra dado os tenía,
que vale más que un condado,
el mayor que hay en Castilla.
Yo vos ruego, don Rodrigo,
como amigo de valía,
que vayedes a Zamora
con la mi mensajería,
y a doña Urraca, mi hermana,
decid que me dé esa villa
por gran haber o gran cambio,
como a ella mejor sería.
A Medina de Ríoseco
yo por ella la daría,
con todo el Infantazgo,
y también le prometía

a Villalpando y su tierra,
o Valladolid la rica,
o a Tiedra, que es buen castillo;
y juramento la haría
con doce de mis vasallos
de cumplir lo que decía;
y si no lo quiere hacer,
por fuerza la tomaría.—
El Cid le besó la mano,
del buen Rey se despedía,
llegado había a Zamora
con quince en su compañía.

30

Entrado ha el Cid en Zamora,
en Zamora, aquesa villa,
llegado ha ante doña Urraca,
que muy bien lo recibía;
dicho le había el mensaje
que para ella traía.
Doña Urraca que lo oyó,
muchas lágrimas vertía,
diciendo: —¡Triste cuitada!
Don Sancho, ¿qué me quería?
No cumpliera el juramento
que a mi padre fecha había;
que aun apenas fuera muerto,
a mi hermano don García
le tomó toda su tierra
y en prisiones lo ponía,
y cual si fuese ladrón
agora en ellas yacía.
También a Alfonso mi hermano
su reino se lo tenía;
huyóse para Toledo,

con los moros está hoy día.
A Toro tomó a mi hermana,
a mi hermana doña Elvira;
tomarme quiere a Zamora,
¡gran pesar yo recibía!
Muy bien sabe el Rey Don Sancho
que soy mujer femenina,
y non lidiaré con él:
mas a furto o paladina
yo haré que le den la muerte,
que muy bien lo merecía.—
Levantóse Arias Gonzalo
y respondido la había:
—Non lloredes vos, señora,
yo por merced os pedía
que a la hora de la cuita
consejo mejor sería
que non acuitarvos tanto,
que gran daño a vos vendría.
Hablad con vuesos vasallos,
decid lo que el Rey pedía,
y si ellos lo han por bien,
dadle al Rey luego la villa.
Y si non les pareciere
facer lo que el Rey pedía,
muramos todos en ella
como manda la hidalguía.—
La Infanta tuvo por bien
facer lo que le decía;
sus vasallos lo juraron
que antes todos morirían
cercados dentro en Zamora
que no dar al Rey la villa.
Con esta respuesta el Cid
al buen Rey vuelto se había;
el Rey, cuando aquesto oyó,

al buen Cid le respondía:
—Vos aconsejásteis, Cid,
no darme lo que quería,
porque vos criasteis dentro
de Zamora, aquesa villa;
y a no ser por la crianza
que en vos mi padre facía,
luego os mandara enforcar;
mas de hoy en noveno día
os mando vais de mis tierras
y del reino de Castilla.

31

El Cid fué para su tierra;
con sus vasallos partía
para Toledo do estaba
Alfonso, cuando fuía.
Los condes y ricos homes
al Rey Don Sancho decían
no perdiese tal vasallo
y de tanta valentía
como es Ruy Díaz, el Cid,
que es muy grande su valía.
El Rey vido que es muy bien
facer lo que le decían;
y fablando a Diego Ordóñez,
mandóle que al Cid le diga
que se venga luego a él,
que como bueno lo haría,
y que le haría el mayor
de los que en su casa había.
Ordoño fué tras del Cid,
su mensaje le decía;
el Cid se había aconsejado
con los suyos que tenía

si haría lo que el Rey manda;
su parecer les pedía.
que se vuelva al Rey, dijeron,
pues su disculpa le envía;
el Cid con ellos se vuelve.
El Rey, cuando lo sabía,
dos leguas salió a él,
quinientos van en su guía.
El Cid, cuando vido al Rey,
de Babieca descendía.
Besóle luego las manos,
para el real se volvía,
y todos los castellanos
gran placer con él habían.

32

Muerto ya el Rey Don Fernando,
que diz que murió aplazado,
su hijo el Rey Don Sancho
sucedió en el reinado.
Codicioso de Zamora,
embajada le ha enviado
a su hermana doña Urraca
con Pero Hernández llamado,
con una carta que dice:
"Hermana, si habéis notado,
"mi padre si os dió a Zamora,
"fué muy mal aconsejado,
"sabiendo que no podía
"quitármela de mi estado.
"Por tanto, mejor sería
"para vos y su descargo
"que se vuelva a mi corona,
"que es de donde se ha quitado;
"que para vuestro sustento

"yo os daré dinero abasto.
"Notad bien esta mi carta;
"o que en ella he proposado,
"comunicadlo, señora,
"con Arias, dicho Gonzalo;
"y si esto os desplaciere,
"tened por averiguado
"que yo la iré a conquistar
"con el espada en la mano."
Recibida ya la carta,
la respuesta es que la han dado,
que doña Urraca a Zamora
la posee de buen grado
y no la pretende dar,
pues su padre se la ha dado.
Recibida la respuesta,
Don Sancho, determinado,
ordena sus capitanes,
sus huestes han concertado
para ir sobre Zamora;
el Cid se lo ha desviado.
No se cura de consejos,
que codicia lo ha cegado.
Marchando por sus jornadas
en Zamora puso campo;
pelean unos con otros
con ánimo denodado.

33

Apenas era el Rey muerto,
Zamora ya está cercada;
de un cabo la cerca el Rey,
del otro el Cid la cercaba.
Del cabo que el Rey la cerca

Zamora no se da nada;
del cabo que el Cid la aqueja
Zamora ya se tomaba.
Doña Urraca, en tanto aprieto,
asomóse a una ventana,
y allí de una torre mocha
estas palabras fablaba:

34

—¡Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano!
Acordársete debría
de aquel buen tiempo pasado
cuando fuiste caballero
en el altar de Santiago,
cuando el Rey fué tu padrino,
tú, Rodrigo, el afijado;
mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo,
yo te calcé las espuelas
porque fueras más honrado.
Pensé de casar contigo,
no lo quiso mi pecado;
casástete con Jimena,
fija del Conde Lozano.
Con ella hubiste dinero,
conmigo hubieras estado,
porque si la renta es buena,
muy mejor es el estado.
Bien casástete, Rodrigo,
muy mejor fueras casado;
dejaste fija de un rey
por tomar la de un vasallo.—
En oír esto Rodrigo
quedó dello algo turbado;

con la turbación que tiene,
esta respuesta le ha dado:
—Si os parece, mi señora,
bien podemos desviallo.—
Respondióle Doña Urraca
con rostro muy sosegado:
—No lo mande Dios del cielo,
que por mí se haga tal caso;
mi ánima penaría
si yo fuese en discrepallo.—
Volvióse presto Rodrigo
y dijo muy angustiado:
—Afuera, afuera los míos,
los de a pie y los de a caballo,
pues de aquella torre mocha
una vira me han tirado.
No traía el asta el fierro,
el corazón me ha pasado;
ya ningún remedio siento
sino vivir más penado.

35

Riberas del Duero arriba
cabalgan dos zamoranos;
las divisas llevan verdes,
los caballos alazanos,
ricas espadas ceñidas,
sus cuerpos muy bien armados,
adargas ante sus pechos,
gruesas lanzas en sus manos,
espuelas llevan jinetas
y los frenos plateados.
Como son tan bien dispuestos,
parecen muy bien armados,
y por un repecho arriba
salen más recios que galgos,

y súbenlos a mirar
del real del Rey Don Sancho.
Desque a otra parte fueron
dieron vuelta a los caballos,
y al cabo de una gran pieza
soberbios ansí han fablado:
—¿Tendredes dos para dos,
caballeros castellanos,
que puedan armas facer
con otros dos zamoranos
para darnos a entender
no face el Rey como hidalgo
en quitar a Doña Urraca
lo que su padre le ha dado?
Non queremos ser tenidos,
ni queremos ser honrados,
ni rey que nos faga cuenta,
ni conde nos ponga al lado,
si a los primeros encuentros
no los hemos derribado,
y siquiera salgan tres,
y siquiera salgan cuatro,
y siquiera salgan cinco,
salga siquiera el diablo,
con tal que no salga el Cid
ni ese noble Rey Don Sancho,
que lo habemos por señor,
y el Cid nos ha por hermanos;
de los otros caballeros
salgan los más esforzados.—
Oídolo habían dos condes,
los cuales eran cuñados.
—Atended, los caballeros,
mientras estamos armados.—
Piden apriesa las armas,
suben en buenos caballos,

caminan para las tiendas
donde yace el Rey Don Sancho,
piden que los dé licencia
que ellos puedan hacer campo
contra aquellos caballeros
que con soberbia han hablado.
Allí fablara el buen Cid,
que es de los buenos dechado:
—Los dos contrarios guerreros
no los tengo yo por malos,
porque en muchas lides de armas
su valor habían mostrado,
que en el cerco de Zamora
tuvieran con siete campo:
el mozo mató a los dos,
el viejo mató a los cuatro,
por uno que se les fuera
las barbas se van pelando.—
Enojados van los condes
de lo que el Cid ha fablado.
El Rey, cuando ir los viera,
que vuelvan les ha mandado;
otorgó cuanto pedían,
más por fuerza que de grado.
Mientras los condes se arman,
el padre al fijo está hablando:
—Volved, fijo, hacia Zamora;
de Zamora y sus andamios,
mirad dueñas y doncellas
cómo nos están mirando:
fijo, no miran a mí,
porque ya soy viejo y cano;
mas miran a vos, mi fijo,
que sois mozo y esforzado.
Si vos facéis como bueno,
seréis dellas muy honrado;

si lo facéis de cobarde,
abatido y ultrajado.
Afirmáos en los estribos,
terciad la lanza en las manos,
esa adarga ante los pechos,
y apercibid el caballo,
que al que primero acomete
tienen por más esforzado.
Apenas esto hubo dicho,
ya los condes han llegado;
el uno viene de negro
y el otro de colorado.
Vánse unos para otros,
fuertes encuentros se han dado;
mas el que al mozo le cupo
derribólo del caballo,
y el viejo al otro de encuentro
pasóle de claro en claro.
El Conde, de que esto viera,
huyendo sale del campo,
y los dos van a Zamora
con victoria muy honrados.

36

—Rey Don Sancho, Rey Don Sancho
no digas que no te aviso,
que del cerco de Zamora,
un traidor había salido;
Bellido D'Olfos se llama,
hijo de D'Olfos Bellido,
a quien él mismo matara
y después echó en el río.
Si te engaña, Rey Don Sancho,
no digas que no lo digo.—
Oídolo lo ha el traidor,

¡gran enojo ha recibido!
Fuése donde estaba el Rey,
de aquesta suerte le ha dicho:
—Bien conoscedes, señor,
el mal querer y homecillo
que el malo de Arias Gonzalo
y sus hijos han conmigo;
en fin, hasta tu real
agora me han perseguido.
Esto, porque les reptaba
que estorbaban su partido,
que otorgase Doña Urraca
a Zamora en tu servicio.
Agora que han bien mirado
cómo está bien entendido
que tú prendas a Zamora
por el postigo salido,
trabajan buscar tu daño
dañando el crédito mío.
Si me quieres por vasallo,
serviréte sin partido.—
El buen Rey, siendo contento,
díjole: —Muéstrame, amigo,
por dónde tome a Zamora,
que en ella serás tenido
mucho más que Arias Gonzalo,
que la manda con desvío.—
Besóle el traidor la mano,
en gran poridad le dijo:
—Vámonos tú y yo, señor,
solos, por no hacer bullicio,
verás lo que me demandas,
y ordenarás tu partido
donde se haga una cava
y lo que manda mi aviso.
Después, con ciento de a pie

matar las guardas me obligo,
y se entrarán tus banderas,
guardándoles el postigo.—
Otro día de mañana
cabalgan Sancho y Bellido,
el buen Rey en su caballo
y Bellido en su rocino:
juntos van a ver la cerca,
solos a ver el postigo.
Desque el Rey lo ha rodeado
saliérase cabe el río,
do se hubo de apear
por necesidad que ha habido.
Encomendóle un venablo
a ese malo de Bellido:
dorado era y pequeño,
que el Rey lo traía consigo.
Arrojóselo el traidor,
malamente lo ha herido;
pasóle por las espaldas,
con la tierra lo ha cosido.
Vuelve riendas al caballo
a más correr al postigo.
La causa de la corrida
la pregunta don Rodrigo,
el cual dicen de Vivar;
el malo no ha respondido.
El Cid aprisa cabalga,
sin espuelas lo ha seguido,
nunca le pudo alcanzar,
que en la ciudad se ha metido.
Que le metan en prisión
Doña Urraca ha proveído;
guárdale Arias Gonzalo
para cuando sea pedido.
Tornóse el Cid con coraje,

como no prendió a Bellido,
maldiciendo al caballero
que sin espuelas ha ido.
No sospecha tal desastre,
cuida ser otro el delito;
que si lo que era creyera,
bien defendiera el postigo
hasta vengar bien la muerte
del Rey Don Sancho, el querido.

37

En el real de Zamora
el Rey Don Sancho yacía,
herido con un venablo:
de un lado a otro le salía.
Bellido, aquese traidor,
fué el que le dió la herida.
No puede el Rey escapar,
ya se le acaba la vida;
levantóse sobre el lecho,
a sus vasallos decía:
—Bellido, aquese malvado,
a mí herido me había,
siendo él vasallo mío,
yo por tal lo recibía;
cáusanlo los mis pecados,
que contra Dios cometía,
y por ir contra la jura
que al mi padre yo hacía;
quitéles a mis hermanos
lo que él dado les había.—
Estando en estas razones ,
el buen Cid, ansí decía;
fincado ante él de hinojos,
muchas lágrimas vertía:

—Yo finco desamparado,
sin consejo ni alegría,
más que vasallo ninguno
de los que el señor tenía;
que tu padre, el Rey Fernando,
cuando sus reinos partía
contigo y los tus hermanos,
a todos mandado había
me hiciésedes merced,
por servicios que le hacía.
A todos desamparé,
a ti solo yo servía,
a ellos hice mucho daño,
tu mandado yo cumplía;
no osaré estar en la tierra,
ni ir a la Morería,
porque Urraca y Don Alfonso
me ternán gran enemiga,
creyendo que lo pasado
por mi consejo se hacía,
y que el mal a ellos venido
yo te lo aconsejaría.
Antes que, buen Rey, morieses,
por merced yo te pedía
que de mí te vengas mientes,
que bien yo lo merecía.—
El Rey habló a sus vasallos,
y ricos hombres que había,
y obispos, y arzobispos,
y otra gran caballería:
—Los mis vasallos leales,
lo que os ruego y os pedía
es que a los mis hermanos
les digáis, y a Don García,
que me perdonen los daños
que yo hechos les tenía,

y que al Cid, que está presente,
ellos gran bien le harían,
porque todo lo merece:
de su mal culpa no había.—
Tomó una vela en su mano,
a Dios el alma rendía,
con muy gran dolor de todos,
que muy grande amor le habían.

38

Muerto yace el Rey Don Sancho,
Bellido muerto le había;
pasado está de un venablo
y gran lástima ponía.
Llorando estaba osbre él
toda la flor de Castilla.
Don Rodrigo de Vivar
es el que más lo sentía;
con lágrimas de sus ojos
de esta manera decía:
—¡Rey Don Sancho, señor mío,
muy aciago fué aquel día
que tú cercaste a Zamora
contra la voluntad mía!
Quien te lo aconsejó, Rey,
a Dios ni al mundo temía,
pues te fizo quebrantar
la ley de caballería.—
Y viendo el hecho en tal punto,
a grandes voces decía:
—Que se nombre un caballero,
antes que se pase el día,
para retar a Zamora
por tan grande alevosía.—
Todos dicen que es muy bien,
mas nadie al campo salía;

témense de Arias Gonzalo
y cuatro hijos que tenía,
mancebos de gran valor,
de gran esfuerzo y estima.
Mirando estaban al Cid,
por ver si lo aceptaría,
y el de Vivar, que lo entiende,
de esta manera decía:
—Caballeros fijosdalgo,
ya sabéis que non podía
armarme contra Zamora,
que jurado lo tenía;
mas yo daré un caballero
que combata por Castilla,
tal, que estando él en el campo
no sintáis la falta mía.—
Levantóse Diego Ordóñez,
que a los pies del Rey yacía;
la flor es de los de Lara
y lo mejor de Castilla.
Con voz enojosa y ronca
de esta manera decía:
—Pues el Cid había jurado
lo que jurar no debía,
no es menester que señale
quien la batalla prosiga;
caballeros hay en ella
de tanto esfuerzo y valía
como el Cid, aunque es muy bueno,
y yo por tal lo tenía;
mas si queréis, caballeros,
yo lidiaré la conquista,
aventurando mi cuerpo,
poniendo a riesgo mi vida,

pues que la del buen vasallo
es por su Rey ofrecida.

39

Después que Bellido D'Olfos,
ese traidor afamado,
derribó con cruda muerte
al valiente Rey Don Sancho,
juntáronse en una tienda
los mayores de su campo;
y juntóse todo el real
como estaba alborotado.
Don Diego Ordóñez de Lara
grandes voces está dando,
y con coraje encendido
muy presto se había armado.
Para retar a Zamora
junto al muro se ha llegado,
y lanzando fuego vivo,
de esta suerte ha razonado:
—Fementidos y traidores
sois todos los zamoranos,
porque dentro de esa villa
acogísteis al malvado
de Bellido, ese traidor,
el que mató al Rey Don Sancho,
mi buen señor y buen rey,
de quien soy muy lastimado;
que los que acogen traidores,
traidores sean llamados,
y por tales yo vos reto,
y a vuesos antepasados,
y a los que traidores son
los pongo en el mismo grado,
y a los panes y a las aguas

de que sois alimentados;
y esto os faré conocer,
ansí como estoy armado,
y lidiaré con aquellos
que no quieran confesallo,
o con cinco uno a uno,
como en España es usado
que lidie el que a concejo
como yo había retado.—
Arias Gonzalo, ese viejo,
ansí le había fablado,
después que hubo entendido
lo que Ordoño ha razonado:
—Non debiera yo nacer,
si es como tú has contado;
mas yo aceto el desafío
que por ti es demandado,
y te daré a conocer
no ser lo que has publicado.—
Y a todos los de Zamora
de esta manera ha fablado:
—Varones de grande estima,
los pequeños y de estado,
si hay alguno entre vosotros
que en aquesto se haya hallado,
dígalo muy prontamente;
de decillo no hay empacho.
Más quiero irme de esta tierra
en Africa desterrado,
que no en campo ser vencido
por alevoso y malvado.—
Todos dicen a una voz,
sin alguno estar callado:
—Mal fuego nos mate, Conde,
si en tal muerte hemos estado;
no hay en Zamora ninguno

que tal hubiese mandado.
El traidor Bellido D'Olfos
por sí solo lo ha acordado;
muy bien podéis ir seguro;
id con Dios, Arias Gonzalo.

40

Después que retó a Zamora
don Diego Ordóñez de Lara,
vengador noble y valiente
del Rey Sancho, que Dios haya,
su consejo tiene junto
en palacio Doña Urraca,
por su hermano dolorida,
por el reto lastimada;
y como la vil envidia,
cuanto no merece tacha,
de la virtud enemiga,
peligro de la privanza,
murmuraba maldiciente
de Arias Gonzalo, que falta,
sospechando falsamente
que es por mengua su tardanza.
A aquellos que lo calumnian,
empuñando la su espada,
denodado les responde
Nuño Cabeza de Vaca:
—Aquel civil que presuma
temor, bajeza o fe mala
de Arias Gonzalo, mi tío,
miente, miente por la barba;
y el que negare el respeto
a sus venerables canas,
a mí, que las reverencio,
me ponga la tal demanda.—

Estando en esto, el buen viejo
entró grave por la sala,
arrastrando grande luto,
haciendo sus hijos plaza.
La mano a la Infanta pide,
mesura fizo a la Infanta,
saludó a los homes buenos,
y de esta suerte les fabla:
—Noble Infanta, leal concejo,
don Diego Ordóñez de Lara,
que para buen caballero
este apellido le basta,
en vez del Cid don Rodrigo,
que con vos juró alianza,
por la pro de su rey muerto
con infame reto os carga.
A vuestro cabildo vengo
con estos cuatro en compaña,
ciudadanos, fijos míos,
de Laín Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
que pláticas no me agradan
cuando los negocios piden
obras, valor y venganza.—
A una el viejo y sus fijos
los largos capuces rasgan,
quedando en armas lucidas;
lloró de nuevo la Infanta,
los viejos graves se admiran,
la Infanta su ser alaba,
porque todos daban voces,
y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
diciendo: —Recibe, Urraca,
mis canas para consejo,
mis fijos para batalla;

dales tu mano, señora,
que su juventud lozana
será invencible, si fuere
de tu mano real tocada.
Honrar a la gente buena,
y esotra común pagarla,
le cumple al rey que desea
domeñar fuerzas contrarias,
y con sangre de don Diego
que se quite aquella mancha,
que a ti y a tu pueblo reta
con tan insufrible infamia;
y si esta sangre, que es buena,
y se ha de vender muy cara,
faltare, su muerte honrosa
viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto y primero
que volveré por la causa,
aunque mi vejez parezca
mocedad noble afrentada.
Al campo me voy, señora,
no me déis por esto gracias,
que el buen vasallo al buen rey
debe hacienda, vida y fama.

41

El hijo de Arias Gonzalo,
el mancebo Pedro Arias,
para responder a un reto
velando estaba unas armas.
Era su padre el padrino,
la madrina Doña Urraca,
y el Obispo de Zamora
es el que la misa canta.
El altar tiene compuesto,

y el sacristán perfumaba
a San Jorge y San Román,
y a Santiago el de España.
Estaban sobre la mesa
las nuevas y frescas armas,
dando espejos a los ojos,
y esfuerzo a quien las miraba.
Salió el Obispo vestido,
dijo la misa cantada,
y el arnés, pieza por pieza,
bendice, y arma a Pedro Arias.
Enlázale el rico yelmo,
que como el sol relumbraba,
relevado de mil flores,
cubierto de plumas blancas.
Al armarle caballero
sacó el padrino la espada:
dándole con ella un golpe,
le dice aquestas palabras:
—Caballero eres, mi hijo,
hidalgo y de noble casta,
criado en buenos respetos
desde los pechos del ama;
hágate Dios tal, que seas,
como yo deseo que salgas,
en los trabajos sufrido,
esforzado en las batallas,
espanto de tus contrarios,
venturoso con la espada,
de tus amigos y gentes
muro, esfuerzo y esperanza.
No te agrades de traidores
ni les mires a la cara;
de quien de ti se fiare,
no le engañes, que te engañas.
Perdona al vencido triste

que no puede tomar lanza,
no des lugar que tu brazo
rompa las medrosas armas;
mas en tanto que durare
en tu contrario la saña,
no dudes el golpe fiero
ni perdones la estocada.
A Zamora te encomiendo
contra don Diego de Lara,
que nada siente de honra
quien no defiende su casa.—
En el libro de la misa
le toma jura y palabra.
Pedrarias dice: —Sí otorgo,
por aquestas letras santas.—
El padrino le dió paz
y el fuerte escudo le embraza,
y Doña Urraca le ciñe
al lado izquierdo la espada.

42

Aun no es bien amanescido,
que el cielo estaba estrellado,
cuando se armaba en Zamora
el buen viejo Arias Gonzalo;
ármanle sus cuatro hijos,
que ellos ya estaban armados.
Mientras las armas le ponen
les dice el viejo esforzado:
—De cinco que sois, mis hijos,
escogí sólo los cuatro,
por ser yo el quinto y postrero
que me hallaré en el campo.
Bien conozco, hijos míos,
que este afán me era excusado,
pues do vosotros estáis
ya yo soy privilegiado;

mas el reto de don Diego
a ninguno había excusado,
ni viejo, chico, ni mozo,
ni por nacer ni finado.
Hierbas, aguas, plantas, peces,
todo lo tienen retado,
y pues él nada reserva,
no quiero ser reservado.
Mirad, hijos, que lleváis
delante al que os ha engendrado;
mirad que dice el refrán
en Castilla muy usado:
"Por su ley y por su rey
"y su tierra, está obligado
"a morir cualquiera bueno,
"y mejor si es hijodalgo."
Mirad, hijos, que lo sois
de sangre de este mi lado,
y que el honor o la afrenta
eso queda en vuestra mano.

43

Tristes van los zamoranos,
metidos en gran quebranto;
retados son los traidores,
de alevosos son llamados;
más quieren ser todos muertos
que no traidores nombrados.
Día era de San Millán,
ese día señalado;
todos duermen en Zamora,
mas no duerme Arias Gonzalo.
A cerca de las dos horas
del lecho se ha levantado;
castigando está a sus hijos,

a todos cuatro está armando.
Las palabras que les dice
son de mancilla y quebranto:
—Ayúdeos Dios, hijos míos,
guárdeos Dios, hijos amados,
pues sabéis cuán falsamente
habemos sido retados.
Tomad esfuerzo, mis hijos,
si nunca le habéis tomado.
Acordáos que descendéis
de la sangre de Laín Calvo,
cuya noble fama y gloria
hasta hoy no se ha olvidado,
pues que sabéis que don Diego
es caballero preciado,
pero mantiene mentira
y Dios de ello no es pagado;
el que de verdad se ayuda
de Dios siempre es ayudado.
Uno falta para cinco,
porque no sois más de cuatro,
yo seré el quinto, y primero
que quiero salir al campo.
Morir quiero, y no ver muerte
de hijos que tanto amo.
Mis hijos, Dios os bendiga
como os bendice mi mano.—
Sus armas pide el buen viejo,
sus hijos le están armando.
Las grevas le están poniendo,
Doña Urraca había entrado,
los brazos le echara encima,
muy fuertemente llorando.
—¿Dónde váis, mi padre viejo,
o para qué estáis armado?
Dejad las armas pesadas,

que ya sois viejo cansado.
y sabéis que si morís
perdido es todo mi Estado.
Acordáos que prometistes
a mi padre Don Fernando
de nunca desampararme
ni dejar de vuestra mano.
—Pláceme, señora mía,
respondió Arias Gonzalo.
Cabalgara Pedro Arias,
su hijo, que era el mediano,
que aunque era mozo de días,
era en obras esforzado.
Dijo: —Cabalgad, mi hijo,
que os esperan en el campo;
vais en tal hora y tal punto
que nos saquéis de cuidado.—
Sin poner pie en el estribo
Arias Pedro ha cabalgado;
por aquel postigo viejo
galopando ha llegado
adonde estaban los jueces,
que le estaban esperando.
Partido les han el sol,
dejado les han el campo.

44

Ya se salen por la puerta,
por la que salía al campo,
Arias Gonzalo, y sus hijos
todos juntos a su lado.
El quiere ser el primero,
porque en la muerte no ha estado
de Don Sancho; mas la Infanta
la batalla le ha quitado,

llorando de los sus ojos
y el cabello destrenzado.
—¡Ay! Ruégovos por Dios, dice,
el buen Conde don Gonzalo,
que dejéis esa batalla,
porque sois viejo y cansado:
dejáisme desamparada
y todo mi haber cercado.
Ya sabéis cómo mi padre
a vos dejó encomendado
que no me desamparéis,
ende más en tal estado.—
En oyendo aquesto el Conde
mostróse muy enojado.
——Dejédesme ir, mi señora,
que yo estoy desafiado
y tengo de hacer batalla
porque fuí traidor llamado.—
Con la Infanta, caballeros
juntos al Conde han rogado
que les deje la batalla,
que la tomarán de grado.
Desque el Conde vido aquesto
recibió pesar doblado;
llamara a sus cuatro hijos
y al uno de ellos ha dado
las sus armas y su escudo,
el su estoque y su caballo.
Al primero le bendice
porque era de él muy amado;
Pedrarias había por nombre,
Pedrarias el castellano.
Por la puerta de Zamora
se sale fuera y armado;
topárase con don Diego,
su enemigo y su contrario.

—Sálveos Dios, don Diego Ordóñez,
y El os haga prosperado.
En las armas muy dichoso,
de traiciones libertado;
ya sabéis que soy venido
para lo que está aplazado,
a libertar a Zamora
de lo que le han levantado.—
Don Diego le respondiera
con soberbia que ha tomado:
—Todos juntos sois traidores;
por tales seréis quedados.—
Vuelven los dos las espaldas
por tomar lugar del campo;
hiriéronse juntamente
en los pechos muy de grado.
Saltan astas de las lanzas
con el golpe que se han dado;
no se hacen mal alguno
porque van muy bien armados.
Don Diego dió a la cabeza
a Pedrarias desdichado;
cortárale todo el yelmo
con un pedazo del casco;
desque se vido herido
Pedrarias y lastimado,
abrazárase a las crines
y al pescuezo del caballo.
Sacó esfuerzo de flaqueza,
aunque estaba mal llagado;
quiso ferir a don Diego,
mas acertó en el caballo,
que la sangre que corría
la vista le había quitado.
Cayó muerto prestamente
Pedrarias el castellano.

Don Diego que vido aquesto,
toma la vara en la mano,
dijo a voces: —¡Ah, Zamora!
¿Dónde estás, Arias Gonzalo?
Envía el hijo segundo,
que el primero ya es finado.—
Envió el hijo segundo,
que Diego Arias es llamado.
Tornara a salir don Diego
con armas y otro caballo,
y diérale fin a aqueste
como al primero le ha dado.
El Conde, viendo a sus hijos
que los dos le han ya fallado,
quiso enviar al tercero,
aunque con temor doblado.
Llorando de los sus ojos
dijo: —Ve, mi hijo amado.
Haz como buen caballero
lo que tú eres obligado;
pues sustentas la verdad,
de Dios serás ayudado;
venga las muertes sin culpa
que han pasado tus hermanos.—
Hernán de Arias, el tercero,
al palenque había llegado;
mucho mal quiere a don Diego,
mucho mal y mucho daño.
Alzó la mano con saña,
un gran golpe le había dado;
mal herido le ha en el hombro,
en el hombro y en el brazo.
Don Diego con el su estoque
le hiriera muy de su grado;
hiriéralo en la cabeza,
en el casco le ha tocado.

Recudó el hijo tercero
con un gran golpe al caballo,
que hizo ir a don Diego
huyendo por todo el campo.
Así quedó esta batalla,
sin quedar averiguado
cuáles son los vencedores,
los de Zamora o del campo.
Quisiera volver don Diego
a la batalla de grado;
mas no quisieron los fieles,
licencia no le han dado.

45

Sembrado está el duro suelo
de la sangre zamorana
de los tres hijos queridos
del buen viejo Gonzalo Arias;
sembrado está el duro suelo
de las piezas de las armas,
y del batir de los golpes
surcada la empalizada.
Rodrigo Arias queda muerto
en medio de la estacada,
y su caballo a don Diego
sacó fuera de la raya;
y aun el animoso Ordóñez
volver quiere a la batalla,
para lidiar con los dos
que por vencer le quedaban.
El viejo Arias, armado,
furioso empuña la lanza,
que quiere vengar con ella
tanta sangre derramada.
Con la voz ronca y horrible
por medio de todos pasa,
y al matador de sus hijos

dice, airado, estas palabras:
—Pues la sangre, ardiente joven,
crudo lobo, no te harta,
mata tu sed con la mía
de un viejo que te desama;
que yo beberé la tuya
con que mitigue mi saña,
y acompañaré mis hijos
en la muerte por su patria.—

46

A pie está el fuerte don Diego
fuera de la empalizada,
que, en saltando del caballo,
lo pasó de una estocada,
y para entrar en la lid
el un pie tiene en la raya.
Unos dicen: —Ya es vencido.—
Otros: —Vuelva a la batalla.—
Unos le tiran de dentro,
otros le estorban la entrada.
Aquí llegan los jüeces
y le mandan que se vaya,
que ellos juzgarán el caso
conforme al fuero de España,
y que guardarán justicia
sin quitar a nadie nada.
Obedeciendo don Diego,
al real a pie tornaba;
no quiso tomar caballo,
según enojado estaba,
que ni mira de su bien
ni de su mal le da nada;
ni mira qúe va herido,

ni que el ir a pie le daña,
ni que el real está lejos,
ni que la malla es pesada.
La lanza lleva en el hombro,
la adarga mal embrazada;
a las veces va muy recio
y otras veces se paraba.
A ninguno habla que topa,
ni conoce a quien le habla.
Alza los ojos al cielo
y luego al suelo los baja.
Unas veces va gritando,
y otras de tristeza calla;
de esta suerte va a su tienda
y luego se echó en la cama.
Ninguno le entraba a ver
ni él a ninguno llamaba;
mas como se vido solo,
de sí mismo se quejaba.
—Don Diego Ordóñez, don Diego,
¿qué es de la sangre de Lara,
y del buen Diego Proal
y de Gonzalo Mudarra,
pues de su sangre ha venido
quien ha deshonrado a España?
¡Rodrigo Arias, venturoso,
pues dentro de la estacada
has muerto como hijodalgo
en brava y cruel batalla!
¡Rey Don Sancho, señor mío,
maldita sea la crianza
que en este traidor pusiste,
y el pan que comió en tu casa!
¿Qué dirá todo Castilla,
que me encargó la batalla,
sino que saqué el caballo

porque lidiar me cansaba?
¿Qué dirán los extranjeros
cuando sepan esta hazaña,
sino que los castellanos,
porque gusto no les daba,
mataron a su señor
con una traición pensada?
Cuando lo digan ansí
tendrán razón muy sobrada,
pues los traidores son vivos
y la injuria no es vengada.
¡Diego Ordóñez ,tu rey muerto,
y estás echado en la cama!
Iba a salir de su tienda,
cuando el Cid Ruy Díaz llegaba,
y abrazándose con él,
de esta manera le habla:
—¿Dónde váis, don Diego Ordóñez?
Que la sentencia ya es dada,
dando por libre a Zamora,
y a vos la victoria y palma.
No os quejéis de la fortuna,
que no os fué contraria en nada,
que salírseos el caballo
cosa fué por Dios guiada.—
Con esto que dijo el Cid
don Diego más se aplacaba;
dejóse tomar la sangre
y sus heridas curaba.

47

Desde el muro de Zamora
Arias Gonzalo está viendo
el campo del Rey Don Sancho
todo alterado y revuelto;

los unos ir a una parte,
otros el suelo midiendo,
unos rayar la estacada
y decir: —Salió huyendo.—
Otros decir: —El caballo
tiene la culpa, y no el dueño;
que don Diego Ordóñez hizo
cuanto debe caballero.—
En estas contrariedades,
grandes voces esparciendo,
mézclanse de entrambas partes
condenando y absolviendo.
Esto mira Arias Gonzalo,
y el rumor confuso oyendo,
no puede entender qué sea;
mas aguarda y tiene intento
de ser el cuarto en la lid
a vengar sus hijos muertos;
y, así, despedido en llanto,
en ira y saña está ardiendo.
Tiene el caballo ensillado
y él armado de secreto.
Por temor de Doña Urraca
las armas había cubierto
con el vestido de luto,
teniendo de ella recelo
que ha de impedirle la ida
cual otras veces lo ha hecho;
y así, sin hablar palabra,
firme en este presupuesto,
aguarda, oyendo las voces
y el rumor, que iba creciendo.
Está con vista y oído
el viejo alterado, atento,
cuando de enmedio de todos
vió salir un caballero

y enderezar a Zamora,
y tras él muchos corriendo.
Arias Gonzalo se puso
do puede ser visto luego,
y de encima de los muros
lo llamaba con un lienzo.
Viendo el que venía la seña,
el caballo revolviendo,
conociendo a Arias Gonzalo,
llegó en alta voz diciendo:
—A ti me envían los jueces,
y en nombre de todos vengo
a decirte la sentencia,
porque acabe ya este cerco.
Habiendo don Diego Ordóñez,
en defensa de su reto,
muerto a tres en la estacada,
aunque cinco manda el fuero,
porque en el tercer combate,
el caballo revolviendo,
lo sacó de la señal
y del límite, huyendo,
dan a Zamora por libre
y a él la gloria del hecho.—
Arias Gonzalo se altera,
y, sin responder, volviendo
lleno de ira y de congoja,
nuevas lágrimas vertiendo,
nuevos suspiros derrama
con nuevas ansias gimiendo.
A las voces que iba dando,
la Infanta salió corriendo,
alterada y sin color,
sobresaltada, temiendo,
los cabellos esparcidos
por los hombros, sin concierto,

dando unos dientes con otros,
el cuerpo helado, tremiendo,
porque donde el temor reina
todo altera y causa miedo,
así cual a doña Urraca,
a la cual el viejo viendo,
limpiando los lientos ojos
así se llegó diciendo:
—Nuestra lid es acabada,
fin tiene ya nuestro cerco,
por libre dan a Zamora,
de traición somos exentos.
Aunque me cuesta tres hijos,
yo me huelgo de perdellos,
que incitados de su honra,
y la nuestra defendiendo,
han muerto todos en campo
por los nuestros, como buenos.
Yo quedo alegre y ufana
que en tal ocasión sean muertos,
y que triunfe el vencedor
de sus vidas y no de ellos,
que al fin mueren por su patria
como nobles caballeros,
poniéndola en libertad
del crimen que le fué impuesto,
dejándola en su nobleza,
su sangre en ella vertiendo,
entregándose a la muerte,
eterna vida adquiriendo.

48

Ante los nobles y el vulgo
de este pueblo zamorano,
hablando con Diego Ordóñez

está el viejo Arias Gonzalo.
En las palabras que dice
con pecho feroz y airado
Arias demuestra su enojo
y Ordóñez su pecho hidalgo.
—Cobarde, el viejo le dice,
animoso con muchachos.
pero con hombres de barba
tímido cual liebre al galgo,
si yo a batalla saliera
no viviérades ufano,
ni trajera por mis hijos
aqueste capuz cerrado;
que por vos el de Vivar
le trajera cual le traigo,
siendo la menor hazaña
que se aplicara a mi brazo;
pues bien sé que sois, Ordóñez,
más arrogante que bravo,
y sabéis que en todo tiempo
obro más de lo que hablo,
y con aquesto sabéis
que por miedo el Rey Don Sancho
estorbó que los tres Condes
no entraran conmigo en campo.
contando mis valentías
cuando dijo el zamorano:
"Mete hierro y saca sangre
"y espolea ese caballo";
y cuando maté a los dos,
por el que se fué escapando,
cual si yo fuera el vencido,
quedé mi barba mesando;
y también cómo los condes,
porque fueron tan osados,
del encuentro de mi lanza

volaron de los caballos;
a cuya causa las damas
bajaron de los andamios,
y a competencia mi cuello
enlazaron con sus brazos.
Por los que dieran mancebos
sus tiernos y verdes años,
movidos sólo de envidia
de los de este viejo cano.
También tendredes memoria
de cuando con diez paganos
tuve solo escaramuza
dando, de diez, nueve al campo;
y con aquesta noticia
de cuando vencí a Albenziados,
saliendo de industria a pie,
y el diestro moro a caballo,
cuando le dejé la vida
porque dijo: —Arias Gonzalo,
más vale ser tu vencido,
que ser vencedor de un campo.—
Y otros hechos valerosos
que el mundo dice y yo callo,
porque en infinito tiempo
no hay tiempo para contallo.
Porque de pavor no mueras,
aqueste estoque no arranco,
que está de un millón de muertos
boto y de sangre esmaltado.
Estas honrosas hazañas
por tu infamia y mi honor saco;
las tuyas son que mataste
un rapaz, y otro muchacho.—
El cortés don Diego Ordóñez
templóse de cortesano,
respondiendo a voces altas

con órgano humilde y bajo;
y con el rostro risueño,
un poco torcido el brazo,
de codo sobre la espada,
y el rostro sobre la mano,
le dice: —Aquesas proezas
y esos hechos soberanos,
el cielo y tu buena suerte
se las concedió a tu brazo;
en tu causa soy testigo,
y por serlo en razón valgo,
y tú en las mías no vales,
por testigo apasionado;
y aunque puedo referirte
valentías y hechos raros,
que casi imitan los tuyos,
aunque a los tuyos agravio,
sólo diré, por honrarme,
con lo que me has deshonrado,
que les di muerte a dos hijos
del que ha sido tan honrado,
que se ha atrevido a venir
al real de su contrario.
Repórtate, Gonzalo Arias,
repórtate, Arias Gonzalo.—
El viejo, que ya tenía
el corazón desfogado,
conoció haber comprendido
un hecho muy temerario;
de esto y del valor de Ordóñez,
viéndose tan obligado,
profesando su amistad
le pide la amiga mano.
Dióla don Diego de Lara
con un semblante gallardo,
y tras darla, el uno al otro

enreda y cruza los brazos.
Celebran las amistades
todos y el Cid castellano,
y con esto dió la vuelta
a Zamora Arias Gonzalo.

49

Por aquel postigo viejo,
que nunca fuera cerrado,
vi venir pendón bermejo
con trescientos de a caballo.
En medio de los trescientos
viene un monumento armado,
y dentro del monumento
viene un ataúd de palo,
y dentro del ataúd
venía un cuerpo finado,
que era el de Fernando de Arias,
el hijo de Arias Gonzalo.
Llorábanle cien doncellas,
todas ciento hijasdalgo,
todas eran sus parientas
en tercero y cuarto grado:
Las unas le dicen primo,
otras le llaman hermano;
las otras le dicen tío,
otras le llaman cuñado;
sobre todas lo lloraba
aquesta Urraca Hernando.
¡Y cuán bien que las consuela
ese viejo Arias Gonzalo!
—¿Por qué lloráis, mis doncellas?
¿Por qué hacéis tan grande llanto?
No lloréis así, señoras,
que no es para llorarlo,

que si un hijo me han muerto
aquí me quedaban cuatro.
No murió por las tabernas,
ni a las tablas jugando:
mas murió sobre Zamora
vuestra honra bien guardando
murió como caballero,
con sus armas peleando.

ROMANCERO DEL CID

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

50

En Toledo estaba Alfonso,
que non cuidaba reinar;
desterrárale Don Sancho
por su reino le quitar;
Doña Urraca a Don Alfonso
mensajero fué a enviar;
las nuevas que le traían
a él gran placer de dan—
—Rey Alfonso, Rey Alfonso,
que te envían a llamar;
castellanos y leoneses
por Rey alzado te han,
por la muerte de Don Sancho,
que Bellido fué a matar;
sólo entre todos Rodrigo,
que no te quiere aceptar
porque amaba mucho al Rey
quiere que hayas de jurar
que en la su muerte, señor,
no tuviste que culpar.
—Bien vengáis, los mensajeros.
Secretos queráis estar,
que si el rey moro lo sabe,
él aqui nos detendrá.—
El Conde don Peranzures
un consejo le fué a dar,
que caballos bien herrados

al revés habían de herrar.
Descuélganse por el muro,
sálense de la ciudad,
fueron a dar a Castilla,
do esperándolos están.
Al Rey le besan la mano,
el Cid no quiere besar,
sus parientes castellanos
todos juntados se han.
—Heredero sois, Alfonso,
nadie os lo quiere negar;
pero si os place, señor,
non vos debe de pesar
que nos fagáis juramento
cual vos lo quieren tomar,
vos y doce de los vuesos,
los que vos queráis nombrar,
de que en la muerte del Rey
non tenedes que culpar.
—Pláceme, los castellanos,
todo os lo quiero otorgar.—
En Santa Gadea de Burgos
allí el Rey se va a jurar;
Rodrigo tomó la jura
sin un punto más tardar,
y en un cerrojo bendito
le comienza a conjurar:
—Don Alfonso, y los leoneses,
veníos vos a salvar,
que en la muerte de Don Sancho
non tuvísteis que culpar,
ni tampoco de ella os plugo,
ni a ella disteis lugar.
Mala muerte hayáis, Alfonso,
si non dijerdes verdad;
villanos sean en ella,

non fidalgos de solar;
que non sean castellanos,
por más deshonra vos dar,
sino de Asturias, de Oviedo,
que non vos tengan piedad.
—Amén, amén, dijo el Rey,
que non fuí en tal maldad.—
Tres veces tomó la jura,
tantas le va a preguntar.
El Rey, vindose afincado,
contra el Cid se fué a airar:
—Mucho me afincáis, Rodrigo,
en lo que no hay que dudar,
Cras besarme héis la mano
si agora me hacéis jurar.
—Sí, señor, dijera el Cid,
si el sueldo me habéis de dar,
que en la tierra de otros Reyes
a fijosdalgos les dan.
Cuyo vasallo yo fuere
también me lo ha de pagar;
si vos dármelo quisiéredes,
a mí placer me vendrá.—
El Rey, por tales razones,
contra el Cid se fué a enojar;
siempre desde allí adelante
gran tiempo le quiso mal.

51

En Santa Gadea de Burgos,
do juran los fijodalgos,
allí le toma la jura
el Cid, al Rey castellano.
Las juras eran tan fuertes,
que a todos ponen espanto;
sobre un cerrojo de hierro

y una ballesta de palo:
—Villanos mátente, Alfonso;
villanos, que non fidalgos;
de las Asturias de Oviedo,
que no sean castellanos.
Mátente con aguijadas,
no con lanzas ni con dardos;
con cuchillos cachicuernos,
no con puñales dorados;
abarcas traigan calzadas,
que no zapatos con lazos;
capas traigan aguaderas,
no de Contray, ni frisado;
con camisones de estopa,
no de holanda, ni labrados;
vayan cabalgando en burras,
no en mulas ni caballos;
frenos traigan de cordel,
no de cueros fogueados;
mátente por las aradas,
no por villas ni poblados,
y sáquente el corazón
por el siniestro costado,
si no dijeres verdad
de lo que te es preguntado,
si fuiste, ni consentiste
en la muerte de tu hermano.—
Jurado tiene el buen Rey,
que en tal caso no es hallado;
pero con voz alterada
dijo muy mal enojado:
—Cid, hoy me tomas la jura,
después besarme has la mano.—
Respondiérale Rodrigo;
de esta manera ha fablado:
—Por besar mano de Rey

no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.—
—Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me estés más en ellas
desde este día en un año.
—Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado;
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.—
Ya se despide el buen Cid,
sin al Rey besar la mano,
con trescientos caballeros,
esforzados fijodalgos.
Todos son hombres mancebos,
ninguno hay viejo ni cano;
todos llevan lanza en puño
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.

52

—Fincad ende más sesudo:
don Rodrigo, con vos fablo,
catad que soy vuestro Rey,
magüer que no esté jurado;
y este cerrojo de hierro,
y esta ballesta de palo,
como fincan en mi jura,
fincan también en mi agravio.
Yo fago testigo a Dios
y a nuestro patrón Santiago

que non he sido traidor
en la muerte de Don Sancho.

Non mostréis, con ser sañudo,
ser, Rodrigo, apasionado,
que magüer que haya razón
se ha de humillar el vasallo.

Si con las huestes, Rodrigo,
fincades sañudo y bravo,
sed con los reyes humilde
y seréis más estimado.

Non eclipséis con la lengua
los fechos de vuestros brazos,
que el fablar sin ocasión
es de homes afeminados.

Bien se me lembra del tiempo
que como noble soldado
habéis servido en las lides
a mi padre Don Fernando;
mas no vos ensoberbezcan
los triunfos que héis alcanzado,
que es la jactancia un borrón
que borra fechos muy claros.

Decís que si parte he sido
en la muerte de mi hermano,
que me den villanos muerte;
fabláis bien, serán villanos:

non fincará contra Rey
ningún vasallo fidalgo,
que un fidalgo nunca emprende
facer tal desaguisado.—

Esto dijo Don Alfonso,
teniendo puesta la mano
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo.

53

En las almenas de Toro,
allí estaba una doncella,
vestida de negros paños,
reluciente como estrella;
pasara el Rey Don Alfonso,
namorado se había de ella;
dice: —Si es hija de Rey
que se casaría con ella,
y si es hija de duque
serviría por manceba.—
Allí hablara el buen Cid,
estas palabras dijera:
—Vuestra hermana es, señor,
vuestra hermana es aquélla.
—Si mi hermana es, dijo el Rey,
fuego malo encienda en ella;
llámense mis ballesteros,
tírenle sendas saetas,
y a aquel que la errare,
que le corten la cabeza.—
Allí hablara el Cid;
de esta suerte respondiera:
—Mas aquel que la tirare,
pase por la misma pena.
—Idos de mis tiendas, Cid,
no quiero que estéis en ellas.
—Pláceme, respondió el Cid,
que son viejas y no nuevas;
irme yo para las mías,
que son de brocado y seda,
que no las gané holgando
ni bebiendo en la taberna;
ganélas en las batallas
con mi lanza y mi bandera.

54

Ese buen Cid Campeador
ya se parte de Castilla;
por mando del Rey Alfonso
lleva su mensajería
a Almucanis, ese moro
Rey de Córdoba y Sevilla,
para que le dé las parias
pesadas que le debía.
En Sevilla estaba el Cid
faciendo a lo que venía.
Mudafar, Rey de Granada,
a Almucanis mal quería.
Caballeros castellanos
Mudafar consigo había;
son de los más estimados
que había dentro en Castilla:
don García Ordoño el uno,
que Conde todos decían;
Fernán Sánchez era el otro
yerno del Rey Don García;
y Lope Sánchez, su hermano
estaba en su compañía;
y otro caballero honrado,
Diego Pérez se decía.
Ellos con grandes poderes
con el Mudafar venían
contra Almucanis el Rey,
que pechero es de Castilla.
El Cid, cuando aquesto supo,
mucho pesado le había;
enviárale sus cartas
y en ellas así decía:
"Que non vengan con su gente
"contra el reino de Sevilla,

"que es pechero el Rey Alfonso,
"con quien amistad tenía;
"y si lo quieren facer,
"que su Rey ayudaría
"a Almucanis su vasallo,
"que otra cosa no pedía."
Recibido han las cartas,
mas en nada las tenían:
entran en tierras del Rey,
del Rey moro de Sevilla;
quemando van y estragando
fasta Cabra, aquesta villa.
El Cid, cuando aquesto supo,
contra ellos se partía;
moros llevaba consigo.
cristianos, los que podía.
Las huestes se habían juntado;
el Cid mataba y hería;
muy reñida es la batalla,
durado ha casi un día,
fasta que venciera el Cid
y en huída los ponía.
A caballeros cristianos
el buen Cid muchos prendía;
de moros no había cuenta
los que cautivado había.
Tres días tuviera presos
los cristianos que vencía;
volvióse con gran despojo
a Sevilla, do partía.
Almucanis dió las parias
y a Castilla se volvía.
Mucho plugo al Rey Alfonso
de lo que el Cid fecho había,
y de aquel día adelante
al Cid *Campeador* decían.

55

Fablando estaba en el claustro
de San Pedro de Cerdeña
el buen Rey Alfonso al Cid,
después de misa, una fiesta.
Trataban de las conquistas
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
el ir a ganar a Cuenca,
y Rodrigo, mesurado,
le dice de esta manera:
—Nuevo sois, el Rey Alfonso,
nuevo Rey sois en la tierra;
antes que a guerra vayades
sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
por los Reyes que se ausentan,
que apenas han calentado
la corona en la cabeza;
y vos no estáis muy seguro
de la calumnia propuesta
en la muerte de Don Sancho
sobre Zamora la vieja;
que aún hay sangre de Bellido,
magüer que en fidalgas venas,
y el que fizo aquel venablo,
si le pagan, fará treinta.—
Bermudo en lugar del Rey
dice al Cid: —Si vos aquejan
el cansancio de las lides
o el deseo de Jimena,
idvos a Vivar, Rodrigo,
y dejadle al Rey la empresa;

que homes tiene tan fidalgos
que no volverán sin ella.
—¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el consejo de guerra,
fraile honrado, a vos agora,
la vuesa cogulla puesta?
Subid vos a la tribuna
y rogad a Dios que venzan,
que non venciera Josué
si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
yo el pendón a las fronteras,
y el Rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena;
que non me farán cobarde
el mi amor ni la mi queja,
que más traigo siempre al lado
a Tizona que a Jimena.
—Home soy, dijo Bermudo,
que antes que entrara en la regla,
si no vencí Reyes moros,
engendré quien los venciera;
y agora, en vez de cogulla,
cuando la ocasión se ofrezca,
me calaré la celada
y pondré al caballo espuelas.
—¡Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea;
que más de aceite que sangre
manchado el hábito muestra!
—Callédes, le dijo el Rey,
en mal hora, que no en buena,
acordársevos debía
de la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
que farán fablar las piedras,

pues por cualquier niñería
facéis campaña la iglesia.—
Pasaba el Conde de Oñate,
que llevaba la su dueña,
y el Rey, por facer mesura,
acompañóla a la puerta.

56

—Si atendéis que de los brazos
vos alce, atended primero.—
Si no es bien que con los míos
cuide subirvos al cielo.
¡Bien estáis afinojado,
que es pavor veros enhiesto!
Que asiento es, asaz debido,
el suelo de los soberbios!
¡Descubierto estáis mejor,
después que se han descubierto
de vuesas altanerías
los mal guisados excesos!
¿En qué os habéis empechado,
que dende el pasado invierno
non vos han visto en las Cortes,
puesto que Cortes se han fecho?
¿Por qué, siendo cortesano,
traéis la barba y cabello
descompuesto, y desviada,
como los padres del yermo?
¡Pues aunque vos lo pregunto,
asaz que bien os entiendo!
¡Bien conozco vuesas mañas
y el semblante falagüeño!
Querréis decir que cuidando
en mis tierras y pertrechos,
non cuidades de aliñarvos

la barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrallásteis
mis treguas, paz y concierto,
bien como si el querer mío
tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
diz que tenéis por tan vuesos,
que os adoran como a Dios;
¡grandes algos habréis de ellos!
Cuando en mi jura os hallásteis
después del triste suceso
del Rey Don Sancho, mi hermano,
por Bellido traidor muerto,
todos besaron mi mano
y por Rey me obedecieron;
sólo vos me contrallásteis
tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fice
sobre los cuatro Evangelios
y en el ballestón dorado,
teniendo el cuadrillo al pecho.
Matárades a Bellido
si ficiérais como bueno.
Que no ha faltado quien dijo
que tuvísteis asaz tiempo:
fasta el muro lo seguísteis,
y al entrar la puerta dentro
¡bien cerca estaba quien dijo
que non osásteis de miedo!
Y nunca fueron los míos
tan astutos y mañeros
que cuidasen que Don Sancho
muriese por mis consejos.
Murió, porque a Dios le plugo
en su juicio secreto,
quizá porque de mi padre

quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
de mis reinos vos destierros.
Yo tendré vuesos condados
fasta saber por entero,
con acuerdo de los míos,
si confiscárvolos puedo.
¡Non repliquedes palabra,
que vos juro por San Pedro
y por San Millán bendito
que vos enforcaré luego!—
Estas palabras le dijo
el Rey Don Alfonso el Sexto,
inducido de traidores,
al Cid, honor de sus reinos.

57

—Téngovos de replicar
y de contrallarvos tengo,
que no han pavor los valientes
ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
a manos de los denuestos,
menos mal será enforcarme
que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra homildoso
a guisa de vuestro siervo,
que teniendo los mis brazos
cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse y non vos acaten
los ociosos falagüeños,
que maguer yo non lo soy,
me puedo cubrir primero.

Dos vegadas hubo Cortes
desde antaño por invierno,
diz que la pro común
o por los vuesos provechos.
Vos en León las fiscísteis,
pero yo en los campos yermos,
faciendo las mías, desfice
del contrario los pertrechos;
lo fecho en Alcalá vedes,
non lo que fice primero;
y es mal juzgador quien juzga
sin notar todo el proceso.
Folgá que el moro de allende
respete mis fechos buenos,
que si non me los respeta,
non vos guardará respeto.
¡Asaz me semejáis blando,
porque de tiempo tan luengo
de apretarvos en la jura
vos duele el escocimiento!
Mentirá el que me achacare
del traidor D'Olfos el tuerto,
pues sabedes lo que fué
y lo que fice en el reto;
además que sin espuelas
cabalgué entonces por yerro.
¡Vencen pesadas falsías
al noble y sencillo pecho!
Y pues gasté mis haberes
en prez del servicio vueso,
y de lo que hube ganado
vos fice señor y dueño,
non me lo confiscaredes
vos ni vuesos consejeros,
que mal podrédes tollerme
la facienda que non tengo.

De hoy más seré facendoso,
pues hoy de vos me destierro,
y de hoy para mí me gano,
pues hoy para vos me pierdo.—
Estas palabras decía
el noble Cid, respondiendo
a las querellas injustas
del Rey Don Alfonso el Sexto.

58

Grande saña cobró Alfonso
contra el buen Cid castellano,
porque le tomó la jura
de la muerte de su hermano;
encubrió la su enemiga,
aguardó a hacerse vengado.
El Rey moro de Toledo,
que Alimaimon es llamado,
del Cid se quejara al Rey
que en su reino había entrado,
y hasta dentro de Toledo
sus moros ha cautivado;
siete mil son los cautivos,
sin otro mucho ganado.
Mucho al Rey Alfonso pesa;
contra el Cid estaba airado
mucho más que antes estaba;
con el Rey lo habían mezclado,
por envidia que le tienen
los grandes de su reinado.
Escribióle el Rey al Cid
que salga de su reinado.
dentro de los nueve días,
que más no le da de plazo.
El buen Cid a sus parientes

las cartas les ha mostrado;
todos se quejan del Rey
de haberlo tan mal mirado
desterrando un caballero
tan valiente y esforzado,
que muy bien había servido
a él, su padre y hermano.
Ofrécense de ir con él
a lo servir de muy grado,
y que todos morirían
con él juntos en el campo.
El Cid les agradecía
la palabra que le han dado,
y otro día salió el Cid
de Vivar, que era su estado,
con toda su compañía
con ánimos esforzados.
Volvióse a los caballeros
y esto les está fablando:
—Amigos, si a Dios pluguiese
que a Castilla nos volvamos,
dígovos que tornaremos
todos muy ricos y honrados.

59

—Obedezco la sentencia,
maüer que non soy culpado,
pues es justo mande el Rey
y que obedezca el vasallo;
y plegue a Nuesa Señora
que vos faga aventurado,
tal que non echedes menos
la mi espada ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
servos yo desaguisado;

sé que envidiosos a veces
manchan los pechos fidalgos,
"Mas al fin el tiempo vos será testigo
"que ellos mujeres son, y yo Rodrigo."
Esos bravos infanzones
que comen a vueso lado,
consejeros mentirosos,
lidiadores en palacio,
¿cómo non vos acorrieron
cuando presos vos lleváron,
y cuando yo vos quité
solo, a trece en medio el campo,
sinon que a rienda suelta
fuyeron los amenguados,
donde mostraron tener
lengua asaz y pocas manos?
"Mas al fin el tiempo vos será testigo
"que ellos mujeres son, y yo Rodrigo."
Lembradvos, Rey Don Alfonso,
de lo que agora vos fablo,
vos con saña, yo sesudo,
vos vengado y yo agraviado;
que yo fago pleitesía
a San Pedro y a San Pablo,
de mezclar, Dios en ayuso,
mi hueste con los paganos;
y si finco vencedor,
poner a vueso mandado
los castillos y fronteras
pueblos, haberes, vasallos;
"Mas al fin el tiempo vos será testigo
"que ellos mujeres son, y yo Rodrigo."

60

Escuchó el Rey Don Alfonso
las palabras halagüeñas

del Cid en su despedida
cuando se partió a la guerra,
y dijo a sus infanzones:
—Hoy deja nuestras banderas
el hombre más animoso
que sangre de moros riega;
y aunque parezca osadía
el fablar con tantas veras,
non fueron atrevimientos
supuesto que lo asemejan.
Los amoríos del alma
en el pecho do se encierran
lealtad y amor con su Rey
tienen para hablar licencia.
Alongado va al destierro,
y veo que en su presencia
es sólo un home que parte
y mil voluntades lleva;
y cuido que un buen guerrero,
cuando su Rey se ausenta,
reprochado de su corte,
se ha de atener a la ajena;
que de un edificio grande,
si se le rompe una piedra,
por sólo su desencaje
se suele venir a tierra.
No hay forgarse entre los Reyes,
que nunca los Reyes fuelgan,
cuidando el pro de sus reinos
y haciendo en los lueñes guerra.
Si fidalgos con la espada
por su Rey en lides entran,
el Rey, con espada y alma
anda, padece y pelea.
¡Gran lidiador es el Cid!
¡Fuerte el noble en gran manera!

Pero si no es homildoso
de Dios y del Rey, ¿qué espera?
Conviene que el Cid se alongue,
y dirán en lueñes tierras
que Alfonso face justicia
y en castigo a nadie excepta.

61

Don Rodrigo de Vivar
está con doña Jimena
de su destierro tratando,
que sin culpa le destierran.
El Rey Alfonso lo manda,
sus envidiosos se huelgan,
llórale toda Castilla,
porque huérfana la deja.
Gran parte de sus haberes
ha gastado el Cid en guerra;
no halla para el camino
dinero sobre su hacienda.
A dos judíos con vida,
y sentados a su mesa,
con amigables caricias
mil florines le pidiera.
Díceles que por seguro
dos cofres de plata tengan,
y que si dentro de un año
no les paga, que la vendan,
y cobren la logrería
como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados,
entrambos llenos de arena,
y, confiados del Cid,
dos mil florines le prestan.
¡Oh necesidad infame,

a cuántos honrados fuerzas
a que por salir de tí
hagan mil cosas mal hechas!
¡Rey Alfonso, señor mío,
a traidores das orejas,
y a los fidalgos leales
palacios y orejas cierras!
Mañana saldré de Burgos
a ganar en las fronteras
algún pequeño castillo
a donde mis gentes quepan;
mas según son de orgullosos
los que llevo en mi defensa,
todas las partes del mundo
tendrán por morada estrecha.
Estarán mis estandartes
tremolando en las almenas;
caballeros agraviados
hallarán guarida en ellas;
y por conservar el nombre
de tus reinos, que es mi tierra,
los lugares que ganare
serán Castilla la Nueva.

62

Ese buen Cid Campeador
que Dios en salud mantenga
faciendo está una vigilia
en San Pedro de Cerdeña,
que el caballero cristiano
con las armas de la Iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira y doña Sol,
las sus dos fijas tan bellas,

acompañan a su madre
ofreciendo rica ofrenda.
Cantada que fué la misa,
el abad y monjes llegan
a bendecir el pendón,
aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
y en cuerpo, con armas nuevas,
del pendón prendió los cabos
y de esta suerte dijera:
—Pendón bendecido y santo,
un castellano te lleva,
por su Rey mal desterrado,
bien plañido por su tierra.
A mentiras de traidores
inclinando sus orejas,
dió su prez y mis fazañas;
¡desdichado de él y de ellas!
¡Cuando los Reyes se pagan
de falsías halagüeñas,
mal parados van los suyos,
luengo mal les viene cerca!
Rey Alfonso, Rey Alfonso,
esos cantos de sirena
te adormecen por matarte;
¡ay de tí si no recuerdas!
Tú Castilla me vedaste
por haber folgado en ella,
que soy espanto de ingratos,
y conmigo no cupieran.
¡Plegue a Dios que no se caigan,
sin mi brazo tus almenas!
Tú que sientes, me baldonas;
sin sentir, me lloran ellas.
Con todo, por mi lealtad
te prometo las tenencias

que en las fronteras ganaren
mis lanzas y mis ballestas;
que venganza de vasallo
contra el rey, traición semeja,
y el sufrir los tuertos suyos
es señal de sangre buena.—
Esta jura dijo el Cid,
y luego a doña Jimena
y a sus dos fijas abraza
mudas y en llanto las deja.

63

Ya que acabó la vigilia
aquel noble Cid honrado,
y dejó a doña Jimena
y a sus dos fijas llorando,
a la vista de San Pedro,
en un espacioso llano,
dijo, con grande denuedo,
a los que le están mirando:
—Quinientos fidalgos sois,
los que héis acompañado
a quien no diré lo mucho
que os obliga el ser fidalgos;
pero, pues que me destierra
el Rey por injustos casos,
faced cuenta, mis amigos,
que todos váis desterrados,
y que han de guardar mi honra
vueso valor y mi brazo,
que aunque él ha sido injusto,
no lo han de ser sus vasallos,
antes derramar la sangre
por vencer a los contrarios.—
Todos responden: —Buen Cid,

vueso hablar es excusado,
pues basta que nos mandéis
para quedar obligados.—
Por tierras de moros entran,
muchas batallas ganando,
rindiendo muchos castillos,
y Reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
de aquel noble Cid honrado,
que en poco tiempo conquista,
hasta Valencia llegando,
donde alcanzó un gran tesoro;
y un gran presente ha enviado
al ingrato Rey Alfonso
de cien hermosos caballos,
todos con ricos jaeces
de diferentes bordados,
y cien moros que los llevan
de las riendas, sus esclavos,
y cien llaves de las villas
y castillos que ha ganado,
y también al Rey envía
cuatro Reyes sus vasallos;
aqueste presente lleva
Ordoño, su gran privado.

64

"Mentirosos adalides,
"que de las vidas ajenas
"guisáis plato para el gusto
"de muchas sordas orejas;
"fidalgos de Villalón,
"caballeros de Valduerna,
"hombres buenos de Villalba,
"y cristianos de Sansueña;

"escuchadme si fincáredes
"con memoria, que mis quejas
"son fijas de vueso agravio,
"y de vuesa culpa nietas.
"Yo soy el Cid Campeador,
"que finco sobre Consuegra,
"tan humilde al Rey Alfonso
"cuanto a mi doña Jimena;
"yo soy aquel que mis armas
"toda la semana entera
"non se quitan dos vegadas
"del cuerpo que las sustenta;
"y el que en las batallas crudas
"con mi lanza y mi ballesta
"soy el primero de todos
"y que non duermo en las tiendas.
"Non fago tuerto a los míos,
"magüer facerlo pudiera,
"antes les entrego juntos
"los haberes y tenencias.
"Peleo con la Tizona,
"non ofendo con la lengua
"por non con ella imitar
"a las mal fabladas fembras.
"Como en el suelo, por falta
"de las levantadas mesas,
"y por postre tengo asaltos,
"que son frutas que me alegran.
"Non desentierro las vidas
"de hombre bueno o mujer buena
"nin digo si fué fidalgo,
"nin si ha pechado o si pecha.
"Non trato sobre comida
"de facer a nadie ofensa,
"sinon de si han apretado
"bien las cinchas a Babieca.

"Non me acuesto imaginando
"con mentiras quitar tierras;
"si acaso puedo, las gano,
"y si non, finco sin ellas;
"y conquistando el castillo,
"fago pintar en sus piedras
"las armas del Rey Alfonso
"y yo humillado a par de ellas.
"Lloro, cuando estoy a solas,
"la mi consorte Jimena,
"que finca cual tortolilla,
"sola y triste en tierra ajena,
"que magüer es tierra suya,
"tiene enemigos muy cerca,
"que, pues lo son de su esposo,
"¿quién duda lo serán de ella?
"Pido justicia, y mis voces
"cuido fasta el cielo llegan,
"que como son voces justas,
"non dudo que llegar puedan."
Aquesto escribe Rodrigo
a los condes de Consuegra,
a los fidalgos y ricos,
sin honor y sin facienda.

65

Ese buen Cid Campeador
de Zaragoza partía;
sus gentes lleva consigo,
y la su seña tendida
para correr a Monzón;
a Huesca también corría,
a Onda con Almenar
estragado los había.
El Rey Pedro de Aragón
muy gran pesar recibía

cuando supo que el buen Cid
tan cerca de si yacía.
Apellidara sus gentes,
—muchas son en demasía—,
llegado han a Piedra Alta,
sus tiendas fincar facía.
A ojos está del Cid,
mas para él no venía.
El Cid salió de Monzón
con doce en su compañía,
a holgarse por el campo,
armados de buena guisa.
Los de ese Rey de Aragón
le tuvieron puesta espía;
caballeros eran ciento
y cincuenta, que a él salían.
El Cid lidiara con todos,
como bueno los vencía;
siete son los caballeros
y caballos que prendía;
los otros huyen del campo,
que aguardarle no querían.
Los presos piden merced,
que los suelte le pedían;
el Cid, como es muy honrado,
lo que piden concedía.

66

Adofir de Mudafar
a Rueda en guarda tenía
por el buen Rey Don Alfonso,
que conquerido la había.
Almofalas, ese moro,
con sobrada maestría
metióse dentro el castillo,

con él alzado se había.
Adofir, cuando lo supo,
al Rey su mensaje envía,
pidiéndole su socorro
para recobrar la villa.
El Rey envió a Ramiro
y a ese Conde don García,
con muchas gentes armadas,
que van en su compañía.
El moro, cuando lo supo,
dijo el castillo daría
a ese buen Rey Don Alfonso,
y que a otro no quería.
Y convidóle a comer
por hacedlle alevosía
allá dentro del castillo;
el Rey temido se había.
El Infante Don Ramiro
con el Conde en compañía,
entraron para comer,
que ir el Rey no quería;
mas luego que entraron dentro
a entrambos quitan la vida,
con otros que van con ellos;
y al Rey mucho le dolía.
Túvose por deshonrado,
y al Cid sus cartas envía,
que estaba cerca de allí
desterrado de Castilla.
Rodrigo, que vió el mensaje,
para él luego venía;
caballeros fijosdalgos
acompañado lo habían.
Cuando lo vido el buen Rey,
su perdón le concedía.
Contóle lo acontecido,

que le vengue le pedía,
y que con él se viniese
a su reino y señoría.
El Cid le besó las manos
por el perdón que le hacía;
mas no lo quiso aceptar
si el Rey no le prometía
de dar a los fijosdalgos
un plazo de treinta días
para salir de la tierra
si algún crimen cometían,
y que fasta ser oídos
jamás los desterraría,
nin quebrantaría los fueros
que sus vasallos tenían,
nin menos que los pechase
más de lo que convenía,
y que si lo tal ficiese,
contra él alzarse podían.
Todo lo promete el Rey,
que nada contradecía,
y a Castilla caminando,
Rodrigo el cerco ponía.
Al moro que tal mal fizo
por gran fambre lo prendía,
y a todos los más traidores
al Rey luego los envía.
El Rey los ha recibido,
dellos fizo gran justicia,
y mucho agradece al Cid
el presente que le hacía.

67

—Ceñid los membrudos brazos
al cuello que bien os quiere,

por ser asaz de tal dueño,
que el mundo otro par no tiene.
Non rehuyáis de abrazarme,
que brazos de home tan fuerte
desentollescen mis tierras,
y las de moros tollescen.
Facedlo, que bien podéis,
e cuidá non me manchedes,
que aun finca en las vuestras armas
la sangre mora reciente.
No atendáis tuertos que os fice,
pues tan buen precio merecen
que non quise en mi servicio
homes a quien sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
fué porque a moros que crecen
desterréis sus fechorías,
y las vuesas algo vuelen.
Non vos eché de mi reino
por falsos que vos mal quieren,
sí porque en tierras ajenas
por vos mi poder se muestre.
De Alvar Fáñez, vueso primo,
recibí vueso presente,
no en feudo vuestro, Rodrigo,
sinon como de parientes.
Las banderas que ganásteis
a sarracenos de allende,
por vuesa mandadería,
en San Pedro las veredes.
La vuesa Jimena Gómez,
que tanto vos quiso siempre,
porque la desmaridé
mil pleitos contra mí tiene.
Non escuchéis sus querellas
cuando a mí las enderece,

que a las fembras más astutas
cualquier enojo las vence.
Acudid en su presencia,
que cuido que vos atiende
más ganosa de vos ver
que vos venides de verme;
que si malos consejeros
facen oficios que suelen,
en cambio de saludarme
atenderédes mi muerte.
Non la atendáis, home bueno,
ansí os valga San Llorente,
y riñas de por San Juan
sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
que vuesos brazos bien pueden
prender en paz vueso Rey,
pues en guerra cinco prenden.—
El Rey Don Alfonso el Sexto
le dice esto al Cid valiente,
que de lidiar con los moros
victorioso a su Rey vuelve.

68

Fablando estaba en Celada
el Cid con la su Jimena
poco antes que se fuese
a las lides de Valencia.
—Bien sabéis, dice, señora,
cómo las nuesas querencias
en fe de su voluntad
muy mal admiten ausencia;
pero piérdese el derecho
adonde interviene fuerza,
que el servir al Rey lo es

en quien noble sangre tenga.
Faced en la mi mudanza
como tan sesuda fembra,
y en vos no se vea ninguna,
pues venís de honrada cepa.
Ocupad las cortas horas
en catar vuesas faciendas;
un punto no estéis ociosa,
pues es lo mismo que muerta.
Guardad vuestros ricos paños
para cuando yo dé vuelta,
que la fembra sin marido
debe andar con gran llaneza.
Mirad por las vuesas fijas,
celadlas; pero no entiendan
que algún vicio presumís ,
porque faréis que lo entiendan.
No las apartéis un punto
de junto a vuesa cabeza,
que las fijas sin su madre
muy cerca están de perderla.
Sed grave con los criados,
agradable con las dueñas,
con los extraños sagaz
y con los propios severa.
Non enseñéis las mis cartas
a la más cercana dueña,
porque no sepa el más sabio
cómo paso yo las vuesas.
Mostradlas a vuestras fijas,
si non tuvierdes prudencia
para encubrir vuestro gozo,
que suele ser propio en fembras.
Si vos consejaren bien,
faced lo que vos consejan;
y si mal vos consejaren,

faced lo que más convenga.
Veinte y dos maravedís
para cada día os quedan,
tratadvos como quien sois,
non enduréis la despensa.
Si dineros vos faltaren,
faced como no se entienda,
enviádmelos a pedir,
non empeñéis vuestras prendas;
buscad sobre mi palabra,
que bien fallaréis sobre ella
quien a vuestra cuita corra,
pues yo acudo a las ajenas.
Con tanto, señora, adiós,
que el ruido de armas resuena.—
Y tras un estrecho abrazo,
ligero subió en Babieca.

69

Apretada está Valencia,
puédese mal defensar,
porque los almoravides
no la quieren ayudar.
Viendo aquesto un moro viejo
que solía adivinar,
subiérase a un alta torre
para bien la contemplar.
Cuanto más la mira hermosa,
más le crece su pesar;
sospirando con gran pena,
aquesto fué a razonar:
—¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
digna de siempre reinar!
Si Dios de ti no se duele,
tu honra se va a apocar,

y con ella las holganzas
que nos suelen deleitar.
Las cuatro piedras caudales
do fuiste el muro a sentar,
para llorar, si pudiesen,
se querrían ayuntar.
Tus muros tan preminentes,
que fuertes sobre ella están,
de mucho ser combatidos
todos los veo temblar.
Las torres que las tus gentes
de lejos suelen mirar,
que su alteza ilustre y clara
los solía consolar,
poco a poco se derriban
sin podellas reparar;
y las tu blancas almenas,
que lucen como el cristal,
su lealtad han perdido
y todo su bel mirar,
Tu río tan caudaloso,
tu río Guadalaviar,
con las otras aguas tuyas
de madre salido ha;
tus arroyos cristalinos
turbios ya siempre vendrán;
tus fuentes y manantiales
todos secados se han;
tus verdes huertas viciosas
a ninguno gozo dan,
que la raíz de sus hierbas
bestias roído las han;
tus prados de cien mil flores
olores de sí no dan,
mustios andan y marchitos,
sin color ni olor están;

aquel honrado provecho
de tu playa y de tu mar,
en deshonra y daño torna,
¡mal te puede aprovechar!
Los montes, campos y tierras
que tú solías mandar,
el humo de los sus fuegos
tus ojos cegado han.
Es tan grave tu dolencia
y tanta tu enfermedad,
que los hombres desesperan
de salud poderte dar.
¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia!
Dios te quiera remediar,
que muchas veces predije
lo que agorá veo llorar.

70

Cercada tiene a Valencia
ese buen Cid castellano,
con los moros que están dentro
cada día peleando;
muchos ha muerto y prendido
y a otros ha cautivado.
Al real del buen Rodrigo
un caballero ha llegado;
Martín Peláez ha por nombre,
Martín Peláez, asturiano.
Muy crecido es en el cuerpo,
en los miembros arreciado.
Aqueste es de buen donaire,
pero muy acobardado;
hálo mostrado en las lides
y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid

cuando lo vido a su lado;
no es para vivir con él
hombre tan afeminado.
Un día entrara el buen Cid,
y con él los sus vasallos,
en batalla; con los moros
pelean como esforzados.
Allá va Martín Peláez
bien armado y a caballo.
Antes de dar el torneo
al real había tornado ;
fuése para su posada
cubierto y disimulado.
En ella anduvo escondido
hasta que el Cid ha tornado;
dejó muertos muchos moros,
a ellos ganara el campo.
El Cid se sentó a comer,
como tiene acostumbrado,
sólo en su cabo a una mesa,
y en el su escaño asentado,
y en otra sus caballeros,
los que tiene por preciados;
con aquestos nadie come
sino los más afamados.
Así lo ordenó el buen Cid
por hacerlos esforzados,
y que cada uno procure
facer fechos estimados
para comer a la mesa
de Alvar Fáñez y su hermano.
Bien cuidó Martín Peláez,
que non vió el Cid lo pasado,
y, así, las manos se lava,
a la mesa se ha sentado
donde está don Alvar Fáñez

con la compaña de honrados.
El Cid se fué para él,
y del brazo le ha trabado,
diciendo: —Non sois vos tal
para en tal mesa sentarvos
con esos parientes míos,
a quien vos podéis llegarvos;
más valen que yo ni vos,
que son buenos y aprobados;
sentadvos a la mi mesa,
comed conmigo en mi plato.—
Con mengua de entendimiento
no creyó que es baldonado,
asentóse con el Cid
a su mesa y a su lado,
y el Cid, con grande cordura
esta reprensión le ha dado.

71

A solas le reprehende
a Martín Peláez el Cid,
que las faltas de los buenos
a solas se han de reñir.
Dícele con rostro airado:
—¿Es posible que fuir
pueda un home, siendo noble,
por temores de una lid,
y más vos, siendo quien sois,
viniendo de do venís,
que cuando fincárais muerto
os fuera honroso el morir?
Levantéme de la mesa,
do bocado no comí.
¡Qué buena pro me tuviera
cuidando en lo que vos vi!
Atended lo que vos digo,
y non cuidéis en fuir,

porque fuyendo afrentades
a vuesa honra y a mí.
Si me dades por disculpa
decir que vísteis venir
mucha multitud de moros,
non la quiero recibir.
Entráos en la religión,
adonde podréis vivir
sirviendo a Dios, que en las guerras
non sois para lo servir.
Pusiéraisos a mi lado,
que pudiera ser que allí
se vos quitara el pavor,
y vuesas menguas cubrir.
Salid esta tarde al campo,
que quiero ver si sufrís
más que os afrenten mil homes
que quedar muerto en la lid.
Y podrá ser quedéis vivo,
que yo tengo de ir allí,
y veré lo que facedes
y si de honra sentís.
Con esto, Martín, adiós,
que habéis de yantar sin mí
hasta que traigáis cobrado
el honor que yo vos di.

72

Corrido Martín Peláez
de lo que el Cid le ha fablado,
dello cobró gran vergüenza,
dello está muy ocupado.
Fuése para su posada,
triste estaba y muy cuitado
viendo cómo el Cid ha visto

su cobardía tan claro,
por lo cual no consintió
que coma con los honrados.
Propónese ser valiente
o de morir en el campo.
Otro día salió el Cid,
junto a Valencia ha llegado.
Salieron luego los moros
a ferir en los cristianos;
llegan denodadamente,
con los esfuerzos sobrados.
Martín Peláez fué el primero
que en la lid había entrado,
y firió tan recio en ellos,
que a muchos ha derribado.
Allí perdió todo el miedo,
muy gran esfuerzo ha cobrado,
peleó valientemente
mientras la lid ha durado;
unos mata y otros hiere,
hizo en ellos gran estrago.
Los moros dicen a gritos:
—¿De do ha venido este diablo?
¡Hasta aquí no le hemos visto
tan valiente y esforzado!
A todos nos hiere y mata,
del campo nos ha lanzado.—
Por las puertas de Valencia
a los moros ha encerrado;
los brazos, hasta los codos,
en sangre lleva bañados:
ninguno hay tal como él
si no es el Cid afamado.
Los moros fueron vencidos.
Peláez se había tornado,
esperándole está el Cid

fasta que fuera llegado;
con muy crecido placer
Rodrigo lo había abrazado.
Díjole: —Martín Peláez,
vos sois bueno y esforzado.
non sois tal que merezcáis
de hoy más conmigo sentaros;
asentáos con Alvar Fáñez,
que era mi primo hermano,
y con estos caballeros,
que son buenos y estimados,
que los vuesos buenos fechos
siempre serán bien mentados;
seréis dellos compañero,
sentaros héis a su lado.—
De aquel día en adelante
fizo fechos muy granados
de esforzado caballero,
bueno como el más preciado.
Aquí se cumplió el proverbio
entre todos divulgado.
"Que el que a buen árbol se arrima,
"de buena sombra es tapado".

73

—Partíos ende los moros,
non pongáis mientes en al,
cuidad de los dolor dos
y los muertos soterrad.
Decidles a los cuitados
y a las cuitadas contad,
que el saber nueso en la guerra
es humildoso en la paz;
poned la fucia en facer
que me vengan a fablar,

porque les diga mi boca
toda la mi voluntad;
que non quiero sus faciendas
nin se las he de tirar,
nin para mis barraganas
sus fijas he de tomar,
que yo non uso mujeres
sinon la mía natural,
que en San Pedro de Cerdeña
yace agora al mi mandar;
y mándovos yo, Alvar Fáñez,
si he poder vos mandar;
váis por ella y por mis fijas,
mis fijas otro que tal.
Llevad treinta marcos de oro
con que se puedan guiar
para venir a Valencia
a la ver y a la gozar;
llevá otros tantos de plata
para San Pedro y su altar,
y entregadlos a don Sancho,
que ende yace por abad;
y al noble Rey Don Alfonso,
mi buen señor natural,
llevá doscientos caballos,
bien guarnidos al mi usar;
y a los honrados judíos
Raquel y Vidas, llevá
doscientos marcos de oro,
tantos de plata y non más,
que me endonaron prestados
cuando me partí a lidiar
sobre dos cofres de arena
debajo de mi verdad.
Rogarles héis de mi parte
que me quieran perdonar,

que con acuita lo fice
de mi gran necesidad;
que aunque cuidan que es arena
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad.
Págales la logrería
que soy tenudo a les dar
del tiempo que su dinero
he tenido a mi mandar.
Y vos, Antolín Martínez,
le irédes a acompañar,
y las mis buenas venturas
a mi Jimena contad.
Diréis al Rey Don Alfonso
que me empreste su juglar,
porque a mi Jimena agrada
mucho el tañer y cantar.—
Aquesto dijera el Cid
después que ya entrado ha
en Valencia victorioso,
pues conquerido la ha.

74

Desterrado estaba el Cid
de la corte y de su aldea
de Castilla, por su Rey,
cansado de vencer guerras,
y en las venturosas armas
apenas las manchas secas
de la sangre de los moros
que han vencido en sus fronteras;
y aún estaban los pendones
tremolando en las almenas
de las soberbias murallas

humilladas de Valencia,
cuando para el Rey Alfonso
un rico presente ordena
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Todo lo despacha a Burgos,
y a Alvar Fáñez que lo lleva,
para que lo diga al Rey,
le dice de esta manera:
"Dile, amigo, al Rey Alfonso,
"que reciba su grandeza
"de un fidalgo desterrado
"la voluntad y la ofrenda,
"y que en este don pequeño
"solamente tome en cuenta
"que es comprado de los moros
"a precio de sangre buena;
"que con mi espada en dos años
"le he ganado yo más tierras
"que le dejó el Rey Fernando,
"su padre, que en gloria sea;
"que en feudo dello lo tome
"y que no juzgue a soberbia
"que con parias de otros Reyes
"pague yo a mi Rey mis deudas;
"pues que él como señor
"me pudo quitar mi hacienda,
"bien puedo yo como pobre
"pagar con hacienda ajena;
"y que juzgue que en su dicha
"son delante mis enseñas
"millaradas de enemigos
"como ante el sol las tinieblas;
"y espero en Dios que mi brazo
"ha de hacello rico, mientras
"la mano aprieta a Tizona

"y el talón fiere a Babieca;
"y en tanto mis envidiosos
"descansen, mientras le sea
"firme muralla mi pecho
"de su vida y de sus tierras;
"y entreténganse en palacio,
"y guárdense no me vendan,
"que del tropel de los moros
"soltaré una vez la presa
"y llegarán su avenida
"a ver entre sus almenas;
"y defiendan bien sus honras
"como manchan las ajenas;
"y si les diere en los ojos
"lo que les dió en las orejas,
"verán que el Cid no es tan malo
"como son sus obras buenas,
"y si sirven a su Rey
"en la paz como en la guerra
"mentirosos lisonjeros
"con la espada o con la lengua;
"y verá el buen Rey Alfonso
"si son de Burgos las fuerzas,
"los caminos de ladrillo
"o los ánimos de piedra;
"que le suplico permita
"se pongan esas banderas
"a los ojos del glorioso
"mi Príncipe de la Iglesia,
"en señal que con su ayuda
"apenas enhiestas quedan
"en toda España otras tantas,
"y ya me parto por ellas;
"y le suplico me envíe
"mis fijas y mi Jimena,
"desta alma sola afligida

"regaladas dulces prendas;
"que si no mi soledad,
"la suya al menos le duela,
"porque de mi gloria goce
"ganada en tan larga ausencia."
Mirad, Alvaro, no erréis,
que en cada razón de aquestas
lleváis delante del Rey
mi descargo y mi limpieza.
Decidlo con libertad,
que bien sé que habrá en la rueda
quien mis pensamientos mida
y vuesas palabras mesmas.
Procurad que aunque les pese,
a los que mi bien les pesa,
no lleven más que la envidia
de mí, de vos ni de ellas;
y si en mi Valencia amada
no me halláreis a la vuelta,
peleando me hallarédes
con los moros de Consuegra.

·75

Llegó Alvar Fáñez a Burgos
a llevar al Rey la empresa
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Entró a besarle la mano
después de darle licencia,
y puesto ante él de rodillas
este recaudo comienza:
—Poderoso Rey Alfonso,
reciba vuesa grandeza
de un fidalgo desterrado
la voluntad y la ofrenda.

Don Rodrigo de Vivar,
fuerte muro en tu defensa,
por envidia desterrado
de su casa y de su tierra,
pide que con libertad
hable puesto en su defensa
y así quiero, por no errar,
decir sus palabras mesmas.
Dice: "Que este don pequeño
"tomes solamente en cuenta,
"que es ganado de los moros
"a precio de sangre buena;
"que con su espada en dos años
"te ha ganado el Cid más tierras
"que te dejó el Rey Fernando,
"tu padre, que en gloria sea;
"que en feudo desto lo tomes
"y no juzgues a soberbia
"que con parias de otros Reyes
"él pague a su Rey sus deudas;
"y pues tú como señor
"le quitaste su facienda,
"que bien puede como pobre
"pagar con facienda ajena.
"Que fíes en Dios y en él,
"que te ha de hacer rico, mientras
"la mano aprieta a Tizona
"y el talón hiere a Babieca;
"y que gustes que en San Pedro
"se pongan estas banderas
"a los ojos del glorioso
"Gran Príncipe de la Iglesia,
"en señal que con su ayuda
"apenas enhiestas quedan
"en toda España otras tantas,
"y ya se parte por ellas;

"que te suplica le envíes
"sus fijas y su Jimena,
"del alma triste afligida
"regaladas dulces prendas.
"Y si no su soledad,
"la suya al menos te duela,
"para que su gloria goce
"ganada en tan larga ausencia."
No quisiera haber errado,
que en cada palabra destas
te traigo, Rey, de Rodrigo
su descargo y su limpieza.—
Apenas dió la embajada,
cuando la envidia revienta
de envidiosos lisonjeros
y coredores de orejas.
Movióse un conde agraviado
y díjole al Rey: —Tu alteza
no dé crédito a estas cosas,
que son engaños que ceban.
Querrá ahora el Cid Rodrigo
con esto que te presenta,
venirse a Burgos mañana
a confirmar tus ofensas.—
Caló Alvar Fáñez la gorra,
y empuñando en la derecha,
tartamudo de coraje,
le dió al Conde esta respuesta:
—Nadie se mude ni hable,
y el que se moviere atienda
que le fabla el Cid presente,
pues yo lo soy en su ausencia;
y cuando en mi pobre esfuerzo
cupiere alguna flaqueza,
la gran firmeza del Cid
me ayuda desde Valencia.

No le venda ningún falso
ni sus lisonjas le vendan,
que de él y de mí, en su nombre,
no aseguro la cabeza.
Y tú, Rey, que las lisonjas
acomodas y aprovechas,
haz de lisonjas murallas,
y verás cómo pelean.
Perdona que con enojo
pierdo el respeto a tu alteza,
y dame, si me has de dar.
del Cid las queridas prendas.
A doña Jimena digo,
y a sus dos hijas con ella,
pues te ofrezco su rescate
como si estuvieran presas.—
Levantóse el Rey Alfonso
y a Alvar Fáñez pide y ruega
que se sosiegue, y los dos
vayan a ver a Jimena.

76

"El vasallo desleale,
"el desterrado, el traidor,
"el que non cupo en Castilla
"magüer que en ella nació,
"el aviltado de todos,
"y más que dellos de vos,
"el que de sí non se miembra
"por tratar de vuestro pro,
"el que de vuesos denuestos
"ya non se le acuerda, non,
"desde Valencia os envía
"salud: otórgueosla Dios.
"Non satisface los tuertos

"que le fiscísteis, señor,
"pues dellos ha resultado
"vuestro provecho y su honor.
"Sus maldiciones perdona,
"aunque indignos de perdón,
"que los divinos secretos
"tienen asaz gran fondón;
"que por donde el home cuida
"que amaga su perdición,
"viene su pro a las vegadas;
"¡mirad, pues, cuán altos son!
"Yo fablaré de experiencia,
"y sé a quien le fizo el loor
"y a vos, Rey, alguna parte,
"instrumento con que obró.
"En ese arquetón de plata
"vos endono un rico don;
"estimadlo, Alfonso, en mucho,
"que merece estimación.
"Cinco coronas van ende,
"cada con su real pendón;
"cinco cetros de oro puro,
"que de cinco Reyes son;
"cinco llaves van también,
"que como rey y señor
"vos entrega el vuestro siervo;
"non lo ficiera un traidor.
"Chantadlas en vueso escudo,
"que non menguaréis de honor;
"¡farta sangre asaz me cuesta
"su prolija aquistación!
"Non déis nada al mandadero,
"que ya le he pagado yo,
"que es Alvar Fáñez Minaya,
"un sirviente de mi pro;
"conocedle, señor Rey,

"y fabladle con amor,
"ya que yo no he alcanzado
"este agasajo de vos;
"que el buen fablar en los Reyes
"cuesta muy poco, señor,
"y face vasallos leales,
"lo que non face el temor;
"que non el temor y amores
"comen en un plato, non,
"y el temido, pocas veces
"fué amado de corazón.
"Diréis que aqueste Rodrigo
"siempre fué aconsejador,
"y aina os dirán los tiempos
"si tenéis otro mejor;
"que non soy tan mal vasallo
"que con muchos como yo
"non restaurara de presto
"lo que el Rey godo perdió.
"gocéis lo que os doy mil años,
"que hoy vos pongo en posesión
"non quiero para mí nada,
"sólo escucho vuestro amor,
"y que por la mi Jimena,
"que es dueña de gran valor,
"miredes, y por mis fijas.
"Sólo vos pido este don
"en pago de mis servicios
"si merecen galardón,
"que non vos será afanoso
"cumplir vuestra obligación."

77

Victorioso vuelve el Cid
a San Pedro de Cerdeña
de las guerras que ha tenido

con los moros de Valencia.
Las trompetas van sonando
por dar aviso que llega,
y entre todos se señala
el relincho de Babieca.

El abad y monjes salen
a recibirlo a la puerta,
dando alabanzas a Dios
y al Cid mil enhorabuenas.
Apeóse del caballo,
y antes de entrar en la iglesia,
tomó el pendón en sus manos
y dice de esta manera:

"Salí de ti, templo santo,
desterrado de mi tierra;
mas ya vuelvo a visitarte
acogido en las ajenas.
Desterróme el Rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto dellas,
pues como leal vasallo
saqué a mi Rey de sospecha.

¡Oh envidiosos castellanos,
cuán mal pagáis la defensa
que tuvísteis en mi espada
ensanchando vuestra cerca!
Véis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras mías,
aunque me echéis de las vuestras;
pudiera dárselo a extraños,
mas para cosas tan feas

soy Rodrigo de Vivar,
castellano a las derechas.

78

Aquese famoso Cid
con gran razón es loado;
ganada tiene a Valencia,
de moros la ha conquistado;
en ella está su mujer,
fija del Conde Lozano.
Doña Sol y doña Elvira
poco ha que habían llegado
de San Pedro de Cerdeña,
do el Cid las había dejado.
Estando el Cid a placer
nuevas le habían llegado
que el gran Miramamolín,
Rey de Túnez coronado,
venía a se la quitar
con gran gente de a caballo:
cincuenta mil eran éstos,
los de a pie no tienen cabo.
El Cid, como era valiente
y en armas tan aprobado,
basteció bien los castillos,
y en todo puso recaudo;
esforzó sus caballeros
como lo había acostumbrado.
Subiera a doña Jimena
y a sus fijas en su cabo,
en una torre más alta
que en el alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar,
los moros están mirando,
viendo cómo armaban tiendas

a gran priesa y gran cuidado.
Alrededor de Valencia
grandes alaridos dando,
tañendo sus atambores
los aires van penetrando.
Doña Jimena y sus fijas
gran pavor habían cobrado,
porque jamás habían visto
tantas gentes en un campo.
Esforzábales el Cid,
de aquesta suerte fablando:
—No temáis, doña Jimena
y fijas que tanto amo;
mientras que yo fuere vivo
de nada tengáis cuidado,
que los moros que aquí vedes
vencidos habrán quedado,
y con el su gran haber,
fijas, os habré casado;
que cuantos más son los moros,
más ganancia habrán dejado,
y las bocinas que traen,
y ante vos se habían tocado,
servirán para la Iglesia
deste pueblo valenciano.—
Viendo entonces que los moros
por las puertas han entrado
derramados y esparcidos,
sin orden y a mal recaudo,
a don Alvar Salvadores
le dijo: —Sed luego armado;
tomaréis doscientos homes
de a caballo aderezados,
y haced una espolonada
contra los perros paganos,
porque Jimena y sus fijas

vean que sois esforzado.—
Salvadores lo cumpliera
como el Cid lo había mandado;
dió de tropel en los moros,
de las huertas los ha echado;
firiendo iban en ellos,
firiendo van y matando
hasta dentro de las tiendas
que los moros han armado.
De allí se tornaron todos,
doscientos moros matando.
Preso queda Salvadores,
que por ser aventajado
se metió tanto en los moros,
que lo habían cautivado;
sacóle el Cid otro día,
los moros desbaratando.

79

Ya se salen de Valencia
con el buen Cid castellano
sus gentes, bien ordenadas,
las de a pie y las de a caballo;
su seña lleva tenida
Bermúdez el esforzado;
por la puerta la Culebra
salían todos al campo;
don Jerónimo, arzobispo,
delante va bien armado;
para contra el moro Rey
Miramamolín llamado,
que venía contra el Cid
a le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
trae el moro a su mandado;

las haces muy ordenadas,
ambas se habían juntado.
Como los moros son muchos,
y tan pocos los cristianos,
tiénenlos en grande aprieto;
mas el buen Cid ha llegado
a grandes voces diciendo,
en Babieca cabalgando:
—¡Dios, ayuda, y Santiago!—
Firiendo van en los moros,
firiendo van y matando.
Grande favor había el Cid
verse bien encabalgado
en su caballo Babieca,
y el brazo lleva bañado
en la sangre de los moros
fasta el codo ensangrentado.
No hiere más que una vez
al moro que osa aguardallo.
Fuido han, en fin, los moros,
y el campo les han dejado;
mas yendo en su seguimiento
con el Rey moro había dado.
Tres veces ya lo había herido,
mas el moro es bien armado,
y el caballo del buen Cid
mucho adelante ha pasado,
y cuando tornara al moro
mucha tierra le ha cobrado.
No lo pudiera alcanzar,
en un castillo se ha entrado.
De las gentes que traía
solamente habían quedado
no más de mil y quinientos,
los más muerto y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid

de oro, y plata, y de caballos,
y una tienda, la más rica
que se viera entre cristiano.
A don Alvar Salvadores
en la tienda lo ha hallado,
de lo cual se alegró el Cid,
y a Valencia se ha tornado.
Y Jimena con sus fijas
gran placer habían tomado.

80

Considerando los Condes
lo que el de Vivar vale,
y que su fama se aumenta
por las fazañas que face,
al Rey Don Alfonso piden
que con sus fijas les case,
porque ser yernos del Cid
es bien que puede estimarse.
El Rey, por facelles bien,
luego le envió un mensaje
que se viniese a Requena
para que con él lo trate.
Rodrigo, vista la nueva,
dió dello a Jimena parte;
que en tal caso las mujeres
suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó dello,
y dijo al Cid: —No me place
de emparentar con los Condes,
magüer sean de linaje;
mas fágase ende, Rodrigo,
lo que a vos más os agrade,
que no hay mengua de consejo
do está el Rey y vos estades.—

Rodrigo partió a Requena,
y también el Rey se parte,
juntamente con los Condes,
porque el Cid los vea y fable.
Después de dicha una misa,
delante del Rey y los grandes
por don Jerónimo, obispo,
con muchas solemnidades,
el Rey al Cid apartó
de todos los circunstantes
y estas palabras propuso,
con gravedoso semblante:
—Bien sabedes, don Rodrigo,
que os tengo amor asaz grande,
y por vuesas cosas cuido
con solicitud bastante;
por ende habéis de saber
que fice aqueste viaje
por fablaros de un negocio,
que importa con vos se fable.
Los Condes de Carrión
me han rogado que vos trate
en que les déis vuesas fijas,
y que con ellas los case;
que estarán agradecidos
si esta merced se les face,
porque es gran razón se estimen
fijas que son de tal padre.
Codician vuesa amistad,
atienden al trato afable,
aman mucho vuesas cosas,
y estiman a vuesa sangre.—
Agradeció el Cid entonces
al Rey la merced tan grande,
y díjole se sirviese
de todo lo que a él tocase;

que de él, de fijas, de haberes
ficiese lo que él mandase;
que él no casaba a sus fijas,
mas las da que se las case.
Dióle el Rey gracias por ello
y mandó les entregasen
ocho mil marcos de plata
para el día en que se casen;
y al tío de las doncellas,
que era el buen don Alvar Fáñez,
mandó el Rey que las tuviese
fasta que se desposasen.
Luego el Rey llamó a los Condes,
y mandó que le besasen
las manos al Cid Ruy Díaz,
y le fagan homenaje.
Ficiéronlo así los Condes
delante el Rey y los grandes,
y convidó el Cid a todos
porque en sus bodas se hallen.
Partióse el Rey a Castilla,
y el de Vivár con él parte,
y a dos leguas mandó el Rey
que no pasen adelante.
Fuése Rodrigo a Valencia,
donde quiso se juntasen
los condes y caballeros,
porque las bodas se acaben.
Cuando el Cid los vido juntos,
díjole a don Alvar Fáñez
que lo que el Rey le mandó
luego al punto efectuase;
que trajese a sus sobrinas,
y que a los Condes o Infantes
que llaman de Carrión
al punto las entregasen.

Diéronselas, y los Condes,
con amorosas señales,
dieron muestras del contento
que deste suceso nace,
porque es tan fuerte el amor,
y son sus efectos tales,
que lo publican los ojos,
aunque la lengua lo calle.
Fizo el Obispo su oficio,
dió bendiciones y paces,
hubo fiestas ocho días
de cañas, toros y bailes;
dió grandes dones el Cid
a los Condes y magnates,
que aquel que es grande en sus fechos
suele ser en todo grande.

81

Acabado de yantar,
la faz en somo la mano,
durmiendo está el señor Cid
en el su preciso escaño.
Guardándole están el sueño
sus yernos Diego y Fernando,
y el tartajoso Bermudo,
en lides determinado.
Fablando están juglerías,
cada cual para hablar pasó,
y por soportar la risa
puesta la mano en los labios,
cuando unas voces oyeron
que atronaban el palacio,
diciendo: —¡Guarda el león!
¡Mal muera quien lo ha soltado!—

No se turbó don Bermudo
empero los dos hermanos,
con la cuita del pavor
de la risa se olvidaron,
y esforzándose las voces
en puridad se hablaron,
y aconsejáronse aprisa,
que no fuyesen despacio.
El menor, Fernán González,
dió principio al fecho malo:
en zaga el Cid se escondió
bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
se escondió a trecho más largo
en un lugar tan lijoso
que no puede ser contado.
Entró gritando el gentío,
y el león entró bramando,
a quien Bermudo atendió
con el estoque en la mano,
Aquí dió una voz el Cid,
a quien, como por milagro,
se humilló la bestia fiera,
humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
y al cuello le echó los brazos,
y llevólo a la leonera
faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
viendo lo tal no catando
que ambos eran leones,
mas el Cid era el más bravo.
Vuelto, pues, a la su sala,
alegre y no demudado,
preguntó por sus dos yernos,
su maldad adivinando.

Bermudo le respondió:
—Del uno os daré recaudo,
que aquí se agachó por ver
si el león es cembra o macho.—
Allí entró Martín Peláez,
aquel tímido asturiano,
diciendo a voces: —Señor,
albricias, ya lo han sacado.—
El Cid replicó: —¿A quién?—
El respondió: —Al otro hermano,
que se sumió, de pavor,
do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, do viene,
empero, faceos a un lado
que habéis, para estar par dél,
menester un incensario.—
Desenjaularon al uno,
metieron otro del brazo,
manchados de cosas malas
de boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid,
a uno y a otro mirando,
reventando por fablar.
y por callar reventando.
Al cabo soltó la voz
el soberbio castellano,
y los denuestos les dijo
que vos contaré despacio.

82

—Non quisiera, yernos míos,
haber visto tal guisado,
cual el deste mal suceso,
magüer cuido algún gran daño.
¿Son éstas ropas de bodas?

¡Haya mal grado el diablo!
¿Qué pavor ha sido el vuestro,
que habéis fecho tal recaudo?
Teniendo las vuestras armas,
¿por qué fugísteis entrambos?
¿Non estábades conmigo
para siquiera mirallo?
Pedísteis al Rey mis fijas
cuidando de valer algo;
non fice mi voluntad,
mas fice en él su mandado.
¿Vosotros sedes los novios
para mi vejez guardados?
¡Buena vejez me darédes
siendo tan afeminados!
No quiero pasar de aquí,
que si miro lo pasado,
reviento de pesadumbre
considerando este caso.—
Estas palabras el Cid
les dijo muy enojado,
por haber así fuído
del león los dos hermanos.
Agraviáronse los Condes,
y con él quedan odiados.

83

—Si de mortales feridas
fincare muerto en la guerra,
llevadme, Jimena mía,
a San Pedro de Cerdeña;
y así buena andanza hayades
que me fagades la huesa
junto al altar de Santiago,
amparo de lides nuesas.

Non me curedes plañir,
porque la mi gente buena
viendo que falta mi brazo
non fuya y deje mi tierra.
Non vos conozcan los moros
en vuestro pecho flaqueza,
sino que aquí griten armas,
y allí me fagan obsequias;
y la Tizona que adorna
esta mi mano derecha,
non pierda de su derecho,
ni venga a manos de fembra.
Y si permitiere Dios
que el mi caballo Babieca
fincare sin su señor
y llamare a vuesa puerta,
abridle y acariñadle
y dadle ración entera,
que quien sirve a buen señor,
buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
el peto, espaldar y grevas,
brazal, celada y manoplas,
escudo, lanza y espuelas;
y puesto que rompe el día
y me dan los moros priesa,
dadme vuesa bendición
y fincad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
de los muros de Valencia
a dar la batalla a Búcar.
¡Plegue a Dios que con bien vuelva!

84

La venida del Rey Búcar
a la ciudad de Valencia

está consultando el Cid
con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta fabla
han entrado por la puerta
sus yernos, disimulando
la traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
a la su mano derecha,
él temblando de atrevido,
y ellos tiemblan de flaqueza,
que los ánimos cobardes
carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
toda la gente trae nuevas
con cajas, pífanos, trompas,
de cómo los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
a una torre tan soberbia
como son sus pensamientos,
que igualan a las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
en las soberbias almenas,
miraba al Rey, que ha llegado
con el ejército y tiendas,
de que sus cobardes yernos
ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
que un recaudo del Rey llega;
bajóse por recebillo,
sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
atiende el Cid con prudencia,
y turbado de su aspecto
le dice desta manera:
—El Rey Búcar, mi señor,

ha venido de su tierra
a deshacer el gran tuerto
con que tú le tienes ésta.
Envíatele a pedir,
y en viendo que no la dejas,
te apercibe a la batalla.
y procura defendella.—
Oídas estas razones,
no faciendo dellas cuenta,
alegre responde el Cid
mostrando mucha clemencia:
—Dile al Rey que se aperciba,
que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho
y no pienso salir della,
porque he pasado en ganalla
muy grandes cuitas y penas.
Gracias infinitas doy
a la infinita grandeza
que me otorgó la victoria
en tan peligrosa guerra;
a solo Dios lo agradezco,
y a la sangre y gente buena
de mis parientes y amigos,
que también mucho les cuesta.—
El moro se despidió,
cobarde en ver su presencia,
y temeroso de oírle,
al Rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando,
cosas sobre esta facienda,
y conoció de sus yernos
la cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
porque no prueben sus fuerzas;
ellos, temerosos desto,

corridos de tal afrenta,
le dicen que han de ir con él
a tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
sus haces trazan y ordenan;
todos salen al real,
y el Cid con tanta braveza,
que los moros, temerosos,
sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
la batalla se comienza,
animándoles Rodrigo,
que lleva la delantera;
con su gente puesta en orden
la batalla les presenta.
Embístense ambas las partes,
y en la batalla sangrienta
diez y ocho reyes prende,
y a todos ellos prendiera;
mas poniendo a los pies alas,
desembarazan la tierra,
y aunque costó mucha sangre
durando tan grande pieza,
la victoria llevó el Cid.
y con ella entró en Valencia.
Recibíólo la ciudad
con aplauso y buena estrena,
deséanle mil saludes
para su amparo y defensa;
y él, contento y muy alegre,
se va a ver a su Jimena.

85

—Tirad, fidalgos, tirad
a vuestro trotón el freno,
que en fuir de aqueste modo

mostráis el pavor del pecho.
De un home solo fuís;
mirad que no es de homes buenos
fuir en tal lid de un moro
donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir,
como buen fidalgo, a fierro,
non viváis entre fidalgos
que fincan continuos muertos.
Tornadvos luego a Valencia,
que si non facéis más que eso,
también saldrán a lidiar
las damas que quedan dentro.
¡Mal andanza vos dé Dios!
Pues con aspecto tan feo
así en público fuís,
¿qué vos dirán en secreto?
¡Mal la doctrina tomastes
de mi tío, vuestro suegro,
pues non mancháis la Tizona,
deshonrando el honor viejo!
Decides que sois fidalgos:
¡pues yo vos juro a San Pedro,
que tales desaguisados
non facen fidalgos buenos!
Las armas traéis doradas,
non las regaléis, mancebos,
porque son fierros dorados
que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
del moro que yace muerto,
y decid que le vencísteis,
que de callar os prometo.
Galanes sois entre damas,
sed valientes entre perros,
porque non digan de vos

a los que os han parentesco.
Y adiós, que quiero partirme,
porque el Cid mi tío es viejo,
y le quiero ir a ayudar,
pues no le ayudan sus yernos.—
Esto dijo el buen Bermúdez
porque el Infante don Diego
en la Vega de Valencia
fuyó de un moro gran trecho.

86

Hélo, hélo por do viene
el moro por la calzada,
caballero a la jineta
encima una llegua baya;
borceguíes marroquíes
y espuela de oro calzada,
una adarga ante los pechos
y en su mano una azagaya.
Mira y dice a esa Valencia:
—¡De mal fuego seas quemada!—
Primero fuiste de moros
que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente,
a moros serás tornada,
y a aquel perro de aquel Cid
prenderélo por la barba;
su mujer doña Jimena
será de mí captivada,
y su hija Urraca Hernández
será la mi enamorada;
después que yo harto della
la entregaré a mis compañas. —
El buen Cid no está tan lejos
que todo no lo escuchara.

—Venid vos acá, mi fija,
mi fija doña Urraca;
dejad las ropas continas,
y vestid ropas de Pascua;
a aquel moro hi-de-perro
detiénemelo en palabras,
mientras yo ensillo a Babieca
y me ciño la mi espada.—
La doncella muy fermosa
se paró a una ventana:
el moro, desque la vido,
desta suerte la fablara:
—¡Alá te guarde, señora,
mi señora doña Urraca!
—¡Así faga a vos, señor,
buena sea vuestra llegada!
Siete años ha, Rey, siete,
que soy vuestra enamorada.
—Otros tantos ha, señora,
que os tengo dentro de mi alma. —
Ellos estando en aquesto,
el buen Cid ya se asomaba.
—Adiós, adiós, mi señora,
la mi linda enamorada,
que del caballo Babieca
yo bien oigo la patada.—
Do la yegua pone el pie
Babieca pone la pata;
el Cid fablara al caballo,
bien oiréis lo que fablaba :
—¡Reventar debía la madre
que a su hijo no esperaba!—
Siete vueltas la rodea
al derredor de una jara;
la yegua, que era ligera,
muy adelante pasaba

fasta llegar cabe un río
adonde una barca estaba.
El moro, desque la vido,
con ella bien se folgaba;
grandes gritos da al barquero
que le allegase la barca;
el barquero es diligente,
túvosela aparejada;
embarcóse presto en ella,
que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado,
el buen Cid se llegó al agua,
y por ver al moro en salvo
de tristeza reventaba;
mas con la furia que tiene
una lanza le arrojaba,
y dijo: —Coged, mi yerno,
arrecogedme esa lanza,
que quizá tiempo verná
que os será bien demandada!

87

De concierto están los condes
hermanos Diego y Fernando;
afrentar quieren al Cid
y han muy gran traición armado.
Quieren volverse a sus tierras,
sus mujeres demandando,
y luego les dice el Cid
cuando las hubo entregado:
—Mirad, yerno, que tratedes
como a dueñas hijosdalgo
mis hijas, porque a vosotros
por mujeres las he dado.—

Ellos ambos les prometen
de obedecer su mandado.—
Ya cabalgaban los Condes,
y el buen Cid ya está a caballo
con todos sus caballeros
que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
van riendo y festejando;
por espacio de una legua
el Cid los ha acompañado;
cuando dellas se despide
lágrimas le van saltando.
Como hombre que ya sospecha
la gran traición que han armado,
manda que vaya tras ellos
Alvar Fáñez, su criado.
Vuélvese el Cid y su gente,
y los Condes van de largo.
Andando con muy gran priesa
en un monte habían entrado
muy espeso y muy oscuro,
de altos árboles poblado,
Mandan ir toda su gente
adelante muy gran rato;
quédanse con sus mujeres
tan sólo Diego y Fernando.
De sus caballos se apean
y las riendas han quitado.
Sus mujeres que lo ven,
muy gran llanto han levantado;
apéanlas de las mulas
cada cual para su lado;
como las parió su madre
ambas las han desnudado.
y luego a sendas encinas
las han fuertemente atado.

Cada uno azota la suya
con riendas de su caballo;
la sangre que dellas corre
el campo tiene bañado;
mas no contentos con esto,
allí se las han dejado.
Su primo, que las hallara,
como hombre muy enojado
a buscar los Condes iba;
y como no los ha hallado,
volvióse presto para ellas,
muy pensativo y turbado;
en casa de un labrador
allí se las ha dejado.
Váse para el Cid su tío,
todo se lo ha contado;
con muy gran caballería
por ellas ha enviado.
De aquesta tan grande afrenta
el Cid al Rey se ha quejado;
el Rey, como aquesto vido,
tres Cortes había armado.

88

Al cielo piden justicia
de los Condes de Carrión
ambas las fijas del Cid,
doña Elvira y doña Sol.
A sendos robles atadas
dan gritos que es compasión,
y no las responde nadie
sino el eco de su voz.
El menosprecio y la afrenta
sienten, que las llagas non;
que es dolor a par de muerte

en la mujer un baldón.
Tal fuerza tiene consigo
la verdad y la razón,
que hallan en los montes gentes
y en las fieras compasión.
A los lamentos que hacen
por allí pasó un pastor,
por donde no puso pie
cosa humana si ahora non.
Dánle voces que se acerque,
y él no osa de pavor,
que son hijos de ignorancia
el empacho y el temor.
—Por Dios te rogamos, home,
que hayas de non compasión.
Así tus ganados vayan
siempre de bien en mejor;
nunca les falten las aguas
en el estío y calor,
las hierbas no se les sequen
con la helada y con el sol;
tus tiernos fijuelos veas
criados en bendición,
y peines tus blancas canas
sin dolencia ni lesión,
que desates nuestras manos,
pues que las tuyas no son
como las que nos ataron,
de malicia y traición.—
Estando en estas palabras
el buen Ordoño llegó
en hábito de romero,
de orden del Cid su señor;
prestamente las desata
disimulando el dolor.
Ellas que lo conocieron,

juntas lo abrazan las dos.
Llorando las dice: —Primas,
secretos del cielo son,
cuya voz y cuya causa
está reservada a Dios.
No tuvo la culpa el Cid,
que el Rey se lo aconsejó;
mas buen padre tenéis, dueñas,
que vuelva por vueso honor.

89

—¡Atended a la mi fabla,
aleves yernos del Cid,
cobardes como traidores,
que siempre es cobarde un vil.
¿Homes buenos sois vosotros?
Non sois, sí canalla ruin,
que el Cid en sus fechorías
da desmostración de sí.
Non fuyáis, aleves Condes,
que non vos valdrá el fuir,
que es águila la venganza
cuando el agravio es neblí.
Un home solo os va en zaga,
non fuyáis, facelde huir;
¡mas es la razón gigante
que se acompaña con mil!
Volved, que no me desmayan
las espadas que ceñís,
que el Cid las cubrió de sangre,
pero vosotros de orín.
Sus dos fijas le azotásteis,
pero fué tuerto que, al fin,
al Cid ofendéis y a Dios,
al Rey Alfonso y a mí.

Todos cuatro son leones,
y más bravos si advertís
que tomarán la venganza
sin pasta ni menjuí.—
Desta suerte a los Infantes,
dando rienda a su rocín,
los sigue el valiente Ordoño,
el buen sobrino del Cid.

90

—Elvira, soltá el puñal,
doña Sol, tiradvos fuera.
non me tengades el brazo,
dejadme, doña Jimena;
non me tolláis el rencor,
que me empacha la vergüenza,
que todas mis fechorías
manchen mis suertes siniestras.
¡A mis fijas, falsos Condes,
y a mi acatadas dueñas,
canes, facéis tales tuertos,
tenudas en lueñas tierras!
¡A mí, que vos di humildoso
mis fijas, cuando os las diera
de mil pulidas garnachas
guarnidas y ricas prendas!
Endonévos mis espadas,
lo mejor de mi facienda,
y en dos mil maravedís
me empeñara yo en Valencia;
cadenas de oro de Arabia
con buenos ingenios fechas,
que en la su mandadería
me enviara el Rey de Persia;
caballos os di ruanos,

y para en plaza seis yeguas;
sendas capas de Contray
con los aforros de felpa.
¡Y en pago de mis fiducias,
y en pago de mis recuestas,
me las enviades, Condes,
azotadas sin vergüenza,
sus albos cuerpos, desnudos,
ligadas sus manos bellas,
sus crenchas, desmelenadas,
sus tristes carnes, abiertas!

¡Voto hago al Pescador
que gobierna nuestra Iglesia,
y mal grado haya con él
cuando le fable en Cerdeña,
si en Fromesta y Carrión,
Torquemada y Valenzuela,
villas de vuesos condados,
queda piedra sobre piedra!

Antolínez testimonio,
Peláez vino con ellas;
yo vos pondré la caluña
tal, que atemorice en vella;
que con ella y mi razón,
ellos y sus parentelas
han de fincar a mis manos,
a mis agravios desfechas.

Camperos tiene el buen Rey
que vos apañen y prendan;
fágame justicia en todo
y tendré mi espada queda.—

Esto fabló y dijo el Cid,
y cabalgando en Babieca
partió de Valencia a Burgos,
a dar al Rey su querella.

91

Lloraba doña Jimena
a sus solas con el Cid
la afrenta de sus dos fijas,
y así comenzó a decir:
—¿Cómo es posible, señor,
siendo tímido en la lid,
que os afrentasen dos homes,
no siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
ver que a mi padre perdí
por ser vos tan vengativo
en las cosas que sentís.
Considerad vuesas fijas
aquesas que yo parí,
que non son fijas prestadas,
sinon de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes
y que esa gente ruin
non se atreva a facer tal
sabiendo que sois el Cid,
pues no faltará salida
para poderse eximir.
¡Si es bien que aquesto sintades,
farto os he dicho, sentid!

92

Asida está del estribo
la noble Jimena Gómez,
y en tanto que al Cid le habla
el Cid su gabán compone.
—Mirad, le dice, señor,
que la sangre de aquel Conde
que matásteis bueno a bueno.

que la venguéis como noble.
A las Cortes váis, buen Cid,
y a lo que os lleva a la corte
ha de dar corte la espada,
porque no tiene otro corte.
Al Rey habrán prevenido
y a sus amigos los Condes,
que es de cobardes muy propio
socorrerse de invenciones.
No acetéis del Rey Alfonso
excusas, ruegos ni dones;
que mal se cubre una injuria
con afeite de razones.
Considerad vuesas fijas
amarradas a dos robles,
de quien hoy tiemblan las hojas,
condolidas de sus voces;
y mirad de aquella ofensa
contra mi fecha en el monte,
descubre en vos las señales
y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
que son los competidores
crueles, como cobardes,
como cobardes, traidores.
Yo sé bien que váis seguro
si no fuere de traiciones,
que atrevidos con mujeres
nunca lo son con los hombres.
No entréis, señor, en batalla,
que menguáis vuestros blasones
honrando con vuesa espada
una sangre tan enorme.
El que venció a tantos Reyes
no se iguale aquestos homes,
que relinchos de Babieca

han vencido otros mejores.
Cobrad vuesas dos espadas
para Bermudo y Ordóñez,
que ellos pondrán en sus filos
el uso de vuesos golpes.
Sacará del fuego mío
la Tizona los tizones,
y la famosa Colada
la mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
que a mi venganza se ponen,
desde luego la esperanza
me promete alegres dones.
—Así suceda, Jimena,
el famoso Cid responde,
y abajando la cabeza
picó a Babieca y partióse.

93

Recibiendo el alborada
que viene a alegrar la tierra,
tocaban a recoger
seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
el buen Cid, su gente apresta
para partir a Toledo,
que a Cortes el Rey le espera.
Ya la plaza del palacio
está de gente cubierta,
de escuderos y fidalgos
esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
ya está en medio la escalera,
y sálenle a acompañar
sus dos fijas y Jimena.

Abrázalas cortésmente,
y ruégales que se vuelvan,
que en ver presentes sus fijas
tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguán
donde estaba su Babieca,
que de ver triste a su amo
casi siente su tristeza.
Salió en cuerpo hasta la plaza
armado con armas negras,
sembradas de cruces de oro,
desde la gola a las grevas.
Vió su gente tan lucida,
y en la ventana a Jimena,
y por facer lozanía
puso al caballo las piernas,
llevó los ojos de todos,
y al cabo de la carrera
quitó a Jimena la gorra
y tocaron las trompetas.
Todos siguieron tras él,
¡cuán lucida gente lleva!,
pues alegre el sol de vellos
en las almas reverbera.
Caminan por sus jornadas
y a la vista de Requena
detuvo la rienda el Cid,
que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
que allí fué la vez primera
que le llamó el Sexto Alfonso
estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
levantando la visera
y afirmado en los estribos,
le dice desta manera:

—Teatro de mi deshonra,
do se hizo la tragedia
en que mis aleves yernos
fueron los autores della:
principio de mi desdicha,
do sin ser jueves de Cena
comieron con faz doblada
ambos Judas a mi mesa;
al Rey vo a pedir justicia,
ruego a Dios que no la tuerza;
que a postre de mi venganza
no estaréis en mi frontera.—
Y llevado de furor
puso al caballo las piernas
contra la flaca muralla,
que de verle airado tiembla.

94

Tres Cortes armara el Rey,
todas tres a una sazón,
las unas armara en Burgos,
las otras armó en León,
las otras armó en Toledo,
donde los hidalgos son,
para cumplir de justicia
al chico con el mayor.
Treinta días da de plazo,
treinta días, que más non,
y el que a la postre viniese
que lo diesen por traidor.
Veinte y nueve son pasados,
los Condes llegados son;
treinta días son pasados,
y el buen Cid non viene, non.
Allí hablaran los Condes:

—Señor, dadlo por traidor.—
Respondiérales el Rey:
—Eso non faría, non,
que el buen Cid es caballero
de batallas vencedor,
pues que en todas las mis Cortes
non lo había otro mejor.—
Ellos en aquesto estando,
el buen Cid allí asomó
con trescientos caballeros;
todos fijosdalgos son,
todos vestidos de un paño,
de un paño y de una color,
si no fuera el buen Cid,
que traía un albornoz;
el albornoz era blanco,
parecía emperador;
capacete en la cabeza,
que relumbra como el sol.
—Dios vos mantenga, buen Rey,
y a vosotros sálveos Dios,
que non fablo yo a los Condes,
que mis enemigos son.—
Allí dijeron los Condes,
fablaron esta razón:
—Non somos fijos de Reyes,
sobrinos de Emperador.
¿Merescimos ser casados
con fijas de un labrador?
Allí fablara el buen Cid,
bien oiréis lo que fabló:
—Convidáraos yo a comer,
buen Rey, tomástelos vos,
y al azar de los manteles
dijísteis esta razón:
que casase yo mis fijas

con los Condes de Carrión.
Diéraos en respuesta
con respeto y con amor:
preguntarélo a su madre,
su madre que las parió,
preguntarlo he yo a su ayo:
buen Cid, non lo fagáis, non,
que los Condes son muy pobres
y tienen gran presunción;
mas por no contradeciros,
buen Rey, ficiéralo yo.
Tres días duró la boda,
que non quisieron más, non;
cien cabezas yo matara
de mi ganado mayor;
de gallinas y capones,
buen Rey, non lo cuento, non.

95

—Años hace, el Rey Alfonso,
que sólo en vuestro servicio
el arambre de Tizona
apenas lo he visto limpio,
y que mi pobre Jimena,
nacida en contrario signo,
fué por mí sola de padre,
como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
el medio lecho vacío,
mientras que yo derribaba
mil estandartes moriscos.
Testigos tengo presentes,
y vos, Rey, sois buen testigo,
que he atropellado más lunas
que el sol ha durado siglos.

Fuí en juveniles años
rayo en vuesos enemigos,
como agora son mis canas
terrero de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
con su nivel y destino,
desde la tierra a su altura,
y desde el cielo a su abismo.
Al pavón le dió los pies,
al águila el corvo pico,
y al león la calentura
porque estén menos altivos.
Dos fijas tengo, señor,
y porque le hurté al serviros
el tiempo del engendrallas,
las engendré con delito.
y vos, Rey, sois buen testigo.
Agraviáronlas traidores,
y por haberse atrevido,
aunque a mi brazo pudiera,
sólo al vueso lo remito.
Dos cobardes las ofenden,
cuyos corazones tibios
al temor hacen altares
y le ofrecen sacrificios.
Carrión les da tributo,
como la fama al olvido,
y por tal yo me querello
de tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
el peso con el cuchillo,
que aunque suyo sea el peso,
el pesar ha de ser mío.
Si la justicia en las armas
falló el natural abrigo,
ya sirvo yo con las unas,

faced justicia y castigo.
Si Dios es justo, y el home
tan obligado a servillo,
en cuanto más le imitare
será más justo y más digno.

96

—Digádesme, aleves Condes,
¿qué fallásteis en mis fijas,
y cuándo tener cuidásteis
dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura con ellas,
los fidalgos de Castilla,
qué baldones vos han dado?
¿En qué vueso honor vos quitan?
Por madre han a mi Jimena
la mi doña Sol y Elvira;
de tal madre, ¿qué enseñanza?
¿Nin qué fembras de tal vida?
En dote vos di con ellas
los haberes que tenía,
y las mis ricas espadas,
que menos falla mi cinta;
mas fambrientas las tenedes,
non yantan como solían,
que siempre fechos cobardes
dan escasas las feridas.
Yo vos las demando, Condes,
ante el Rey, que ende nos mira,
porque a Colada y Tizona
no es bien que aleves las ciñan.
Non son heredadas, non,
sino en batallas tenidas,
de entre lanzas y con sangre
mis armas todas teñidas.

En los robledos de Tormes
me la dejades vertida;
mas la de dueñas atales
ved que varones no estiman.
Non por ende me afrentades,
por ser mis hijas queridas,
que aunque son mi sangre, estaba
en vuesas mujeres mismas.
Con todo, vos reto, Condes,
por facer la sangre limpia;
porque el golpe del agravio
no hay miembro que no lastima.
Tenudo soy a facello
por vuesa honra y la mía;
que la mancha del honor
sólo con sangre se quita.—
Estas palabras el Cid
a sus dos yernos decía,
levantado del escaño,
la mano a la barba asida.

97

—A vosotros, fementidos
condes de villano pecho,
como traidores del Rey
a entrambos juntos vos reto.
Mis fijas os di, traidores,
pero non, que en ello miento,
al Rey las di que las diese
a quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
a él se fizo este avieso,
él las recibió por fijas,
yo a vosotros por mis yernos.
Por ser fecha a mi señor

esta injuria, por él vuelvo,
que el que a vasallos honrados
ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mujeres tenéis manos.
¡Por Dios, bravos caballeros,
si al veros con el Rey Búcar
no fuerais de pies tan prestos!
¡Pero bien dice el refrán
que hay tan valientes guerreros
por los pies, como por manos,
y vosotros sois de aquestos!
¡Oh, cuánto diérais agora
por fallar otros dispuestos,
tales como los fallásteis
cuando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
los que en este pecho siento,
que es un león cada agravio
fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al Rey,
que le veo y le respeto;
¡pero pagarlo héis villanos,
si no es que os subáis al cielo!
Mas non subiréis, cobardes,
que es Dios grande y justiciero,
y no consiente traidores
sin castigo de sus yerros;
cuanto más, que la Colada
y la Tizona yo entiendo
vos serán tal purgatorio,
que vais desta culpa absueltos.

98

En las Cortes de Toledo,
a do yace Alfonso el Sexto,

el Cid le fabla a Bermudo
con muy grande sentimiento:
—¿Non fabláis vos, Pedro mudo?
Fablad, que non estáis muerto.
¿Non sabedes que mis fijas
son vuesas primas en deudo?
Ende más que en su deshonra
mucha parte os cabe dello.—
Mucho le pesó a Bermudo
de lo que el Cid ha propuesto.
Juntóse con Garci Ordóñez,
y desque fué cerca puesto,
le diera tan gran puñada,
que dió con él en el suelo.
Alborótanse las Cortes,
no queda nadie en su asiento;
aquí sacan las espadas,
allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan Cabra,
otros Valencia, otros Reino;
el Rey está ardiendo en ira,
diciendo: —¡Afuera! ¡Tenéos!
Otra vez replicó —¡Afuera!
Sin más audiencia, condeno,
con acuerdo de mi corte
y de mi real consejo,
por los méritos que fallo
que resultan deste pleito,
a los Condes de Carrión
que lidien conforme al reto,
y que el Cid haya cumplido
con dalles tres escuderos,
y los que mejor lidiaren,
ellos salven su derecho.—
Pidieron plazo los Condes
para guisar en el fecho,

y al cabo de ruegos muchos
la noche se puso en medio.
Volvióse el Rey a su casa,
la corte a su alojamiento,
y al salir de los palacios
donde las Cortes se han fecho,
de Navarra y de Aragón
al Rey vienen mensajeros.
Cartas le traen de sus Reyes,
pidiéndole otorgamiento
de las dos fijas del Cid
para dos fijos mancebos.
Don Ramiro el de Navarra
la pide, si bien me acuerdo,
a la mayor doña Elvira,
dueña de virtud y arreo;
a la menor doña Sol
ha pedido el Rey Don Pedro
para su hijo Don Sancho,
de Aragón propio heredero.
Partióse a Valencia el Cid,
ufano, alegre y contento,
desagraviadas sus fijas,
a guisar los casamientos.

99

Ya se parte el Rey Alfonso,
de Toledo se partía
para ir a Carrión,
que los Condes no venían
a lidiar con los del Cid,
que retados los tenía
por la deshonra que hicieron,
aleve y gran villanía,
a las dos fijas del Cid,

doña Sol y doña Elvira.
Consigo llevó los seis
jueces de la tal porfía.
Don Ramón, yerno del Rey,
llevaba en su compañía
y los que habían de lidiar
con los que el aleve hacían.
A Carrión es llegado,
a la vega que ende había;
sus tiendas mandara armar,
los Condes a él venían
con su tío Suer González,
que la gran traición urdía.
Traen consigo sus parientes,
muchos son en demasía;
armados venían todos
de ricas fuertes lorigas,
que entre sí han acordado
que si tiempo se ofrecía
de matar a los del Cid,
de cualquier guisa lo harían,
antes de entrar en la lid,
porque así les convenía.
Los del Cid lo habían sentido
y al Rey, —Señor, le decían,
en vuesa mano y merced
el de Vivar nos ponía;
por eso, señor, pedimos
non consintáis que hoy día
nos fagan desaguisados,
nin tuerto, ni alevosía,
que con la merced de Dios
el Cid vengado sería:
derecho habremos de aquesto,
que Dios nos ayudaría.—

El Rey dijo: —Non temáis,
magüer yo lo proveería.—
Mandó dar luego un pregón
qu'estas palabras decía:
"Quien tuerto o desaguisado
"a los del Cid les ficiese,
"que la cabeza y sus bienes
"allí todo lo perdiese."
El los metiera en el campo
do la lid hacerse había.
Los Infantes y su tío
también al campo acudían;
gran compaña traen consigo
de gente que los seguía;
el Rey, a muy grandes voces,
estas palabras decía:
—Infantes de Carrión,
la lid que hacerse quería,
en Toledo la quisiera,
y non en aquesta villa.
Dijísteis que guarnimientos
a vos allí fallecían;
vine al vueso natural
por faceros cortesía;
los caballeros del Cid
conmigo yo los traía;
en mi fe y en mi verdad
ellos sus vidas ponían.
Condes, yo vos desengaño
a vos y a vuestra valía;
non fagades contra ellos,
lo que hacer non se debía,
que aquel que lo tal ficiese
ya yo mandado tenía
en campo lo despedacen
sin que nadie se lo impida.—

A los Condes les pesó
de lo que el Rey les avisa.
La Colada y la Tizona
al Rey suplicado habían
que no entrasen en la lid,
que era mucha su valía,
El Rey les dijera: —Infantes,
facer eso no podía.
Pidiéradeslo en Toledo,
que aquí lugar ya no había;
meted vos muy buenas armas,
que no se os contradiría,
que crecidos sois de cuerpo;
pelead con valentía.—
En el campo son metidos
todos seis, como cumplía;
arreada está la gente
y todos se apercibían.
Embrazaron los escudos,
pónense las capellinas,
firiéronse de las lanzas
que so los brazos tenían.
A Pedro Bermudo luego
Fernán González caía
pasóle todo el escudo,
en la carne no le hería.
El firió a Fernán González,
de una muy grande ferida;
pasóle de lado a lado,
mucha sangre le salía;
y ya desmayado, en tierra
Fernán González caía
por las ancas del caballo,
asido a la misma silla.
La lanza echara de sí,
mano a Tizona ponía.

Díjole a Fernán González:
—¡Traidor, perderás la vida!—
Y él, conociendo la espada
que el buen Bermúdez traía,
temiérase de la muerte,
y antes que le diera herida
dijo: —Yo vencido soy
y por tal me conocía.—
Martín Antolín de Burgos
con el otro está en gran prisa:
quebrado habían las lanzas,
con las espadas reñían.
Antolín le diera un golpe
con Colada, espada fina,
por cima de la cabeza,
que mal ferido lo había.
cortárale el guarnimiento,
y el casco también hendía;
Diego González desmaya,
cuidó que no escaparía.
Grandes voces da el Infante
por golpes que recibía;
sacóle el caballo fuera
del cerco que el Rey ponía;
vencido es como su hermano
y por tal él se tenía.
Nuño Busto y Suer González
se fieren con valentía;
las lanzas traen muy fuertes,
recias son a maravilla.
González a Nuño Bustos
el escudo le partía;
pasóle de parte a parte,
que el golpe muy recio iba;
pasóle los guarnimientos,

a la carne no prendía.
Firme estuvo Nuño Bustos,
que era de grande valía;
pasárale con la lanza
el escudo que tenía,
y fuera de las espaldas
el hierro se parecía.
Suer González cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponía
la su lanza sobre el rostro,
herirlo otra vez quería.
—Non lo firades, por Dios,
su padre a voces decía,
que mi fijo ya es vencido
y creo muerto estaría.
Nuño Bustos a los fieles
dijo si aquello valía.
—No vale nada, responden,
si él propio no lo decía.—
Suer González volvió en sí:
—Yo soy vencido, publica.—
Por alevosos el Rey
los tiene desde aquel día,
con su tío Suer González,
que el Consejo dado había.
Fuyéronse de la tierra,
que jamás no parecían,
ni más alzaron cabeza;
los del Cid con honra fincan.
Dióles muy grandes haberes,
a Valencia se volvían.
Gran compaña les da el Rey,
muy seguros los envía
para su señor el Cid,
que por tal le conocían.

100

De aquese buen Rey Alfonso
los del Cid se despedían
para volverse a sus tierras,
pues ya vencidos tenían
a los Condes de Carrión
por el aleve que hacían.
Llegados son a Valencia,
a do el buen Cid residía;
gran placer hubo con ellos,
muy gran gozo y alegría,
muy mayor, cuando dijeron
cómo el buen Rey dado había
por alevosos los Condes
y a don Suer, que los regía;
hincado se había de hinojos,
las manos puestas arriba;
grandes gracias daba a Dios
por la venganza que había
de los malos yernos suyos
y el tío que los regía.
A doña Jimena Gómez
muy alegre le decía:
—Jimena, ya sois vengada
de tan grande villanía
como ficieron los Condes
a nos y a las nuesas fijas.—
Cuando sus fijas oyeron
lo que tanto oír querían,
recibieron gran placer,
el mayor que ser podía.
Muy gran loor dan a Dios,
gracias grandes le rendían
porque vengó su deshonra;
y con los brazos corrían

a abrazar al buen Bermúdez
y a toda su compañía;
besarles quieren las manos
del placer que ende habían.
Muy grandes fiestas hicieron,
que duraron ocho días,
porque Dios les dió venganza
de los que el mal cometían.

101

—Erguíos, no estéis postrado,
que no es justo ni razón
que esté ante mí de finojos
quien reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas
de grande prez y valor,
y del más leal vasallo
que tuvo Rey ni señor.
Quedáos a yantar conmigo,
que me faréis gran favor,
y me tendrán las viandas
deste yantar mejor pro.
Y desque hayamos yantado,
vos quiero facer favor
de contaros de la enmienda
del tuerto de Carrión.
Mas quiero facerlo luego,
sabed que le plugo a Dios
de guardarles sendos reyes
a Elvira y a doña Sol.
Seré en las bodas padrino,
pues casamentero soy,
porque para fijas vuesas
los tales padrinos son.
Alvar Fayez de Minaya

vueso presente nos dió;
y por primeras mercedes
bien dignas de quien vos sois
mando que no haya cadera
en vuesa comparación,
si no fuere, cual yo, Rey,
o dignidad superior.—
Esto dijo el Rey Alfonso
a ese buen Cid Campeador.

102

Llegó la fama del Cid
a los confines de Persia,
cuando andaba por el mundo
dando razón de quién era;
y como lo oyó el Soldán,
y supo bien la certeza
de los hechos del buen Cid,
un presente le apareja .
Cargó copia de camellos
de grana, púrpura y sedas,
oro, plata, incienso y mirra,
con otras muchas riquezas;
y con un pariente suyo
de los de su casa y mesa,
le envía al Cid el presente
diciendo desta manera:
—Dirás a Ruy Díaz, el Cid,
que el Soldán se le encomienda,
que de sus nuevas oír
le tengo grande querencia,
y por vida de Mahoma
y de mi real cabeza,
que le diera mi corona
sólo por verle en mi tierra;

y que aquese don pequeño
reciba de mi grandeza,
en señal que soy su amigo,
y lo seré hasta que muera.—
El moro tomó el camino,
y en poco llegó a Valencia,
pidiendo licencia al Cid
para hablarle en su presencia.
El Cid salió a recibirlo
antes de saltar en tierra,
y cuando lo viera el moro,
de verle delante tiembla.
Empezó a darle el recaudo,
y como a darlo no acierta
de turbado, el Cid le toma
la mano y así dijera:
—Bien venido seas, el moro,
bien venido a mi Valencia;
si tu Rey fuera cristiano,
fuera yo a verle a su tierra.—
Con estas y otras razones
a la ciudad ambos llegan,
adonde los ciudadanos
ficieron muy grande fiesta.
El Cid le mostró su casa,
a sus fijas y a Jimena,
de que el moro está espantado
viendo tan grande riqueza.
Estúvose algunos días
el moro holgándose en ella,
hasta que se quiso ir,
y pidió para ir licencia.
En retorno del presente
que del Soldán recibiera,
otras cosas le envía el Cid,
las cuales allí no hubiera.

Despedido que fué el moro,
Rodrigo con su Jimena
se quedó y con sus dos fijas
dando a Dios gracias inmensas.

103

Muy doliente estaba el Cid,
de trabajos muy cansado,
cansado de tantas guerras
como por él han pasado.
Nuevas le fueron venidas
que le ponen en cuidado,
que el Rey Búcar, fuerte moro,
sobre Valencia ha llegado.
Treinta reyes trae consigo,
valientes son y esforzados;
con mucha gente de guerra,
de a pie son, y de a caballo.
Echado estaba el buen Cid
sobre su cama acostado;
pensando estaba cuidoso
en fecho tan afamado,
suplicando a Dios del cielo
que siempre esté de su bando,
y de peligro tan grande
con honra le saque a salvo.
Cuando el Cid no se cató,
un hombre vido a su lado,
el rostro resplandeciente,
como crespo y relumbrando,
tan blanco como la nieve,
con olor muy sublimado.
Díjole: —¿Duermes, Rodrigo?
Recuerda y está velando.—

Díjole el Cid: —¿Quién sois vos,
que así lo habéis preguntado?—
—San Pedro llaman a mí,
Príncipe del apostolado.
Vengo a decirte, Rodrigo,
otro que no estás cuidando,
y es que dejes este mundo;
Dios al otro te ha llamado,
y a la vida que no ha fin,
do están los santos holgando.
Morirás en treinta días,
desde hoy que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
y esta merced te ha otorgado,
y es que después de tu muerte
venzas a Búcar en campo.
Tus gentes habrán batalla
con todos los de su bando,
y esto será con ayuda
del apóstol Santiago.
Tú, Rodrigo Campeador,
faz enmienda a tu pecado,
porque muerto que tú seas
a la gloria seas llevado,
que Dios, por amor de mí,
ha todo aquesto ordenado,
porque honraste la mi casa,
do Cardeña era nombrado.—
Cuando lo oyera el buen Cid,
gran placer había tomado;
saltó luego de la cama,
de rodillas se ha postrado
pasa besarle los pies
al buen Apóstol sagrado.
Dijo San Pedro: —Rodrigo,
aqueso es ya excusado,

que a mí no podrás llegar,
no te trabajes en vano;
mas ten por cosa muy cierta
aquesto que te he contado.—
Esto dicho, el santo Apóstol
a los cielos se ha tornado;
Rodrigo quedó contento,
alegre y muy consolado,
dando a Dios crecidas gracias
por lo que le había otorgado.

104

En Valencia estaba el Cid
doliente de mal postrero,
que agravios en pechos nobles
pueden mucho más que el tiempo.
A su cabecera tiene
religiosos y hombres buenos,
y en torno de su persona
sus amigos y sus deudos,
cuyos semblantes mirando
de dolor y cuita llenos,
con tan sesudas razones
así cohorta su duelo:
—Bien sé, mis buenos amigos,
que en tan duro apartamiento
no hay causas para alegraros,
y hay mucha para doleros;
pero mostrad mi enseñanza
contra los adversos tiempos,
que vencer a la fortuna
es más que vencer mil reinos.
Mortal me parió mi madre,
y pues pude morir luego,
lo que el cielo dió de gracia

non lo pidáis de derecho.
No muero en tierras ajenas,
en mis propias tierras muero,
cuanto más que siendo tierra
es propia heredad del muerto.

No siento el verme morir,
que si esta vida es destierro,
los que a la muerte guiamos
a nuestra patria volvemos.
Tan sólo llevo en el alma
que en poder de un rey vos dejo
en quien vos podrá empecer
ser míos, o ser ya vuesos.
Que trate bien mis soldados,
pues le defienden sus reinos,
y crea a piernas quebradas
más que a sabios consejeros.

Que traiga siempre en balanza
el castigo con el premio,
que la lealtad de vasallos
virtud pone, y pone miedo.
Que estime un noble leal
más que muchos falagüeños,
que de muchos homes malos
non puede facer un bueno;
y a quien menester hubiere,
nunca le faga denuestos,
ni pague servicios propios
por pareceres ajenos.

Y non fablo de agraviado,
antes le quedo debiendo,
que las sinrazones suyas
fueron mis merecimientos.—
En esto entrara Jimena,
cuyo desamparo viendo,

ellos se enjugan los ojos,
y el Cid dejó el parlamento.

105

—La que a nadie no perdona,
a reyes ni a ricos-hombres,
a mí, fincado en Valencia,
llegó a mi puerta y llamome;
y fallándome dispuesto
a su voluntad conforme,
fago así mi testamento,
y mi voluntad al postre:
"Yo Rodrigo de Vivar
"llamado por otro nombre
"el bravo Cid Campeador,
"de las moriscas naciones,
"el alma encomiendo a Dios,
"que en su reino la coloque;
"y el cuerpo, fecho de tierra,
"mando que a su centro torne;
"y después que sea finado,
"con los untos de los botes
"que me endonó el Rey de Persia
"le unten, compongan y adoben;
"y puesto sobre Babieca
"tras mi seña y mis pendones,
"lo enseñedes al Rey Búcar
"y a todos sus valedores.
"Y mando que a mi Babieca
"lo sotierren y lo afoden:
"non coman canes caballo
"que carnes de canes rompe.
"Y para facerme obsequias
"se junten mis infanzones ,
"los de mi pan y mi mesa,

"los buenos conqueridores;
"y a la santa cofradía
"del rico Lázaro pobre,
"mando el prado de Vivar,
"ende, aquende, y sus quiñones.
"Item, mando que no alquilen
"plañideras que me lloren,
"bastan las de mi Jimena
"sin que otras lágrimas compre.
"Y en San Pedro de Cardeña,
"junto al Santo Pescadore,
"me fabriquen un fosal
"con su túmulo de bronce.
"Item, mando que al judío,
"que engañé estando tan pobre,
"lo que pesare él de arena
"le den de plata otro cofre.
"Y a Gil Díaz tornadizo,
"que de moro a Dios volvióse,
"le mando mis femolarias,
"mis corazas y quijotes.
"El nobre Rey Don Alfonso
"y el buen obispo don Lope,
"y mi sobrino Alvar Fáñez
"sean mis cabezadores;
"y lo demás de mi haber
"se reparta entre los pobres,
"que son entre el hombre y Dios
"padrinos y valedores."

106

Las obsequias funerales
celebra doña Jimena
de Rodrigo de Vivar
en San Pedro de Cardeña,
juntamente con sus fijas,

a quien en cielo hizo reinas,
satisfaciendo el agravio
no debido a su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba
más que su esperanza negra,
y así llorando le dice,
como si vivo estuviera:
—¡Oh amparo de los cristianos!
¡Rayo del cielo en la tierra!
¡Azote de la morisma!
¡De la fe de Dios defensa!
¿No sois aquel que jamás
os vieron la espalda vuelta
los disfrazados amigos
que causaron vuestra ausencia?
¿No sois el que, desterrado
por palabras linsojeras,
allanó para su Rey
mil castillos y fronteras?
¿No sois vos quien sujetó
a la ciudad de Valencia,
y el que venció en seis batallas
sin alma mil almas fieras?
¡Ay, amarga soledad,
cómo al sufrimiento enseñas
a sufrir contra justicia
tan penosa y triste ausencia!—
No pudo pasar de aquí
la madre de la nobleza,
que sobre el cuerpo cayó
desmayada, o casi muerta.

107

Muerto yace ese buen Cid
que de Vivar se llamaba;

Gil Díaz, su buen criado,
cumpliera lo que mandara.
Embalsamara su cuerpo,
y muy yerto se paraba;
cara tiene de hermosura,
muy hermosa y colorada;
los ojos igual abiertos,
muy apuesta la su barba;
non parece que está muerto,
antes vivo semejaba.
Y para que esté derecho
este ardid Gil Díaz usaba:
puso el cuerpo en una silla,
una tabla en las espaldas,
y otra delante del pecho,
y a los lados se juntaban;
llegaban bajo los brazos
y el colodrillo tapaban.
Esta era la de atrás,
y otra llegaba a la barba;
teniendo el cuerpo derecho,
a ningún cabo inclinaba.
Doce días son pasados
después que el Cid acabara;
aderézanse las gentes
para salir a batalla
con Búcar, ese Rey moro,
y contra la su canalla.
Cuando fuera media noche,
el cuerpo, así como estaba,
le ponen sobre Babieca
y al caballo lo ataban.
Derecho está y muy igual,
estar vivo semejaba.
Calzas tiene en las sus piernas
de blanco y negro labradas;

parecian brasonetas
de las que en vida calzaba.
Vistiéronle vestidura
que el pespunte se mostraba;
y su escudo puesto al cuello
con su divisa ondeaba.
Capellina en su cabeza
de pergamino pintada,
parece que era de fierro,
según está bien labrada.
En la su mano derecha
la Tizona le fué atada,
sutilmente a maravilla
iba en la su mano alzada.
De un cabo iba el obispo
don Jerónimo de Fama,
del otro iba Gil Díaz,
el que a Babieca guiaba.
Salió don Pedro Bermúdez
con seña del Cid alzada,
con cuatrocientos fidalgos
que con él van en su guarda.
Saliera luego el recuaje,
otros tantos lo guardaban;
saliera el cuerpo del Cid
con gente muy esforzada.
Ciento son los guardadores
que el cuerpo honrado llevaban;
tras él va doña Jimena
con toda la su compaña,
con seiscientos caballeros
que para guarda le daban.
Callando van, y tan paso
que veinte no semejaban.
Ya están fuera de Valencia,
claro día se mostraba;

Alvar Fáñez fué el primero
que arremetió con gran saña
contra el poder de los moros
que Búcar trae en su compaña.
Halló delante de sí
una mora muy gallarda,
gran maestra en el tirar
con saetas de aljaba
de los arcos de Turquía;
Estrella era nombrada,
por la destreza que había
en el herir de la jara.
Ella fuera la primera
que a caballo cabalgara
con otras cien compañeras
muy valientes y esforzadas.
Los del Cid las fieren recio,
muertas en tierra quedaran.
Vistos los había el Rey Búcar
con los Reyes de su banda,
y quedan maravillados
en ver la gente cristiana.
Setenta mil caballeros
les pareció que llegaban,
todos blancos como nieve
y uno que los asombraba.
Más crecido que ninguno
en blanco caballo andaba,
cruz colorada en el pecho,
en su mano señal blanca;
la espada semeja a fuego
con que a los moros llagaba;
gran mortandad face en ellos,
fuyendo van, que no aguardan.
El Rey Búcar y sus reyes
el campo desamparaban;

camino van de la mar,
do los navíos estaban.
Los del Cid los van firiendo,
ninguno había de escapa.
En la mar se ahogan todos,
más de diez mil se anegaban,
que con la prisa que traen
todos juntos no se embarcan.
De los Reyes mueren veinte;
Búcar, huyendo, se escapa,
los del Cid ganan las tiendas,
con mucho oro y mucha plata;
el más pobre queda rico
de lo que ende ganara.
Caminan para Castilla,
como el buen Cid ordenaba.
Llegados son a San Pedro,
de Cardeña se nombraba,
do quedó el cuerpo del Cid,
el que a España tanto honraba.

108

Vencido queda el Rey Búcar
con todos sus allegados
de la campaña del Cid
en el campo valenciano.
Para Castilla caminan,
el buen Cid era finado,
caballero va en Babieca
con los suyos a su lado.
No llevaba armas ningunas,
sino sobre sí unos paños;
los que no saben su muerte,
por vivo lo habían juzgado.
Cada vez que hacen jornada

quitábanlo del caballo,
quedaba yerto y derecho
en la silla cabalgando.
La buena Jimena Gómez
su mensaje había enviado
a los parientes del Cid
para que vengan a honrallo,
y también a sus dos yernos,
que eran reyes coronados.
En tanto que ellos venían
Alvar Fáñez ha fablado
que pongan el cuerpo muerto
en ataúd y tapado,
y con púrpura le cubran
con clavos de oro clavado.
No quiso doña Jimena,
y así los ha razonado:
—El Cid tiene el rostro hermoso,
los ojos muy aseados;
mientras está desta suerte,
no hay para qué sea mudado;
que mis yernos folgarán
y mis fijas en su cabo,
de verlo como agora está,
que non su cuerpo enterrado.—
Todos hubieron por bien
lo que Jimena ha ordenado;
don Sancho y también García
están al Cid aguardando,
y media legua de Olmedo
todos se habían juntado.
Ese buen Rey de Aragón
caballeros tiene armados,
al revés traen los escudos
de los arzones colgados;
las capas traían negras,

¡muy grande duelo mostrando!
las capillas traen tendidas,
según uso castellano.
Doña Sol y las sus dueñas
estameña han cobijado:
gran duelo querían hacer,
mas su madre lo ha vedado,
porque así lo mandó el Cid
y así ha de ser obrado.
El Rey y la su mujer
para el Cid habían llegado;
ambos las manos le besan,
de lo ver se han espantado,
que no semejaba muerto,
sino vivo y muy honrado.
Muchos vienen a lo ver
de Castilla, ese reinado;
también vino don García,
Rey de ese reino navarro;
consigo trae su mujer,
fija del buen Cid loado.
Las manos besan al Cid,
muchas lágrimas llorando;
todos van para San Pedro,
porque allí le han enterrado.
Aquese buen Rey Alfonso,
que ha sabido lo pasado,
de Toledo se partiera
y a San Pedro había llegado.
Saliéronle a recibir
los al Cid emparentados;
mucha honra fizo al Rey
al cuerpo del Cid honrado;
mandó que no se enterrase,
sino que el cuerpo arreado
se ponga junto al altar,

y a Tizona en la su mano;
así estuvo mucho tiempo,
que fueron más de diez años.

109

En San Pedro de Cardeña
está el Cid embalsamado,
el vencedor no vencido
de moros ni de cristianos.
Por mando del Rey Alfonso
en su escaño está asentado,
su noble y fuerte persona
de vestidos arreados.
Descubierto tiene el rostro,
de gran gravedad dotado,
su blanca barba crecida
como de hombre estimado.
La buena espada Tizona
puesta la tiene a su lado;
no parece que está muerto,
sino vivo y muy honrado.
Siete años estuvo así,
como está ya razonado;
por su alma, que es en gloria,
hacen fiesta cada año.
A ver su cuerpo tan bueno
mucha gente se ha llegado.
Fuera de donde está el Cid
la fiesta se hizo un año;
su cuerpo quedaba solo,
ninguno le ha acompañado.
Estando de esta manera
un judío había llegado;
cuidando estaba entre sí,
desta suerte razonando:

—Este es el cuerpo del Cid,
por todos tan alabado,
y dicen que en la su vida
nadie a su barba ha llegado.
Quiero yo asirle della
y tomarla en la mi mano,
que pues aquí yace muerto,
por él no será excusado.
Yo quiero ver qué fará,
si me pondrá algún espanto.—
Tendió la mano el judío
para hacer lo que ha pensado,
y antes que a la barba llegue,
el buen Cid había empuñado
a la su espada Tizona,
y un palmo la había sacado.
El judío, que esto vido,
muy gran pavor ha cobrado;
tendido cayó de espaldas,
amortecido de espanto.
Halláronle allí caído
los que en la Iglesia han entrado;
agua le echan por el rostro,
para facerlo acordado,
y vuelto que fuera en sí
todos le han preguntado
qué cosa fuera la causa
de verlo tan mal parado.
El luego les declaró
la causa de lo pasado.
Todos dan gracias a Dios
por el milagro contado,
en se acordar que su siervo
no quiso fuese ensuciado
por mano de aquel judío
que tan mal lo había pensado.

Cristiano se volvió luego,
Diego Gil era llamado;
fincó en servicio de Dios
en San Pedro el ya nombrado,
y en él acabó sus días
como cualquier buen cristiano.

F I N

C.I.A.P.

PQ
6366
A8
1920

El Cid Campeador
Romancero del Cid. 4. ed.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 08 04 017 5